

FRAGMENTOS



Revistaculturalfragmentos@gmail.com

N1

Portada: LoretoSoledad
Idea original: Antonella Gatti
Edición: Antonella Gatti

Índice

Emilio Alejandro Prieto Palavecino	4
Maria Sol Cascallanas	5
Iván Medina	8
Anibal Fernando Bonilla	13
Anagke	16
Jose Antonio Arana	18
Maria Susana Lopez	22
Ronnie Camacho Barrón	24
Abigail Hernandez Cruz	28
Daniel Gonzalez Chaves	30
Bruna Radija K. Bermudes	37
Rolando Reyes Lopez	40
Julio Cesar Gonzalez Acosta	43
Juanjo Cibaja Peña	46
Ariel Amador Valdez	47
M. Andrei Velit Casquero	50
Loreto Soledad	54
Rodrigo Miguel Quintero	58
Andres Camilo Rodriguez Yunda	61
Dilan Chino Sandoval	63
H.D. Noriega	65
Ambar Francisca Latorre Hermosilla	68
Samantha Carolina Torres Hernández	70
Fran Nore	72
Nelson Roque Pereira	77
Marlene Pasini	79
Omar Rosa	82
Diego Martin Migliori	84
Araceli Gutierrez Olivares	86

FRAGMENTOS

Lidia Leticia Risso	87
Jorge Rolando Acevedo	89
Ernesto Hernandez Doblas	91
Ana Andaluz	92
Liliana Reynoso	95
Jose Luis Gacia Herrera	97
Angelo Perez Bertoldi	101
Omar Jair	106
Veronica Laura Torres dos Santos	110
Octavio Huesca Heredia	113
Leopoldo Tilleria Aqueveque	115
Alberto Férrera	117
Gerardo Daniel Gimenez	120
Jose De Jesus Camacho Medina	122
Andrés Ballone	124
Zaira Moreno	128
Gloria Carmen Riottini	130
Alexander Angamarca	134
Miguel Angel Acquesta	139
Sadys Ramos	145



Emilio Alejandro Prieto Palavecino

Santiago de Chile.

Mail: lapoesiademialma@hotmail.com

Como un rompecabezas

Quisiera armar este rompecabezas,
Pero la verdad es que faltan piezas,
Continente desarmado y desalmado
¿Será un lindo paisaje lo que hemos creado?

Como piezas de cartón puestas en agua,
La marea implacable las desgarras,
Piezas grandes y chicas,
Pobres y sin color,
No podremos secarlas ni con dolor.

Piezas heridas por la historia,
El gran armador si quiere las toma,
Armador siniestro,
Que aún no se apodera del resto,
Las seguirá remojando por el momento.

Piezas pequeñas,
Que con resistencia
Aguantan las asquerosas aguas,
Aguas estancadas en una batea,

Donde el armador las meneas,
Esperando que la marea
Destruya la poca forma que les queda,
Piezas que aún calzan,
Apenas se juntan el armador las desarma.

María Sol Cascallanas

Nació en la Ciudad de Buenos Aires, el 27 de junio de 1984. Desde muy pequeña se despertó en ella el interés por el arte. Desde muy temprana edad incursionó en el teatro de la mano de su profesor de inglés y de teatro, Martín Salzman, quien en quinto año de la secundaria incentivaba a sus alumnos a realizar obras teatrales en inglés con libretos extensos, representando algunas grandes obras clásicas, algo que la deslumbró y la llevó a descubrir un mundo nuevo y mágico. Luego de esa experiencia comenzó a estudiar teatro de manera más formal con distintos maestros hasta llegar a la Universidad de Arte Dramático (U.N.A) donde curso un año de la Licenciatura en Artes Dramáticas.



A lo largo de toda su vida realizó cantidades de talleres y seminarios de arte dramático y algunos de danza y canto pero sus inquietudes no terminaban ahí, debido a pasar gran parte de su adolescencia en casa de su abuelo materno quien era médico y fotógrafo amateur, María Sol se interesó por la imagen y años más tarde realizó la carrera de Fotografía junto al profesor Jorge Mónaco y siguió perfeccionándose, realizando una Diplomatura en Fotografía documental, entre algunos otros talleres.

Esto la acercó a incursionar en la carrera de Curaduría y Gestión cultural cursada en el CIC (Centro de investigación cinematográfica) lo que la llevo a desempeñarse en una galería de arte desarrollando algunos proyectos junto a una compañera de la facultad quien se convirtió años después en su socia. Años más tarde y de la mano de su pasión por el teatro realizó algunos talleres de dramaturgia y luego curso tres años de Dirección escénica nuevamente en la UNA. Siempre se sintió atraída por la escritura, a lo largo de toda su vida realizó crónicas de sus días y observaciones con tintes poéticos de los acontecimientos que la atravesaron. Se interesó más por los relatos cortos casi siempre autobiográficos y algunas obras teatrales. Actualmente se encuentra realizando una recopilación de todos aquellos textos y continúa escribiendo en sus ratos libres.

Bocetos de lo que podría no haber sido

¿Cómo hablar de algo o de alguien cumpliendo la regla magistral de omitirlo?

Ella entusiasmada y con su capricho de niña saco boleto sin darse cuenta, pero igual consciente, e ingresó en una vorágine sin sentido. Aspiró sustancias que nunca había probado antes pero que supo percibir cercanas. Cómo un huracán fue llevada por la inercia de esos acontecimientos que nos arrasan y que a la vez son mansos. Se dejó llevar y simplemente, luego de algunos encuentros permaneció escuchando, observando y contemplando. Hizo todo lo posible por contagiarse de forma endemoniada de un mundo ajeno que la atraía raramente y quiso absorber ese cáliz.

Calles y continentes. Algunos de los acontecimientos expulsados por esa boca eran extrañamente conocidos por ella, ella quien se entregaba, ella quien se limitaba a ocupar un espacio frente a él sin cuestionar y admiraba cada nota sin casi pestañear.

Obnubilada. Ella quien cada noche acariciaba esos relatos salidos de todos los sentidos de él. Historias descritas a pasos desenfrenados y casi maníacos.

Conversaciones sin fin. Aparentes nutrientes para el alma. Conjunto de factores que unidos terminaban volviéndose un embudo de frases robadas de autores extranjeros, títulos de film añejos, recetas de vidas pasadas, especies de aves cercanas, detalles infinitos que mi mente y que sus mentes no alcanzaban a procesar nunca. La velocidad para ambos fue un riesgo. La voracidad de los encuentros, el intercambio carnal de los cuerpos sudorosos, los deseos entregados porque sí en medio de sábanas transpiradas. Luego las contorsiones y las geometrías que finalmente no conformaban ninguna figura. El letargo. Fue tanto en tan poco que ninguno de los dos supo bien que hacer. Lo que no se dijo y todo aquello que el silencio encerró fue lo que los llevo a finalizar una historia que casi no había comenzado. Fue un torrente de sabiduría engañosa. La imposibilidad de las palabras. El temor de preguntar. Las frases tergiversadas. Sin tiempo. Sin distancia. Todo aconteció tan veloz, casi inhumano.

Deslumbramiento. Compañía. Catarsis. Vómito. Escupitajo. Carrusel de preguntas sin respuestas, tal vez ahora que lo pienso más respuestas que preguntas. Ella soñó un deseo e intentó alcanzar un imposible desafiando los límites de lo real y no pudo más que estrellarse. No hubo ni había otro final

posible. Fue inminente pero ella no quiso ver. Después llegaría el olvido, la decisión cruel y obligada de optar por la ausencia, la no palabra y el silencio. Los resabios de una amistad que podría haber sido pura y genuina si no hubiese estado tan colmada de errores, de apuros sin sentido, de sucesos torpes e infantiles. Ahora perdura el aroma a salamandra que emana de su placard y un conjunto de líneas coloridas desplegadas que el trazó en su vuelta al sol. Una huella que se va desdibujando de noches blancas y la cama revuelta de sueños sin sentido. Ella quisiera como todos volver el tiempo un poquito tan solo atrás y hacer todo distinto. Quitarse esa esencia dulce que aún conserva de él. Retrasar los segundos. Desplazar los minutos. Hacer a un lado las horas y desprender del calendario los días. Volver al punto cero donde esta combinación que alguna vez creyó perfecta aún no había nacido. Volver al punto cero donde aún el encuentro inicial no sucedía. Tiempo aún en el que ni él ni ella existían, donde aún no se conocían. Retroceder hacia aquellos días previos donde solo había ilusión y una imagen de ambos aún rancia y difusa, donde los cuerpos no estaban formados y aún no conocían el sonido de las palabras que pronunciarían. Volver al punto muerto en donde los escenarios fueran solo esbozos de una ilustración de alguna enciclopedia polvorienta y olvidada en el estante de una biblioteca vieja. Volver simplemente a aquel espacio de la hoja en blanco donde no había signos existentes, ni puntos y aparte, ni silencios melancólicos. Allí donde el para ella es aún un bosquejo casi imperceptible y risueño. Allí donde para él, ella solo es el anhelo de lo que puede llegar a ser. Allí donde no conoce el olor de su pelo, ni las facciones de sus labios, ni siquiera el timbre de su voz. Retornar y descender allí donde el aún no le ha mostrado su mundo fantástico ni sus miserias y donde ella aún no ha hecho uso de los silencios ni ha dicho palabras ilógicas o condescendientes que hoy se desangra por callar. Allí les gustaría volver a ambos. Allí donde las formas no son formas, donde nada es todavía tangible. Volver al punto muerto donde la ecuación imperfecta de ambos no existe y aún no cobro vida. Volver para que todo sea distinto o simplemente para que no sea. Ella ahora camina bordeando el lago e imagina el primer encuentro. El percibe su deseo y opta por tomarse algunos segundos antes de responder. Ambos siguen su camino. Ambos quizá por primera vez vuelvan a encontrarse.



Iván Medina

Tiene tres libros publicados: En cualquier lugar fuera de este mundo (CONACULTA, 2012), Más frío que la muerte (UAM, 2017) y Lugares ajenos (BUAP, 2020). Becario del Programa de Residencias Artísticas FONCA-CONACYT. Es doctorando en Arte y Literatura en la Universidad de Guanajuato.

Alina

A Arvo Pärt

Sólo la confrontación con el espíritu,
con la luz, conmueve.
Ludwig Wittgenstein

No me jodas hombre, sé que todo este embrollo referente a la disposición nupcial es una total barbaridad, pero no puedo hacer más. Ya he hablado con el señor intendente, con varios potentados y hasta con los reacios del clero, y todos ellos, sin excepción, salen con la misma mierda: “No hay trato alguno sin el cumplimiento cabal del contrato”. Mira, fijate bien, aquí está la cláusula. Léela por ti mismo y convéncete.

El joven inexperto estiró su fina mano, tan delicada como la de un ángel y agarró tembloroso entre sus largos dedos el extraño documento y como no queriendo, leyó en voz alta el párrafo de su incumbencia: “...toda aquella persona dispuesta a ser el organista titular de nuestra primera Iglesia Mariana de Vanalinn, deberá casarse con la hija mayor de su predecesor”.

Por su puesto, en estas tierras de Europa del Norte de costumbres tan arraigadas, los largos lazos de la tradición son ley, dijo convincentemente el apoderado, Señor Cristian Schieferdecker.

Arvo, el hacedor, dejó caer los papeles sobre la sucia loza sin prestar atención a las palabras de su representante de siempre y dirigió su rostro pensativo a través de la ventana biselada a la estupenda puerta de madera tallada del

priorato con motivos del juicio final, al mismo tiempo, fijaba su mirada de asombro en el macizo muro de la espadaña donde un par de tiernas mozuelas hacían repiquetear con una fuerza estrepitosa las desgastadas y enormes campanas cobrizas.

Bueno Schieferdecker, aún estoy desconcertado, por lo menos explícame un poco más sobre el surgimiento de esta locura antes de tomar una decisión definitiva.

Pues bien, aunque nadie en el pueblo tiene claro el origen del convenio, este se ha seguido con celoso respeto a través de muchas generaciones, al parecer desde la existencia del primer encargado, el respetado y afamado armonio Franz Tunder, quien compuso los motetes más célebres en honor al convento. A la muerte del designado Tunder, a mediados del siglo XVII, muchas personas se mostraron interesados en ocupar el puesto vacante, grandes intérpretes de todos los rincones de Europa viajaron hasta Tallin para debatirse el cargo, algunos de ellos se aventurarían a caminar cientos de kilómetros, no solamente por lo representativo del nombramiento y el exorbitante sueldo, sino por la excitante idea de desflorar en el lecho a la exuberante y hermosa hija.

La maestría y refinamiento en la ejecución del armónium dio al danés Dietrich Buxtehude el triunfo, pues fue él quien sobresalió entre todos los compositores contrincantes. A los pocos meses, al mudarse definitivamente a la parroquia, la muerte le sorprendió asombrando a toda la colectividad de Revel. Buxtehude dejó tras su deceso, huérfana a una pequeña y enfermiza niña quien a medida del paso de los años se convertiría en la antítesis de la inigualable madre. Alina Buxtehude era obesa, baja de estatura, calva y huraña, además era del conocimiento popular los excesos de flatulencias sufridos por la doncella.

Enterada la comunidad europea de la ambicionada plaza disponible en Santa MarienKircher, varios de los ilustres músicos de la época, a principios de la nueva centuria, visitaron el conocido templo con la intención de obtener la sucesión. Entre todos aquellos contendientes puedo mencionarte a dos fabulosos maestros alemanes: Georg Friedrich Händel y Johann Mattheson, sin embargo, al conocer a la damisela, ambos caballeros desistieron de la oferta sin siquiera meditarlo por una segunda vez. También se comenta que el mismísimo Juan Sebastián Bach fue tentado a tal aspiración apartándola de su mente inmediatamente después de entablar una brevísima charla con la desgraciada mujer.

El tiempo trascurrió y no hubo hombre alguno en la tierra tan atrevido para cumplir con el entendimiento. La chica murió repentinamente de una feroz pulmonía y ante esta lamentable circunstancia, como no existía forma de anular el contrato, la gente de la ciudad decidió celebrar una asamblea general donde se decidió por unanimidad embalsamar a la jovencita con la intención de cumplir con el arraigado mito. -Vaya cosa más tétrica –asintió Pärt.

Finalmente, el burgo terminó con una lúgubre momia por desposar y una bella catedral sin intitular abandonada por muchos años a la merced de Dios padre. Sin embargo, gracias a la buenaventura, hallé hace no mucho en los sótanos de la biblioteca parlamentaria, la existencia de un edicto supuestamente perdido anexo a la cláusula de coyunda en comentada sesión, la cual dice:

“...aquella persona al contraer matrimonio con la casta Alina, quien expresara una vida admirable y una conducta fiel en todo momento a su carácter, tendrá la posibilidad de divorciarse disolviendo los sagrados votos de unión siempre y cuando logre crear una composición excelsa como tributo a nuestro señor Jesucristo”.

Obviamente esta patraña fue consentida por toda la sociedad para permitirse continuar con el cuento pues de otra manera se hacía añicos la casa del Mesías y los rasgos culturales de esta región.

El intrigado doncel, en lo que escuchaba el desenlace del inusitado relato, no dejó de observar maravillado la estructura llamativa de la enorme rábida asentada en la cima boscosa de la Colina de las Monjas y sus grandes rocas de formas cambiantes con el fulgor del sol a diferentes horas. Una vez concluida la narración, sin separar la mirada del horizonte, simplemente externó, como si fuese convencido por un poder externo:

-Haz llamar pronto al consejo de prefectos pues cumpliré con la condición de connubio.

El zagal factor, cruzó prudentemente el umbral adentrándose con pasos dudosos en el frío y polvoriento abadiato siguiendo dificultosamente al escurridizo capellán, quien le indicaría su lujoso aposentó donde Alina vestida de gala le esperaba con los brazos abiertos un tanto en el aire.

Unos meses pasaron y aún la enorme puerta de roble rojo del cenobio se encontraba cerrada. Nadie en la comarca sabía de la situación de vacío y soledad experimentada por el mancebo artista, ni si quiera su inseparable compañero, quien preocupado noche a noche se dirigía a aporrear las puertas

de la recoleta sin recibir respuesta alguna, sin embargo, él presentía en toda esa calma la entrega incondicional del amigo a la majestuosa creación pues él escuchaba de momento la profunda armonía musical ejecutada dentro del oscuro monasterio crepuscular.

El mozo artífice estaba por desfallecer, habían pasado ya muchos meses y aun no tenía ninguna autoría, solamente algunos bocetos e ideas sin desarrollar, lo único capaz en poderlo liberar de su truculenta situación. Sin embargo, cosa de algunos días atrás, cada momento al finalizar sus labores, el talentoso efebo al pasar por el largo corredor principal, lugar donde ahora reposaba la esposa, contemplaba el pequeño rostro de Alina hundido por los años, tan gélido y desierto, capaz de hacer temblar a cualquiera. Pero esa expresión sin vida, poco a poco fue capaz de emanar una resplandeciente e intensa luminiscencia alba hasta convertirse en un halo totalmente multicolor que brilló sobre el entero cuerpo estático revelando de un oscuro mundo una blanca sombra en la noche. El intrigado adolescente estaba asustado pero la sensación placentera era aún mayor pues creía percibir en aquella fuente luminosa un claro presagio de algún diablo chocarrero.

Un ocaso borrasco, entre sueños lúcidos el ingenioso púber veía el continuo fluir de trazos manifiestos en un pentagrama refulgente capaz de aclarar todo el azul del cielo, las horas corrían y de ese recuerdo de iluminación inagotable escuchaba las notas brotar. Al iniciar a componer, por cada tecla ejecutada en el viejo órgano tubular de la nave, las figuras divinas, alertas e inquisidoras parecían cobrar vida.

Ensimismado y absorto el autor sintió la claridad de la luz de muchos colores intensos irradiar su pecho cuando la resonancia del órgano había callado. Una paz sufrida desde el inicio al final, un himno órfico blanco e irresistible expulsado del Érebo.

En la ansiada fecha del estreno del recital, frente a él estaba la sala atestada con cientos de personas expectantes, y de aquel público impaciente que pretendía seguir entrando, la policía -miembros de la justicia señorial- impedía su acceso.

Una vez iniciados los primeros acordes, mi corazón se alborozó casi ante aquel revivir de viejos recuerdos de melodías sacras similar a un arco-iris luminoso. Arvo Pärt tocaba las teclas sobrepuestas con una evidente expresión surgida del alma como una antigua oración pagana conjurando a Dios y a Luzbel.

Al terminar la ejecución del último movimiento, no fue sino después de abrirse paso entre el sólido muro de individuos, cuando pudo el atónito chavea advertir y medir la verdadera proporción del éxito. Indudablemente, en su soledad misteriosa, Arvo Pärt halló influjo de creación fervorosa hacia la perfecta virtud divina. Después de emitir ese comentario, el gentilhombre Schieferdecker ciñó con fuerza su escapulario y se santiguó.

Y así, el genio compositor estonio abandonó la casa del Redentor de la pequeña villa antigua del condado de Harju en donde con su máxima obra tintinnabuli hubo inmortalizado a Alina, libre de toda culpa y exento del deber de expiación.

Aníbal Fernando Bonilla

Otavalo-Ecuador, 1976

Máster en Estudios Avanzados en Literatura Española y Latinoamericana en la Universidad Internacional de la Rioja (UNIR). Licenciado en Comunicación Social. Ha publicado, entre otros, la recopilación de artículos de opinión ConTextos (2009), Evocación de la tierra habitada (2011, 2014), Oda en plenilunio y balada del ángel (2012), Gozo de madrugada (2014), Tránsito y fulgor del barro (finalista del Premio Nacional de Poesía Paralelo Cero 2018), e Íntimos fragmentos (2019). Poemas suyos han sido incluidos en varias antologías y publicaciones dentro y fuera de su país. Columnista de diario El Telégrafo entre 2010 y 2016. Actualmente es articulista de El Mercurio, de Cuenca y colaborador en el portal loscronistas.net. Ha participado en eventos de carácter literario, cultural y político en España, Nicaragua, Argentina, Uruguay, Cuba, Bolivia y Colombia, como el XV Encuentro de Poetas Iberoamericanos en Salamanca (2012), el III Encuentro Internacional de Poesía en la Ciudad de los Anillos en Santa Cruz de la Sierra (2016), o el XIII Encuentro Internacional “Poetas y Narradores De las Dos Orillas” en Punta del Este (2014), en donde recibió la distinción “Idea Vilariño” por su trayectoria literaria.

**LII**

Vuelvo al poema
 como seducción en la escapatoria,
 como relicario de orfandades,
 como lascivo encanto
 en la triste noche,
 como hojarasca sin una pizca de viento,
 como aluvión que devora la siembra,
 como abismo que carcome el sueño,
 como derrota cuya consecuencia

oculta la ceniza,
como sombra que se asemeja a tu ausencia,
como relámpago en la intemperie,
como insomnio que deja los ojos inflamados
en el cuerpo del animal en llamas.

Vuelvo al poema...

Sorbo de nostalgia

Las tazas
desandan
el aroma del tiempo,
redescubren
la memoria de otras latitudes,
delatan las calles transitadas
las cúpulas
en la amplitud de la historia;
ciudades desconocidas
de piedra
de viento
de equinoccio
de infancia
de verdor
de lejanía.

Las tazas
acumulan
aguas del mundo,
el hombre
sorbe el último
aliento de mar.

Morada ajena
cuyo faro

anuncia el horizonte.

Las tazas
aguardan
en mi estante
los colores
del errante,
la melodía
de otros lares
como nostalgia pura.



Anagke

Facebook: Anagke Junco

Twitter: @Anagke2

Ganadora del Primer Lugar en Concursos de Talleres Literarios Provinciales de Camagüey 2010, 2016, 2017 y Concurso Nacional *Trazaguas* 2017. Publicada en Antología de Autores Infantiles Camagüeyanos, por la Editorial Ácana. Finalista del Concurso Nacional *Emilio Ballagas* 2019. Publicada en diversas revistas digitales como *Palabra Herida* y *Licor de Cuervo*.

He cerrado la puerta

2da de Reyes 4:21

Cuando te fuiste, amigo,
Me deprimí un poquito;
Y entre las decepciones,
Hallé un túnel de luz.
Paredes de recuerdos
Cubrían el sendero
-y recordé a Darío. -
Como piedras de ormuz.

Fui aprendiendo, callada,
Comprendiendo detalles,
Que en mis ojos ingenuos
Pasaron sin temor.
Y mirando en silencio,
Mis bellos cardenales,
Se tornaron en fuerza
Y en determinación.

FRAGMENTOS

Llegué al final del túnel...
Acabé la batalla
Y dejé mi pasado
Como piel de reptil.
Miré atrás un momento
Sonriendo de lado.
Y continué el camino,
Orgullosa de mí.

Amigo... Amigo... ¿Sabes?
He entrenado al cerebro
Borrando mil memorias
De lo que fue mi ayer.
Me he quedado tan solo
Con lo poco que es mío.
Y poco es mucho, y mucho
Insignífico es.

Al final de mi túnel
Me encontré con la puerta
Que llevaba al palacio
Que mi niña soñó:
Al abrirla la he visto.
Me miraba orgullosa.
Y he cerrado la puerta...
Y no he dicho ni adiós...

Jose Antonio Arana

Nació en el municipio de Táxisco, Santa Rosa, Guatemala, un 24 de diciembre de 1946. Hijo de María Romelia Arana, Maestra Rural Empírica. José Antonio es Profesor de Enseñanza Media, en Pedagogía. Es un gran aficionado a la literatura, escribe poesía y cuentos ha ganado 43 certámenes literarios a nivel nacional y dos a nivel internacional.

Dios no usa sombrero

Sólo Dios sabe, que yo sé, que él no existe y cada vez que se lo recuerdo se muestra escéptico y me da la razón, dado que también sabe que científicamente estoy en lo correcto. Sabe además, que desde el punto de vista teológico falaz, es su existencia. Empero, estructuralmente, sabe que no, y lo justifica de manera irracional argumentando que: con algo se deben entretener las masas y no hay mejor manera de hacerlo, dentro de nuestro arcaico sistema, que con el apasionante tema de Dios, quien de suyo, fascina, entretiene y polemiza y se adecua a cualesquier circunstancia. En otros sistemas las masas son entretenidas con lecturas científicas, con ballet clásico, con música de los Grandes Maestros, con discusiones en grupo para solucionar problemas globales, haciendo trabajo digno. Empero, nosotros nos adormecemos memorizando capítulos y versículos bíblicos acientíficos y discutiendo que edición bíblica es mejor que la otra o cuál, de cuál religión es superior y vienen los fundamentalistas y los del séptimo día, claro dice:

“Hay de aquel que le quitare o le agregare una coma” y éstos le quitaron un montón de libros.

Aducen que los mismos son apócrifos sin percatarse que, el libro en sí no posee sino una inspiración verbigracia la poseída por tal o cual literato. Todo ello, desde luego, no son idílicos caprichos infundados en un ateísmo converso propio de la adolescencia que encarna la rebeldía párvula con ánimos de distraer la atención y que los ojos: chinos, oblicuos, rasgados, redondos, negros, verdes azules etc. y le pongo de paro que todo ello tiene su base de sustentación científica, basada en climas, alimentación y regiones, de donde deducimos que nadie debe dar por falso la existencia de un ser superior sentida y vista por todos los ojos del mundo, contemporáneo o no, llamado naturaleza. Me explico: Si dentro de la nada, transita la nada y el ser manifiesta que dentro de esa nada /no es que no haya nada/ sino, sencillamente ahí está el acervo de la nada, lo cual nos lleva al razonamiento que si hay alma implica que la nada no exista puesto que está el alma de la nada la cual, sí se le quiere

puede asumir la forma que cada quien estime prudente según, obviamente, su sapiencia y su estado emocional o bien su particular performance de apreciar lo que a su juicio ve, en este caso el alma de la nada en síntesis, ofrece, desde luego, sin alejarse de su entorno, pues en sus imágenes oníricas usted no ve mamíferos ovíparos, obviamente jamás los ha visto – excepto que haya tenido contacto con los ornitorrincos – por ende, el carpintero sueña sierras y serruchos, el orfebre, crisoles, el talabartero, chairas; ternos el sastre, horóscopos el astrólogo, viandas, el plenipotenciario, etc. de manera que si la nada tiene alma, es natural y lógico que también tenga espíritu. Momento, ambos elementos metafísicos en el orden biológico del ser humano no son otra cosa que la acción de la glándula hipófisis en la cual se desarrollan los sentimientos, emociones y niveles de conciencia del hombre, por consiguiente, cada cual es presa de su entorno y sí le digo que en aquella nube enmarañada veo a Dios inspirando un libro apócrifo, posible-mente blasfemo usted me dirá que no es Dios sino el Sumo Pontífice quien se place del Pentateuco y ha anclado su pasión en el libro del Génesis, el cual debería ser ilustrado con el respectivo A D N, a partir de la familia de Adán, teológicamente hablando, o científicamente: con el del Hombre de Java, el de Pekín, el Neandertal, y por supuesto: Mayas, Garífunas y Xinkas. Ello, lo conduce a establecer las más variadas hipótesis de las cuales va descartando una a una hasta quedarse con la más exacta, la cual lo conduce a pasiones extremas. Sí el hombre primitivo no tuvo la capacidad intelectual, ni por intuición menos aún por inteligencia emocional, sobre los fenómenos atmosféricos: lluvia, truenos, rayos, centellas, invierno y verano, lógico era que buscara la salida más salomónica, pero menos congruente, al suponer que tras los susodichos fenómenos naturales, aún más allá había un ente sobrenatural que provocaba los referidos fenómenos bajo un estado emocional de ira, era quien hacía temblar el planeta y esputar fuego a los volcanes y tiene sus temporadas de cordura cuando el día amanece cristalino y florecen los prados y los frutos se nutren con el paladar del sol y el alimento que el cielo atesora. ¡Ha, bueno!, trata de manifestarme que Dios es la naturaleza, cuando, quienes hemos naufragado en el desierto de Dios apreciamos la naturaleza pero, como la obra de Dios. Veamos, el caso es que según su planteamiento nos sugiere que Dios es sol, agua, viento, nutrientes y deshechos, se manifiesta en frutos y los componentes químicos de esos frutos: sales minerales, azúcares, vitaminas, bilis, sudor, y lágrimas de Dios, está bien, dejémoslo ahí. Veamos entonces el enunciado primero: Dios: es el cocotero, el dátil, la heliconia, el manto de la montaña, la paja en el ojo ajeno, etc. Dios es toda la naturaleza viva y la muerta, por añadidura yo soy Dios con todas mis virtudes y defectos. Pero, sí estimo que Dios es perfecto y yo soy imperfecto entonces él primer enunciado sale sobrando y el segundo, por

antonomasia, es el enunciado que determina la existencia de Dios, aún y cuando científicamente queda comprobado que Dios es ateo por no creer en otro Dios. Tómelo como quiera empero, venerar y/o contemplar, es lo menos que podemos hacer como un rito sagrado ante la imagen del verdadero Dios vivo que es esa naturaleza que nos consagra, poseedor de cariño y ternura, es un ser que ocupa un lugar en el espacio y tiene poder, a todas luces, mucho poder. ¡Ha vaya!, entonces Dios es el chucho, desde luego, que interesante resulta cuando se va adquiriendo el elemento cognoscitivo, ahora bien no se vaya a poner en el plano de que en efecto Dios es el perro pero sí se trata de un San Bernardo o un Samoyedo con pedigrí. Empero, si se tratase de un perro callejero de vulgar aspecto desde luego que no, porque es similar a que me diga que cada hombre es imagen y semejanza de Dios, pero si es un hombre probo, pero si se trata de un vulgar charamilero, discúlpeme pero ese despojo de hombre no puede ser Dios, obviamente usted lo ve de cabeza, lo insto a que vea la situación a la inversa y entonces se dará cuenta que el enunciado si funciona: el hombre creó a Dios a su imagen, con forme su semejanza y de esa sencilla forma cada y cual concibe a Dios como se vea él, y no puede ser de otra manera, más claro no canta un gallo, que no lo quieran entender es otra cosa, porque sí lo entienden entonces se desmorona el negocio, el cual en los léxicos contables recibiría el nombre de: industria sin humo. Pues sepa, de una vez por todas que Dios no está para agradar a nadie, menos para sufragarle los placeres.

¡Ah bien!, entonces Dios hace buenos y malos, ricos y pobres, pero de una vez le advierte que sigue firme lo del ojo de la aguja (para curarse en salud), el enunciado le advierte que los ricos no irán al reino de los cielos en tanto los pobres sí, para ello no deben portarse mal, no deben codiciar los bienes ajenos, deben ser honrados, no ambicionar salarios altos, no hacer huelgas ni manifestaciones, deben ser mansos como corderos, ha bueno, ¿cómo hará Dios para saber quién es rico y quien pobre?, no blasfeme que Dios todo lo sabe, bueno si todo lo sabe porque no darles un anticipo a tantos miles de niños desnutridos y hambrientos que pululan en los países del tercer mundo, quienes por ser pobres y por lógica tienen visado su pasaporte al cielo donde habrá de todo: ¿me entiende?, le entiendo pero, no comparto ese enunciado porque, el único camino para llegar a la verdad es la evidencia, y hasta hoy día nada de lo dicho ha sido posible comprobar y ha quedado en promesas que los religiosos usan como trampas para atrapar incautos y nada hay a la vista, por ello insisto que un anticipo de esa abundancia que hay en el cielo – postmorte - les sentaría bien. Y, Contésteme como poder medir la pobreza y la riqueza: quien tenga más Rupias y menos Euros o más Dólares y menos Lempiras y cuanto

son más y cuanto son menos y que cantidad es poca y cuál es el parámetro al hablarse de pobres ricos y de ricos pobres. Disculpe, me está metiendo en un atolladero y le pregunto qué categoría social tiene Dios, bueno sí damos como concluyente la idea de que Dios es toda la naturaleza y la naturaleza misma es Dios, la misma se encuentra dividida en clases: un cedro, para nombrar a alguien, es de clase alta y una confiera de clase media y un guarumo pertenece a la clase baja entonces el mismo Dios está en trapos de cucaracha. Es alta, media y baja – a la vez -. Obviamente usted lo puede esquematizar con ríos y riachuelos o en su defecto lagos, lagunas y lagunetas como lo estime prudente: aves, reptiles y/o roedores. ¿Me entiende?, claro que le entiendo, usted me está diciendo que Dios es calor y frío a la vez o va en disminución porque entiendo que si es clorofila no puede ser sabia, entiende mal, es clorofila y sabia al mismo tiempo. Espero que ahora si me entienda, pues no, ahora menos le entiendo la visibilidad y el cerebro del hombre quien le sugerirá quien y como es Dios, pero si me acaba de señalar que Dios es la pupila y el cerebro al mismo tiempo entonces Dios miente. Ya veo, usted me ganó la delantera y de alumno paso a docente, vea nada más que precioso es el ente educativo, el tema de Dios es muy apasionante si Dios es su cerebro no se apasione en demasía y las anotaciones van saliendo sin premura y de manera lógica, ahora bien sí los argumentos salen atropelladamente pueda que Dios esté de malas y las cosas no se den como se deben dar, ¿me entiende?, y como no lo voy a entender si veo a Dios en una candelaria, en la hormiga, en el pulpo. Ahora bien me decía inicialmente que la única forma en que la existencia de Dios es válida era por la estructura, afirmativo, Dios es una base estructural, como las leyes, la moral, la ética, la política etc. y funcionan para sostener a las clases dominantes, me explico: Si no protesta y es manso como cordero usted se va al cielo, ya se lo dije, pero ello no es cierto usted se va a la tierra a convertirse en tierra y nada más. ¡Ha, bueno!, entonces en que plano queda el alma y el espíritu, pues hombre, se lo he dicho en perfecto castellano, ambos elementos, subjetivos, sólo pueden ser percibidos por el hipotálamo, que es precisamente el ente regulador de los niveles de conciencia y al morir el individuo es obvio que también muera tal glándula, y ahí concluye todo. Y ello, a lo cual usted aspira tanto por lo cual se desvive y pierde el sueño: la vida eterna, es tan incongruente y falaz por lo que no es sino, la columna vertebral de la superestructura que tanto beneficio otorga a la clase dominante a través del elemento pernicioso denominado religión. Establecido quedó que les fue de profunda importancia a los nubios, egipcios, romanos, españoles, mayas, garifunas y xinkas y cuantos grupos étnicos ha parido la humanidad y nada más. Ahora, dígame ¿cómo sabe tanta congruencia científica?, vaya pregunta más ingenua, sencillamente porque soy Dios.

Maria Susana Lopez

Mail: lolalopez31@hotmail.com

Buenos Aires

Profesora de Ciencias Naturales y
Enseñanza Primaria, artista plástica,
ceramista, escritora amateur.



Cajas de zapatos

Siempre me gusto encerrarme en mi habitación, tirarme en la cama y pensar. Algunas veces tenía ideas brillantes, eso suponía yo. Pero la mayoría eran ideas negras.

“Ojo con lo que estás pensando, nadie se te va acercar si decís cosas raras, vas a quedarte sola“. Así me decía mi vieja cuando me veía con la mirada fija en el techo.

Mientras Mama trabajaba yo cuidaba a mi hermana. Le contaba historias porque tenía miedo a la oscuridad, o no quería quedarse sola o por alguna película que veíamos, como aquella que un niño lloraba acostado en la cama porque estaba enfermo y detrás en su cabecera había un Cristo.

Yo le decía se va a morir.

Entonces mamá cuando mi hermana le contaba llorando me



retaba “no le digas cosas raras a tu hermana, no ves que se asusta, vos siempre con esas ideas negras”.

Por eso yo no quería ningún Cristo cerca porque pensaba que siempre que había uno cerca la gente se iba a morir.

Había momentos en donde mi cabeza se colonizaba de ideas negras. Recuerdo esforzarme para que eso no ocurriera porque una vez que se instalaban eran muy difíciles sacarlas de ahí.

Cuando estaba en época de desarrollo, en el baño tenía la costumbre de investigarme. Cada vez que me limpiaba veía que la caverna me crecía y tenía miedo que me creciera un pene. Entonces me auscultaba con el espejo para controlar que eso no ocurriera.



Otra idea negra que me aparecía y me daba miedo era que la caverna se convirtiera en una planta carnívora o en un túnel oscuro absorbente y terminara en vacío.

Nunca quise contar estos pensamientos oscuros ni a mis amigas ni a mi madre. Ya bastante me catalogaban de rarita, así que los deje para mí.

A veces detecto que mi cabeza se puebla de ellos y los escribo. Los dejo en una caja forrada de negro. Siento que al plasmarlos los limito, los encierro y los extraigo de raíz como un cáncer.

El otro día mi mamá me pregunta para que guardaba tantas cajas si solo tenía tres pares de zapatos.



Ronnie Camacho Barrón

Facebook: https://www.facebook.com/Escritor-Ronnie-Camacho-109204653835661/?ref=py_c

Instagram: <https://www.instagram.com/rocamba17/>
Matamoros, Tamaulipas, México, 17 de marzo de 1994



Escritor, Lic. en comercio internacional y aduanas, y Técnico Analista Programador bilingüe.

Ha publicado 2 novelas “Las Crónicas Del Quinto Sol 1: El Campeón de Xólotl” (Amazon 2019) y “Carlos Navarro y El Aprendiz Del Diablo” (Editorial Pathbooks 2020), también 10 libros infantiles, todos con la editorial Pathbooks y traducidos en más de 6 idiomas, su más reciente obra,

“Entre Nosotros, Antología de Terror Fantasía y Ciencia Ficción” (Amazon 2021).

Participó en 11 antologías y muchos de sus cuentos, relatos y ensayos han sido publicados en más de 126 revistas y blogs entre nacionales e internacionales que componen 19 estados de la república, 9 países del continente americano y 2 de Europa.

La Luz

Como siempre es una hermosa noche, las estrellas brillan, la luna llena abarca un gran cacho del cielo y yo muy confiado, me acerco a la puerta de la cafetería donde mi novia trabaja.

Apenas la abro, soy recibido por el exuberante aroma de las tortillas de harina y el café recién hecho, otrora aquello despertaba mi hambre, pero ahora lo único que logra es retorcer mi estómago del asco.

Mi novia, la única razón por la entré a este cochino lugar, se encuentra atendiendo el negocio detrás de la barra.

—¡Amor ya llegaste! —sus ojos se iluminan al verme.

—Hola hermosa —camino hacia la barra y sobre esta, nuestros rostros se acercan hasta fusionarse en un beso.

—¡Ya párenle tortolitos, guárdense algo pá más tarde, órale que se queman mis chilaquiles

—son algunos de los comentarios burlones que nos sueltan varios de los comensales habituales.

—Ya voy, ya voy —responde mi novia a sabiendas que es un juego—.Oye sé que planeaste algo para hoy, pero, ¿Puede esperar un par de horas?, es que papá salió y me dejó encargada de cerrar —nerviosa mira hacia el suelo a la par que entre sus manos, estruja un viejo trapo con el seca los platos después de lavarlos.

—Por supuesto, tenemos todo el tiempo del mundo —como me odio por decir eso.

—Gracias guapo —me sonrío antes de volver al trabajo.

Mientras la observo ir y venir de un lado a otro, no evito repasar en mi mente todos los defectos que le he encontrado, como sus ojos de tamaño desigual, ese grotesco lunar carnoso sobre su labio superior y su voz tan chillona que ya me tiene hartó.

A veces me pregunto, si después de tanto tiempo ella hará lo mismo, ¿También tratará de encontrar todos los defectos que en su día el amor impidió que viéramos?

Por casi dos horas espero que termine y mientras lo hago, veo un rato el futbol en una vieja televisión que hay enclavada en la pared, charlo con otro cliente y me tomo un café.

—Perdón por hacerte esperar —dice exhausta.

—No te preocupes —yo sonrío de oreja a oreja.

—Ya nada más déjame apago las luces y cierro las puertas para que nos vayamos

—promete

—Claro.

Ella comienza con su última labor cuando de pronto, escuchamos el sonido de la puerta abrirse a nuestras espaldas.

Un hombre ha entrado a la cafetería, luce nervioso, no aparta la mano del bolsillo derecho de su pantalón y esconde su cara debajo de una gorra y unas gafas de sol.

Con cuidado examina el lugar, antes de centrar su vista en nosotros.

—Ay señor, discúlpeme, pero ya cerramos —mi novia se muestra apenada.

Sin mediar palabra y con paso tembloroso, el hombre se da la vuelta, pero no para marcharse, en lugar de eso cierra la puerta de la entrada con candado y se aproxima a la barra.

—Dame todo el dinero —dice tan rápido que apenas si se le entiende.

—¿Cómo? —pregunta mi novia con una sonrisa nerviosa.

—Ya me escuchaste, ¡Que me des todo el dinero! —rápidamente desenfunda una pistola y le apunta a la cara.

Al ver el arma ella grita aterrada y el ladrón que de por sí ya luce nervioso desde que entró, también se asusta y aprieta el gatillo.

Una bala sale disparada y los sesos de mi novia se estampan contra la pared, antes de que esta caiga muerta al suelo.

—¡Asesino! —la ira me invade al presenciar aquello y trato de abalanzarme sobre él.

No logro mucho, pues apenas me ve levantarme de mi asiento, apunta en mi dirección y también me fulmina de tres disparos en el pecho.

Cual colilla de cigarro me desplomo y mientras la penumbra se apodera de mi visión, observo como el ladrón quita el seguro de la puerta y sale corriendo.

Un frío acalambrado me abraza y siento como me hundo en la profundidad de la nada, hasta que de pronto, algo sucede, una tenue luz comienza a atravesar la oscuridad que tapiza mis ojos.

A cada segundo está se agranda y pronto alcanzo a distinguir que aquella luminiscencia, proviene de la poderosa luna llena que impera en el cielo.

Una vez más me encuentro frente a la entrada de la cafetería y aún en contra de todos mis deseos, vuelvo a abrir la puerta.

—¡Amor ya llegaste! —otra vez los ojos de mi novia se iluminan al verme.

—Hola hermosa —nuevamente me acerco a la barra, nuestros rostros se funden en un apasionado beso y los comensales se mofan de nosotros.

—Ya voy, ya voy —ella les sigue el juego—.Oye sé que planeaste algo para hoy, pero,

¿Puede esperar un par de horas?, es que papá salió y me dejó encargada de cerrar —estoy cansado de esto.

—Por supuesto, tenemos todo el tiempo del mundo — ¿Por qué no me fui cuando pude?

—Gracias guapo —regresa al trabajo.

Mientras la espero, vuelvo a ver el partido, como siempre el Cruz Azul perdió, tengo la misma trillada conversación con el otro comensal y me bebo un repugnante café.

—Perdón por hacerte esperar —.

—No te preocupes —mientras mi rostro sonrío, yo lloro por dentro.

—Ya nada más déjame apago las luces y cierro las puertas para que nos vayamos —jura.

—Claro.

A la par que mi novia comienza a apagar las luces, el característico sonido de la puerta abriéndose se escucha.

Igual que siempre el ladrón entra, exige el dinero, ella grita, de un tiro la silencia y mientras yo trato de vengarla, me mata también.

Otra vez la oscuridad se apropia de mis ojos, el frío me abraza y la nada me absorbe, hasta que la luz de la luna vuelve a hacer su aparición.

Ya he vivido esto más de mil veces y lo seguiré haciendo, pues este, es el destino que le depara a las almas que murieron de una forma tan abrupta como yo, estamos condenados a repetir nuestra muerte, hasta el fin de los tiempos...aquí voy de nuevo.

Abigail Hernández Cruz

Tiene 21 años; actualmente estudia la licenciatura en Lengua y Literatura, además de ser la creadora de CocoArt, su proyecto de emprendimiento artístico. Es músico, escritora y artista visual, y ha encontrado en la pintura el refugio ideal para expresar y compartir todas las emociones que habitan en ella.

Está convencida de que el arte tiene un poder sanador que puede ser el medio ideal para conectar a los seres humanos y así, hacer de éste un mundo mejor.







Daniel González Chaves

Nació en San José, Costa Rica, el 3 de noviembre de 1982.

Asiduo lector de la literatura de género, gusta de leer y escribir en los géneros de terror, ciencia ficción, fantasía heroica y ficción histórica.

Inició su carrera con la novela de terror *Un grito en las tinieblas*; la vida de *Zárate Arkham* fue publicada en 2010 por la EUNED, su segunda novela, la aventura épica *Lágrimas de guerrera* vio la luz en

2013, en 2015 publicó la antología de relatos eróticos *Club 69*, en 2016 la novela de terror infantil *Leonor; aventuras fantásticas*, estas últimas mediante la Editorial Clubdelibros y en 2018 *El efecto Casandra o como aprendimos a defendernos de los lagartos gigantes del espacio* con la editorial española Wave Books. Ganador del segundo lugar del Certamen Brunca de Cuento en 2014 por su relato *La casa del silencio* y del primer lugar en el mismo en 2015 por *La vida según Stephanie*, mención de honor del Certamen Costa Rica país de Paz 2016 por *Yo soy el último, Fernando*. Ha participado en las antologías *Penumbras*, *Cyberpunk 205*, *Lunas en vez de sombras*, *La media cebolla* y *Te voy a recordar* y publicado diversos relatos en revistas como *Sci-Fdi*, *Cosmocápsula*, *Futurocopias*, *Axxón* y *Nuevos Mundos*, entre otras.

Cinema Phantom

Siempre se había dicho que el afamado Cine Lumière estaba embrujado. Y es que al observar su vieja estructura de más de un siglo y su arquitectura arcaica construida en concreto con ese estilo barroco típico de finales del siglo XIX era difícil no pensarlo.

Originalmente fue un teatro popular donde se presentaban obras escénicas de distinto matiz. Adquirido a principios del siglo XX por los hermanos Mayorca, dos empresarios que vieron en la naciente industria cinematográfica un buen nicho inexplorado. Le renombraron como Cine Lumière en honor a los creadores del cinematógrafo y pronto su empréstito fue todo un suceso.

Por la pantalla del cinema pasaron las mejores estrellas de Hollywood y las películas más glamorosas como *Lo que el viento se llevó*, *Casablanca*, *Ben-Hur*, *Los diez mandamientos*, *Cleopatra* y más. Las constelaciones enteras de la crema y nata hollywoodense, y también cine más ligero especialmente en el *matiné* donde se emitían los cortos de Disney y los *Looney Tunes*, *Los tres chiflados* y *Abbott y Costello*.

Pero las décadas pasaron. Atrás quedarían las películas incoloras y serían reemplazadas por el *technicolor* a partir de *El mago de Oz*, de forma similar a como las películas mudas fueron reemplazadas por las sonoras. En los 70s por el cine pasarían los grandes *blockbusters* como *Jaws* y *E.T.* y obras inmortales como *La naranja mecánica*, *El padrino* y *El exorcista*.

Pero ya en tiempos modernos... las cosas cambiaron.

Fue por esta época que empecé a trabajar allí como un humilde acomodador. La revolución del *streaming* había afectado particularmente a los cines y el *Lumière* no fue la excepción.

Sin embargo se mantenía vigente gracias a que su dueña —la nieta de uno de los hermanos fundadores— aplicó (con cierto éxito) una estrategia de *marketing* promoviendo al lugar como espacio para festivales, cine independiente y ciclos filmicos donde presentaba documentales, películas alternativas y clásicos. Esta peculiaridad le permitió mantenerse a flote a diferencia de otras salas independientes que una a una fueron cerradas o absorbidas por las grandes cadenas para poner en cartelera las mismas películas de *superhéroes*.

Aunque había asistido a ese cine desde niño, y recordaba con nostalgia las experiencias vividas en mi infancia y adolescencia, nunca creí eso de que estuviera embrujado. Bueno no hasta que trabajé allí.

Al cerrar el turno de la última tanda de *trasnoche* no podía evitarse sentir aquella macabra *zozobra*. Una vez que se iban los espectadores y se limpiaba la sala quedaba atrás una sensación extraña, como de presencias o sombras invisibles. Luego se apagaban las luces y la enorme sala quedaba sumida en las tinieblas al igual que la mayoría de pasillos. Yo era el último en irme tras apagar las luces de todo lado, incluso de la cabina del proyector y las oficinas de la gerencia. Incluso apagaba las luces de *neón* del enorme rótulo en la entrada antes de irme.

No es que no hubiera sentido gélidas brizas como quien pasa rápido a mi lado erizándome la piel o como si no hubiera visto sombras pasajeras sin dueño,

pero mi mente racional siempre lo explicó como el engaño de las luces o una mala jugada de mi imaginación.

Aquella vez cuando olvidé apagar la luz en la cabina del proyector fue diferente. Ya estaba por salir así que tuve que entrar al cine de nuevo, atravesar los tenebrosos pasillos y subir las escaleras de caracol que conectaban con el proyector. Y al abrir la puerta observé mi primer fantasma. Esta vez no había explicación posible –salvo mi locura, claro está– al ver una mujer con ropa victoriana y un sombrero con plumas que se ataba a su mentón con una gruesa franja. Estaba examinando el proyector curiosa y luego fijó su mirada en mí.

La observé entre curioso y asustado, hasta que la figura se desvaneció frente a mis ojos. Los froté con mis puños, preocupado por estar perdiendo la cabeza. ¿Exceso de trabajo, quizás? Pero esta vez mis racionalizaciones no serían suficientes. Había visto una aparición y eso era innegable.

Apagué la luz y corrí fuera del lugar.

Continué mi trabajo en Lumière considerando aquél encuentro como una simple anécdota. Pero los avistamientos siguieron sucediendo. No siempre era la mujer. En uno de los baños vi a un hombre de sombrero y ropa de los años cincuenta mirándose al espejo y con heridas de bala aun frescas en el pecho. Me observó, guiñó un ojo, y desapareció. En otra ocasión vi una mujer con ropa blanca como de hospital, ojerosa y despeinada que me aterró conforme corrió hacia mí desde un pasillo para desaparecer antes de llegar. Conté mis experiencias a todo mundo incluida mi jefa pero nadie las tomó en serio.

Estaba ya considerando renunciar cuando una de las últimas tandas terminó. Solo quedaba un espectador aparentemente dormido en una de las butacas. Un adulto mayor al parecer.

Cuando fui a despertarlo descubrí que estaba muerto.

Llamamos a emergencias y vino al lugar una ambulancia y la policía. Nada se pudo hacer. Al parecer fue una muerte por causas naturales. El cine estuvo cerrado por 48 horas y luego reabrió al finalizar la investigación. Se hizo la tanda de costumbre y al terminar hubo que, una vez más, limpiar la sala.

Y para mi asombro una vez más allí estaba. El mismo hombre. El anciano que había muerto en la butaca, sentado en la misma y mirando la pantalla.

—¡Esto no puede ser! —me dije. Ya casi acostumbrado a estas experiencias me acerqué al anciano, aunque me pareció aquello tan surrealista, pero estaba decidido a hablarle.

—Señor ¿me escucha?

Él me miró.

—Sí, joven —dijo en una voz clara y entendible.

—Señor, la función terminó, es hora de que parta.

—Gracias, joven, lo sé. Pero es que... no tengo a donde ir. Estoy muerto desde ayer.

Esa declaración me sorprendió. Asumí que los fantasmas eran fantasmas porque no se habían dado cuenta que estaban muertos.

—Lamento mucho lo sucedido. Yo mismo lo encontré acá ayer... pero no puede quedarse aquí.

—¿Por qué no? —dijo una voz a mis espaldas. Con algo de reservas me giré solo para ver al hombre del sombrero con los balazos. Esto me sobresaltó por supuesto. El tipo me saludó de nuevo y se tocó la punta del sombrero.

—U... usted...

—Me llamo Frank Malone. Morí en 1957 a unas calles de acá. Unos rivales de una banda rival me ultimaron saliendo de lo que en esa época era un casino y hoy es una farmacia.

—Yo morí de tuberculosis en un hospital cercano —dijo otra vez que me inquietó. La mujer de blanco apareció en el palco de la sala mirándome hacia abajo.

—A mí me ahorcaron no muy lejos de aquí —aseguró la mujer victoriana apareciendo por otro franco—, fue un asesino serial que gustaba de estrangular mujeres en el parque. Lo atraparon algunos años después como pude ver en una de las noticias que pasaron por acá —aseguró señalando la pantalla. —Esto era un teatro cuando yo vivía.

Quizás me había vuelto loco o quizás me estaba acostumbrado a aquellas presencias pero no les tenía miedo, así que les hablé.

—¿Y qué hacen aquí en este cine entonces? —pregunté.

—¿Qué quieres que hagamos, muchacho? —me preguntó Frank Malone.
 —No podemos comer ni beber, no vamos a ir a un restaurante. No podemos, jeje —dijo sonriente y guiñando el ojo— ir a un burdel tampoco —al decir esto la mujer victoriana pareció ofenderse y se refrescó con un abanico que hasta ahora le notaba tenía en sus manos enguantadas—. Lo único que podemos hacer para entretenernos es ver películas.

—¿Y no han pensado trascender a la otra vida o algo así? —inquirí.

—No sabemos cómo hacerlo —explicó la mujer tuberculosa—. Simplemente no nos vamos a ningún lado. Si a todo mundo le pasa igual o nosotros somos especiales no podemos decir. Nos hemos topado con otros fantasmas. Algunos se quedan, otros se van.

Hemos visitado otros edificios, pero la mayoría se tornan aburridos porque no podemos interactuar mucho.

—Lo hemos intentado, créame —aseguró la mujer victoriana. —Usted me encontró aquella noche intentando accionar su máquina proyectora para ver si podíamos ver películas durante la madrugada ya que no dormimos.

—Entiendo. Bueno... tal vez pueda ayudarles en eso... —mencioné. Los fantasmas parecían complacidos.

Continúe mi trabajo en el cinema esta vez consciente de los tan inusuales habitantes que tenía. A menudo me los topaba y los saludaba amablemente. Llegué incluso a conversar con algunos largo rato. La mujer victoriana se llamaba Vanessa y fue una sufragista cuando estuvo viva. La tuberculosa se llamaba Cristina y falleció dejando detrás tres hijos, pero asegura que mantuvo una cierta supervisión sobre su familia pero perdió el hilo cuando llegaron los bisnietos y por tanto el interés. El anciano se llamaba don Aldo.

Era interesante ver aquellas personalidades porque aunque fueron moldadas en otras épocas —con excepción de don Aldo— sus mentes continuaron evolucionando y nutriéndose de nuevas modas y cambios sociales que veía en las películas. Algunos de los cuales les escandalizaban y otros les animaban. Algunos extrañaban no haber podido vivir aquellos cambios. Cristina por ejemplo confesó que era lesbiana y se había casado por obligación pero nunca disfrutó el sexo con su marido. Le encantaban las películas de amores lésbicos. Vanessa en cambio era más conservadora, a pesar de sentirse feliz con las reformas que dieron más derechos a las mujeres había muchas cosas que no aprobaba.

Frank era el más liberal de todos pero su mentalidad también era la más oscura por haber sido un violento criminal. Disfrutaba las películas violentas y especialmente las de gánsteres, aunque sospecho que habría sido violento de haber podido, ahora era totalmente inofensivo.

Curiosamente a ninguno le gustaban las películas con fantasmas. Quizás les recordaban su condición o quizás las sentían “falsas”.

El caso es que les enseñé a poner el proyector para que se entretuvieran en las madrugadas. Aunque su capacidad de interacción con el plano físico era muy tenue, era suficiente para mover un mouse de computadora. El hecho de que en ocasiones se escuchara la pantalla del cine encendida aumentó más el mito de que en el lugar asustaban.

Luego vino la fatídica noticia. Mi jefe reunió a todo el personal, desde el proyector a los que hacían las palomitas, y nos informó de lo que sucedería. El cine estaba dejando pérdida y ya ni la estrategia de hacer festivales y ciclos funcionaba. Además debido a las pérdidas que la industria había estado experimentado a raíz de recientes crisis globales y el impacto del streaming ninguna de las grandes corporaciones adquiriría el lugar. Todos seríamos debidamente liquidados y el lugar sería vendido para darle alguna otra función.

Le supliqué, imploré y rogué en todas las formas posibles. Quizás parecía un loco. No era un tema laboral, pues era obvio que podía conseguir otro trabajo quizás hasta mejor, pero no podía decirle que temía por mis fantasmales amigos. Al final la decisión fue tomada y todo terminó. Debí darles la triste noticia.

Entonces uno, creo que Malone, preguntó:

—¿Qué es el streaming?

Conseguí trabajo poco después como oficinista en una firma de abogados. Ahora estoy estudiando leyes en la universidad y espero pronto ir ascendiendo en mis labores. Fue una considerable mejoría respecto a mi empleo anterior tanto en salario como en esfuerzo, pero siempre recordaré con cariño al ya fenecido Cine Lumière, hoy un Starbucks.

Lo que sin duda recordaré también siempre es el legado que me dejó. Entré a mi casa después de un día de trabajo. La televisión encendida como siempre, y sobre el sofá los cuatro refugiados que traje del antiguo Cine Lumière.

—¿Cómo se llama ese actor? —me preguntó Vanessa señalando la pantalla mientras veían

Netflix.

—Henry Cavil —respondí.

—Debemos buscar más películas de él —aseguró reenfocándose en la pantalla y yo continúe a la cocina a hacerme un sándwich.

**Bruna Radija K. Bermudes
(Little Bunny)**

Instagram: littlebunny222022

Facebook: Bruna Radija Kishimoto
Bermudes

Nacida en un 25 de enero del año 2000, en Río de Janeiro, Brasil. Hija de Claudia Bermudes dos Anjos, médica pediatra de profesión de nacionalidad brasileira y Adolfo Kishimoto Cortez, operador de maquinaria de nacionalidad boliviana, comenzó su camino como escritora a los ocho años, pero recién a los 11 fue



cuando empezó a sentir su llamado hacia la literatura rumbo a hacer de ello su profesión. Tras pasar toda su adolescencia en un país de habla hispana se sintió más comfortable al usar la lengua española para su escritura, y tras años de escribir en el completo anonimato y de crear obras sin ninguna esperanza de difusión a los 22 años tuvo su debut literario con “Palabras” su poema publicado en “Tiempo de Poesía”, revista digital española que la llevó a tener una modesta difusión mediática por parte del periódico **Panorama Cultural** y la revista **Diafanís**; en un año turbulento de logros y también rechazos por el intento de publicar su novela de manera tradicional, ha logrado labrar su carrera y hacerse de un currículum literario que va en ascenso. Bajo el seudónimo de **Little Bunny** ha logrado cierta visualización con poemas gracias a **Voxerosa**, también gracias a **Martín Girona**, quien recientemente ha publicado su cuento **Louise** en su antología **La frontera**, siendo también publicada por la revista **Anacronías** y **NinfaEco**, demostrando en medio de sus fracasos y logros que su esfuerzo la va llevando al final que tanto anhela.

Lost in the memory

Ha sido un sueño,
Nada más que un tenue recuerdo,
Lo puedo ver en tus ojos
Sé que vas a dejarme de nuevo,

FRAGMENTOS

Trato de engañar me a mi
Misma, simular que no duele,
Que ya he cerrado está herida,

Pero, aun así...
Eres aquella cruz en mi cuello,
El recuerdo de lo perdido,
La mentira y lo sincero,

Lo veo en tus ojos,
Su tono es azul, azul como el cielo,
Azul... como volverá a ser él océano
Una vez más y de nuevo,

Lo veo en tus ojos,
Te marchas y es definitivo...

O al menos eso es lo que presiento,

¿Cuántas ya van?
¿Cuántas más serán?

Las huellas tras nosotros...

Una última vez...
Una última vez antes de
Volverte a ver,

Quiero lamentarme y soñar
Con todo aquello que ya
No me pertenece,

Lloraré sin mirar atrás,
Lo sé muy bien, este es el final,
Perdido en la memoria,
Como una dolorosa laguna mental,

Lost in the memory

FRAGMENTOS

Recuerdo una tonada,
Una melodía triste,

En inglés ha sido cantada...

Lo siento,
Este es solo un último adiós,
Un último grito,

Puesto que solo podré vivir en este mundo
Si es contigo...

Tributo a Misato y Kaji de Neon Génesis Evangelion

Rolando Reyes López

Mail: poetadecuba@gmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/rolando.reyeslopez.77377>

Instagram: @rolandoreyes

Jovellanos, Matanzas, Cuba.

Graduado de Bachiller. Actualmente es jubilado por Baja Visión. Numerosos relatos breves y poemas suyos han sido publicados en 20 Antologías y 67 Revistas digitales de varios países de Europa y Latinoamérica.

Epístola del solitario

Mientras los poetas dialogan
sobre la efectividad del tiempo,
yo corro a esconderme
en las inmediaciones de un espacio
que ya no existe a simple vista.

La ciudad es solo un punto
en la memoria de los hombres,
la poesía es también otro punto
(no de puntuación):
los poetas saben de qué hablo.
La ciudad me exige estar aquí,
los hombres me exigen estar aquí,
a las mujeres les da lo mismo.
He visto a los árboles hermosos
deshacerse de sus hojas antes del otoño;
contemplé desde las graderías
el triunfo de los poetas; hice pausa en mi viaje
a través de las arenas y el agua
que alguien bebió con entereza;
en vano abrí las puertas de mi casa
y de mi espíritu;
pude ayudar al necesitado de pasos cortos
y al niño que apenas sabía caminar;

leí hasta la fatiga los mandamientos de Dios
y los libros del poeta.

Los niños no preguntarán cómo se llamaba el vate
que un día escribió sobre la paz y los disturbios;
los tendidos en el asfalto
vociferan versos que apenas logro descifrar,
yo había abandonado el Coliseo y las mazmorras,
me establecí lejos de la tribu y las bestias,
asumí que con esa actitud
recuperaría la esperanza y el sosiego.
Aquí todo es silencio, silencio... silencio.

Un hombre llegado de otras latitudes
habla de la desesperanza,
de los niños asesinados en las escuelas,
maldice la hora en que llegó a este mundo
y maldice la hora en que tenga que irse,
seguramente a otro mundo peor.
Lo miro como se mira al horizonte,
distante siempre, lejos, equidistante;
no le hablaré de los huesos
que reposan bajo los míos,
tampoco diré nada sobre las heridas que conservo
envueltas en los pañales de la hija
que algún arma separó de mis brazos;

le voy a ocultar los secretos que domino;
haré de sordo y enterraré la cabeza en el polvo,
nuevamente.

Soy uno de esos toros azules
que alguna vez vino de las barandas de los puentes,
otros disfrutaban de las cervezas
y de las señoras de vestidos verdes,
disfrutaban el pedazo que alguien dispuso
para los perdedores,
no intentaré comprender el fracaso
ni el porqué del mar frente a la ventana,
no revisaré más en sus plegarias,

FRAGMENTOS

Dios ha recuperado la capacidad
de complacer a los humanos,
Dios se revela hoy como un gran ganador.

El verso que ahora juega entre mis manos
una vez retozó en otras manos
y así hasta el fin de todo
cuanto repta y camina.
Desde los malecones del tiempo
observan los desamparados
con nuevas máscaras
para sus rostros fáciles y tontos,
regresando al páramo de los silencios

y las quietudes.
Talet aguarda junto al auto de Pessoa,
Pessoa fue un momento al paraíso
a recoger al que ahora escribe
estas líneas intrascendentes;
dicen que fue visto por última vez cerca de los ríos
arrojando un trozo de madera rumbo al Sur,
quienes los vieron marchar
aseguran que deseaba ir a ese horizonte
de nubes imperecederas.

Julio Cesar Gonzalez Acosta

Instagram:

https://www.instagram.com/julio_acostaaa/

Facebook:

<https://www.facebook.com/jucegoac/>

Licenciado en Ciencias de la Comunicación con énfasis en investigación, actualmente es estudiante de la Maestría en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, (UAEH). Ha tomado diversos diplomados donde destacan, diplomado de Cultura de la Paz de la Secretaría de

Cultura de Puebla. Diplomado en escritura creativa de la secretaría de Cultura de Hidalgo. Fue coordinador de comunicación y cultura de la Fundación Hidalguense perteneciente a la UAEH. Responsable del programa ganador del premio nacional de servicio social 2016 otorgado por la CISS a la UAEH por mejor programa institucional de servicio social: Universitarios por la alfabetización.

Actualmente docente de las materias apreciación cinematográfica, diseño y organización de la producción audiovisual en el Centro Hidalguense de Estudios Superiores.



He bebido tus malaguas

Eterno camino de dolor,
formo un collage
con tus recuerdos.
Imágenes montadas
en la galería de mi cuerpo roto.

El inmenso mar
que traigo dentro,
se expulsa
por todos los orificios
propiciados por la guerra de mi cuerpo.
Pinchazos
de agujas acusatorias
llenas de dolor.

Me vació en lentas gotas
de este mar amargo.
Gotera infinita
que ensordece
cuando en vacío cae

sobre la realidad de mis pies muertos.

Volcán

Tus palabras
extinguen las cenizas
de mi volcán herido
que adentro habita.

Turbias frases
enclaustradas
en mis memorias,
queman, como la lava
mi alma mutilada.

Tus cenizas
entierran mi cuerpo dolido
en las faldas de tu volcán en erupción.
Y yo, me inmuto,
dejó que las fumarolas

me ahoguen en mis recuerdos.

Son tus palabras hirientes
la lava hirviente
que se vierte
en el mar amargo
de mi cuerpo fracturado.

Las voces de tus ofensas
bailan la danza etérea

a las faldas de tu volcán
que ha destruido el bosque
de los halagos falsos
que decías en las noches de frío.

Juanjo Cibaja Peña

España

Facebook: Jj Argolla-Pañuelo

Licenciado, Universidades: Granada e Internacional de Cataluña (España).

MIEMBRO: Ateneo José Román de Algeciras. Unión Nacional Escritores de España UNEE, Entidades del mismo y diversas en el ámbito Cultural Nacionales e Internacionales.

ACTIVIDADES: Poeta-Escritor:

Directos-Virtuales, Publicaciones: Nacionales e Internacionales Ferias del Libro, Libros editados, publicados, Revistas, Antologías. Como cantautor:

Como Pintor: Pictóricas, Galerías.

La paz, defendemos la paz de las guerras

Miremos al Espejo.
Que es lo que vemos,
Que es lo que ves.
Guerras e intereses,
Locuras sin por qué.
Que hay en el presente,
Del derecho del Revés.
Quien la evita,
Quien negocia,
Que provoca, Revoca.
Justifica o negocia,
Por qué Ley porque Fe,
La Vileza que consiente,
Felonía, vidas rotas,
Proteger la Paz,
Que hacemos,
en realidad,
O se queda,
en una nota,
O solo un cartel.



Ariel Amador Valdez

Facebook:

<https://www.facebook.com/daav7777>

Instagram:

<https://www.instagram.com/arkelsamador/>

Nacido el 30 de noviembre de 1994, en Tegucigalpa, Honduras. Licenciado en Letras con ambas orientaciones, por la

Universidad Nacional Autónoma de Honduras, máster interdisciplinar en Ciencias Humanas por la Universidade do Estado do Amazonas, y doctorando del Programa de Posgrado en Letras por la Universidade Federal de Santa Maria. Ha publicado diversas investigaciones en el área de literatura, estudios comparados e interartes. Fue profesor de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras y de la Universidad Politécnica de Honduras, además de editor y comentarista de algunas obras publicadas en el país.

Las tres formas del barro

Él la veía pasear por la villa, áspera y polvorienta, día tras día, hacia el pozo donde sus dulces manos dejaban caer un cántaro de barro ya casi pronto a romperse. En aquellos tiempos, música era cualquier cosa que pudiera escucharse: el viento entre las ramas secas, las serpientes meneándose en la arena del desierto —atentas a las miradas curiosas de los dioses—; pero entre todos los sonidos, el más musical —si es que podemos usar ese adjetivo— era el tamborear de un cántaro siendo atraído por la muchacha de cabellos cenizos en aquel pueblo olvidado por la memoria.

Le hubiese gustado, en un parpadeo, reparar aquel instrumento, pero no lo hacía.

Tímido como cualquiera que es ajeno al momento que le tocó vivir, se resguardaba entre la bruma de lo no-observado. Y ahí se quedaba, vigilante, atento, a cada paso que ella diera. Pero, tal vez, comprendía que, de haber reparado el cántaro, hubiese dejado de escuchar aquella percusión que le hacía desear tener un corazón que latiese a ese ritmo.

Poco a poco él fue entendiendo que toda la historia, desde el origen de los tiempos, había sido para encontrarse ellos, en ese preciso momento. Todo, desde que la nada engendró a las estrellas, y las estrellas a los planetas; y algunos planetas, aburridos de ser, engendraron dentro de ellos, seres que con la corriente del tiempo, crecerían, e irían transformándose hasta volverse humanos. Todo eso, y lo que vendría después, era para ellos. Y nadie, ni siquiera los grandes sabios, o los inmortales hombres sin cuerpo, son capaces de librarse de su destino. Él era el que era, por ella, y ella había sido creada — porque él así lo había decidido—, para él.

Fue así que un día mandó a su esclavo, en una noche de profunda oscuridad, y él le anunció de su amo, y del amor que él profesaba por ella; y lo que sucedería después, si ella así lo disponía. Si ella así lo disponía. Nunca antes, y nunca después, se le había dado la oportunidad de decidir, y ella decidió. Desposada con un hombre de una aldea vecina, que no conocía, pero que sus padres así habían decidido, por “descender de una buena familia”. Así decían, así habían dictaminado su futuro, pero este hombre extraño le daba vacío, una angustia parecida a la libertad. Le dio su decisión al esclavo, y éste se marchó con la buena nueva a su amo.

Al día siguiente todo marchó normal, nada en el mundo había cambiado; pero ella sonreía. Levantarse cuando aún no salía el sol, preparar el desayuno para sus padres, salir con su cántaro hacia el pozo, lavar ropa, coser aquella que ya estaba rota, alimentar a las bestias, ir por más agua, hacer el almuerzo. Todo ahora era diferente, porque después de aquella visita, ella, la hija de aquellos ya ancianos, Joaquín y Ana, ahora era una mujer libre.

Una mujer libre, una palabra nueva que ella aún no conocía, pero que se sentía bien en sus labios, besados apenas por el rugoso viento del desierto. Pero algo grande estaba preparado para ella, o, al menos, así se lo habían anunciado sus padres. Y así, fue educada en cosas que eran destinadas sólo para los hombres. Y nadie se rehusó. Todos en la aldea conocían la historia, de aquella pareja que sólo pudo concebir ya en una avanzada edad. Y luego de su nacimiento, la muerte misteriosa del que maldijo a su padre, como prueba divina de que ese hogar estaba protegido por los habitantes-sin- cuerpo del desierto. Algo grande le esperaba a aquella hija de la fortuna, y según sus padres, como cualquiera de los padres de aquel tiempo, era casarse con un hombre de buen linaje.

A la noche después de la anunciación, pasaron siete días, pues los dictámenes del tiempo todos debemos acatarlos. Y aquella voz tomó el cántaro de barro, y de él, se creó un cuerpo, como ya lo había hecho milenios antes con el primer

hombre. Y se exhaló a sí mismo en aquel barro que ahora era carne, carne y sangre, y vino, y pan, y palabra, y deseo; y amor. En la oscuridad de la noche, porque así lo había determinado él, fue caminando por la aldea, todos en aquel profundo sueño que da el cansancio del obrero.

Desnudo, porque seres perfectos no necesitan de cubrirse, porque la ropa es al cuerpo lo que la mentira a la verdad. Ella sabía que él llegaría, como dijimos, había en ellos algo que lo cambiaría todo, una conexión que sólo esa vez pisó la tierra; y qué digo tierra, cualquier planeta, cualquier estrella, cualquier tiempo y cualquier materia. Sólo esa vez; y es que sólo esa vez bastó.

Ella guardó el mejor vestido, y luchó contra el sueño que desborda portentoso en la profunda oscuridad. Él golpeó siete veces la puerta, y ella la abrió, viendo ante ella un hombre alto y moreno, de cabellos largos y barba media; y casi como si ya se conocieran, se fundieron en un abrazo que bien pudo haber durado una eternidad. Ya no había palabra, sólo dos cuerpos. Y en silencio la tendió en las sábanas. En un hombre que es más que hombre, la lengua es más que lengua, es palabra, y la palabra saliva, y la saliva es vida porque la palabra es vida. Y aquella lengua danzaba como llama que no arde, en su rizado y negro matorral de virgen tímida. Los gemidos brotaron de una boca que, por primera vez, hablaba por sí misma. Ella apretó a aquel hombre muy adentro de sus muslos, y él cedió a su voluntad. Poseída del deseo, ella lo tiró a las sábanas, y bajándose por su cuerpo oscuro, llegó a donde debía estar el falo, pero él, acostumbrado a sólo ver ropajes, había ya olvidado aquella extremidad. Ella tomó los restos del barro que aún no era carne, y dentro de su boca le moldeó uno a su propia pasión. Suave, poco a poco, su lengua fue cotejando las circunferencias y el cilindro; su saliva iba formando los detalles, y a los minutos, aquella boca libre, había forjado, de barro, un miembro erguido, fuerte y lleno de él. Y ella sería la primera mujer en estar encima, en cabalgar libre a su propio deseo.

De esa noche ella no dijo nada. Como un acto también divino, el hijo de aquel matrimonio nacería a los siete meses de casada —nueve meses después de aquel encuentro—. Y una tarde, ya pasados los años, el niño desenterraría de la arena un antiguo cántaro, y con un poco de agua, fue moldeándolo en una paloma, y de sus manos aquel barro tomó vida; y voló hacia el desierto, donde, tal vez, volvería a ser un hombre, y esperaría, ahí, a su hijo, que también era su padre; y Él mismo.

M. Andrei Velit Casquero

Facebook: <https://www.facebook.com/m.andreivelit/>

Instagram: <https://www.instagram.com/andreivelit/>

Huancayo, Perú- 1989

Escritor, melómano, gestor cultural y lector febril desde la adolescencia. Con estudios concluidos en Administración de empresas de la Universidad Nacional del Centro del Perú, es hasta el 2015 que decide escribir de forma seria y continua. Sus historias han pasado por el drama, la ciencia ficción, el terror, el suspenso, el amor, la fantasía, la sociedad, la política, lo juvenil, la poesía y hasta la literatura infantil. Debido a su otra pasión —que es la música— trabajó como redactor principal en la revista musical “Worked Music” y fue locutor de su propio programa de radio por internet: “Rock en tu cuarto”. En el 2019 uno de sus relatos “El Simpira” es publicado en la colección “Relatos mágicos del Perú” de la editorial Malabares, siendo uno de los cinco textos más votados de toda la colección. Ese mismo año, sus cuentos “Una carta para Alizon” y “La mujer de un solo ojo” son incluidos en las antologías literarias “Lo que vemos al amar” y “Pesadillas bajo la tinta”, respectivamente. Estas antologías fueron distribuidas de forma física y virtual por el sello editorial “Verso Inefable” del cual es miembro activo y en donde se desempeña como editor en jefe en la actualidad.

En el 2020 publicó su primer libro llamado “Vendrá la muerte y tendrá tus ojos” a través de la plataforma virtual Lektu, y prepara la publicación de dos libros físicos de cuentos con títulos tentativos “La soledad de los vencidos” y “Los diversos rostros del abismo”.

Cinco catorces de febrero

Envueltas en una ligera brizna de febrero, las calles húmedas contenían los pasos de un sinnúmero de parejas jurándose amor eterno. Clarisse tenía veintiún años, una mirada penetrante y un cabello difuso que le cubría el rostro y la tristeza. Era muy bella, a pesar de que se esforzaba en ocultarlo. Hastiada, caminaba por el empalagoso espectáculo del cual era espectadora: ¡San Valentín!, una fecha que removía sus adentros. Este catorce de febrero, no era la excepción.

Después de muchos años en los que el silencio crecía y la aplastaba, Clarisse había decidido, al fin, sentarse con su pasado, tomar un café con él, hablar sin titubeos, y en el más mínimo descuido, molerlo a palos. No le era fácil; las heridas aún laceraban, las imágenes aún le generaban dolor. Necesitaba estabilizarse... ¡lo necesitaba más que nunca!

Los asientos de la plaza principal de la ciudad acogían en su totalidad a cándidas parejas de enamorados que, con osos de peluche en mano, flores y/o chocolates, alimentaban su alma de esa ridiculez llamada amor. Los vendedores ambulantes acechaban sin ningún rubor, el aire se percibía edulcorado, y los comercios se frotaban las manos adorando a un Dios embaucador llamado consumismo. A Clarisse le asqueaba presenciar toda esa exhibición, pero debía soportarla; su misión ardía con mayor vivacidad que su desagrado.

Pronto llegó a una zona alejada del centro y divisó, como quien ve llegar un barco tras un prolongado y penoso naufragio, una camioneta blanca con lunas polarizadas. Le pertenecía a él, sin duda. El vehículo se encontraba estacionado cerca de la puerta trasera de un local donde se llevaba a cabo una fiesta. Clarisse se acercó al lugar, accionó los primeros pasos de su plan, luego esperó: unas horas de determinación serían nada frente a siete años de indecisión. Cogió su teléfono y marcó un número que tenía registrado. Al otro lado de la línea un policía preguntó: “Comisaría de la ciudad, ¿en qué la podemos ayudar?”

En el momento en que la policía irrumpió en la fiesta clandestina, Enzo —como en anteriores ocasiones— tenía ya lista la bebida adulterada con una pastilla ‘mágica’ que aumentaría la dopamina en el cerebro de su acompañante de turno, estimulándola sexualmente para, de esa forma, llevarla con facilidad a un hotel. “Putra madre, no puedo volver a la cárcel” —exclamó, arrojando la bebida al suelo— y sin importarle el destino de la menor de edad, se escabulló por entre la gente con dirección hacia la zona posterior del local donde se hallaba la cocina y salió por una puerta falsa. Con el mal humor invadiendo su cabeza como una plaga hambrienta de langostas, se dirigió a su vehículo de color blanco. “Pero, ¿quién carajos habrá sido el soplón con los tombos?” —se preguntó, indignado— “Me jodieron el plan con la chiquilla”.

Al subir con prisa a su auto, y arrancar, no reparó en que llevaba como pasajera a un fantasma de su pasado. La frustración había tomado posesión de su cuerpo quitándole la cautela acostumbrada. Cuando la recobró ya era demasiado tarde; Enzo estacionó el auto frente a un expendio ensombrecido

disponiéndose a bajar para comprar unas cervezas cuando, a través del espejo retrovisor central, se percató de una silueta imprecisa que manipulaba un cuchillo y se incorporaba con rapidez. No tuvo tiempo de reaccionar; la primera puñalada en la espalda lo doblegó al mismo tiempo que advertía con desconcierto la complacida sonrisa de su atacante. La sangre se mezclaba con los gritos liberadores de Clarisse configurando una necesaria catarsis.

Continuaron las estocadas en la espalda como golpes a la puerta del infierno. “Ambos acabaremos en ese lugar” —pensó Clarisse— mientras seguía conduciéndose por la vehemencia y adrenalina. La sangre brotaba sin descanso paralelamente a la pérdida del conocimiento. Antes de perderlo por completo, Enzo logró oír una voz única e irrepetible. Pero aquella vez que la escuchó, la voz le suplicaba que parara, que no la siga lastimando, que la deje ir... que no la mate.

Esta noche de testigos inexistentes; los roles se habían intercambiado.

“¿Ves esta lista? —Clarisse puso delante de los ojos del agonizante un papel donde se distinguían letras ardientes escritas con sangre. “Son los nombres de ti y de tus amigos, el tuyo encabeza la lista. ¿Quieres saber por qué? Obvio que lo sabes: ¡fuiste tú el primero que me violó”.

Los oscuros recuerdos de sus actos pasados emergieron en la misma medida con el repentino deseo de morir.

“A mi juicio, considero que lo recuerdas muy bien, ¿no es así? ¡maldito enfermo! ¿No te trae nostalgia aquella fiesta de San Valentín donde me captaron, me convencieron de unirme a su grupo con sus poses de chicos encantadores, y me dieron un trago que contenía algo que extravió a mi mente? Cuando volví en sí, estabas encima mío, dentro de un cuarto de hotel, con tus amigos como perros excitados esperando su turno. No pude defenderme pues el miedo me doblegaba... mi cuerpo no me obedecía, pero por dentro sentía todo el dolor junto con la repulsión de perder mi virginidad a causa de unos malditos retorcidos. Se turnaron una y otra vez para abusar de mí. ¡Solo tenía 14 años, infeliz! He seguido todos tus pasos, ¿a cuántas niñas más habrás desvirgado? La justicia para nosotras no existe, debiste estar más de diez años en la cárcel, pero saliste en tres a causa de tu “buena conducta”. Como ves, no puedo esperar nada de esa justicia; solo tengo mis manos, este cuchillo y la sed irrefrenable de venganza que hoy acabará con tu miserable vida”.

Cuando Enzo quiso hablar, un espeso chorro de sangre que expulsó por la boca, se antepuso a sus palabras mientras la oscuridad se fue difuminando por toda su mente. Las agujas del reloj de su destino indicaban que era la hora de su muerte. “Púdrete en el infierno, violador” —gritó Clarisse con la misma intensidad con la que el llanto la poseía— y continuó clavando y desclavando el cuchillo en ese saco inerte que era ya el cuerpo de Enzo.

De esa manera, Clarisse daba por iniciada la punición a sus abusadores. Le restaban cuatro objetivos más; cinco catorces de febrero. Tenía todo un año para planear al mínimo detalle su siguiente asesinato.

Bajó del auto, la lluvia se había acentuado espantando a los caricaturescos amantes de las calles. Ella sonrió, finalmente su pasado tomaba formas menos punzantes a causa de la venganza. ¡Su venganza!

LoretoSoledad

Portada

Instagram: <https://www.instagram.com/loretosoledadterror/>

Facebook: <https://web.facebook.com/loretosoledadterror>



Nació en Santiago de Chile el año 1993, donde ha vivido toda su vida. Su interés por la fotografía y la escritura comenzó a temprana edad, siendo una herramienta para exteriorizar emociones y pensamientos. Fue así como en el año 2012 comenzó sus estudios de Fotografía Profesional en el Instituto Profesional de Arte y Comunicación ARCOS, los cuales concluyó el año 2015 y titulándose al año siguiente con distinción en su generación. Mientras continuó en la escritura de manera aficionada.

Su gusto por el género Terror comenzó desde muy pequeña, en la curiosidad por descubrir y aprender de aquellos temas

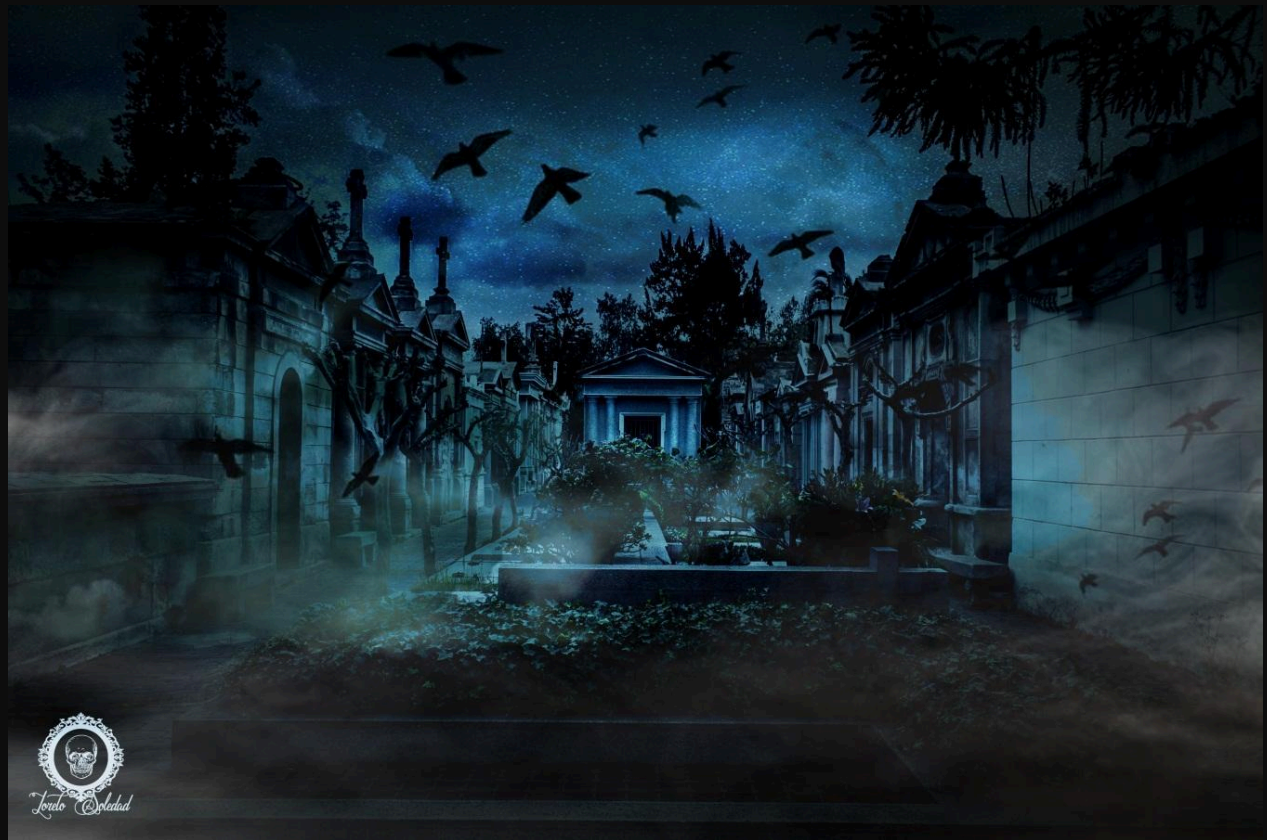
ocultos y mundos sobrenaturales. Fue durante sus estudios profesionales, que decidió unir esas dos pasiones: el terror y la fotografía, para comenzar a crear sus propias obras ligadas al género y plasmar el terror en imágenes fijas. Y como complemento de esto, fue que comenzó a escribir relatos y microrrelatos de la misma temática.

Lo que más destacan los espectadores en su trabajo, es cómo logra crear escenarios y criaturas terroríficas con pocos elementos y un gran manejo de edición digital.

A lo largo de su carrera ha ido mejorando en los temas técnicos de la toma fotográfica y en temas de retoque en programas de edición, para generar mejores escenarios que causen la sensación de terror en quien las ve.



FRAGMENTOS





Rodrigo Miguel Quintero

Instagram: @romiguel80

Facebook: rodrigomiguel.quintero.14

Blogs: <https://comunidadtusrelatos.wixsite.com/website/blog>

<https://medium.com/@rodrigomiguelquintero> <https://relatosquevan.blogspot.com/>

Podcast: <https://open.spotify.com/show/3UHjh5MTsJMp8dOkd8U6rn>
<https://anchor.fm/rodrigo-miguel-quintero>

Traductor, profesor de inglés, poeta y narrador. Vive en Patagonia argentina.



Finalista de “Mundo literario 2004”, disertante en “II encuentro de poetas latinoamericanos”, 1° premio municipal por “La máquina de sueños”(novela) donada a Biblioteca Nacional “Mariano Moreno” (CABA), premio Honorable Consejo Deliberante (poesía) y mención honorífica del Centro Gallego(guión), finalista del concurso cuento breve "Las sombras del amor y la muerte 2021" otorgado por el Centro Hispanoamericano de Fomento de la Literatura (España). Colabora en Argentina con: Rama Negra editora, La Rama revista, El Elefante Azul blog, plataforma Medium en español, etc. En España y México con: Herderos

del Kaos blog (Barcelona), El Creacionista blog (México), Comunidad tus Relatos blog, Paz Martínez poeta blog (León - España), etc. En podcast: Cuentos Hermanos (México - España). Coordina y dirige talleres de lectura y escritura online. Seguí su podcast: “Un día en la farmacia”

Punto muerto

Perdí el bondi que iba para el sur. Volvía a mis pagos. Preparé algunas pocas cosas, total pronto estaría ahí como gran soldado romano la vieja. Éramos re pibes, mi hermana ya se había ido a Buenos Aires a estudiar psicología en la UBA. Lejos quedaba nuestra vida en el sur. Se perdía un poco más cada año como se pierden las olas mar adentro. Llegué a la termi. El aire denso y circundante me recordó a esa vibra de la gente que está de paso por la vida, a modo de gaviota. Entré. Tenía los pasajes, el dinero cash (mercado pago no existía), el documento y mi sacra santa bolsa de provisiones. Nunca puede

faltar en un viaje de 40 horas sentado. Los cordobeses que frecuentaba me solían decir: "gringo lleva un lápiz para pintarte la raja del culo". Yo, no solía reírme, en venganza, solía contestarles con algo como: "a vos ni el culo, ni los huevos te quedarían". Nunca me respondían. Eso me agradaba. Junté mis cosas, prendí un cigarrillo y me senté a esperar. Tenía mucho tiempo aún. Fumé tranquilo. De repente, me bajó un enorme cansancio de parciales, de trasnochadas por rendir bien, de más trasnochadas por rendir mal, de amanecidas estudiando inglés y su enseñanza con Jeremy Harmer, de fonética inglesa y los voiced/fricative sounds, de tantas noches y tardes... sentí una terrible somnolencia. Se me cayó el cigarrillo. Dormí profundamente. Un enorme sacudón me despertó... - Pibe, hace un tiempo que te veo durmiendo, ¿estás bien? - dijo un hombre, preocupado. - Hola, sí, estoy bien. En un rato sale mi bondi, voy para el sur. - Lamento decirte que ya salieron todos los colectivos de hoy. Mañana se reanuda el tramo. Pasame tu boleto. Se lo extendí. Olía a mugre y estaba todo arrugado.

- Uhhh... Rodrigo tu micro salió hace dos horas... - ¡No te puedo creer! Vengo hace varios meses planificando este viaje... - dije alarmado. - ¿Querés llamar a alguien?

- A mi vieja y mi abuela. Se van a preocupar. - Van a entender. Rodrigo fue un accidente. Saqué la billetera nervioso. Una foto de mi abuela y mi mamá juntas, cayó al suelo. - Perdón... - Tranquilo, no pasa nada. ¿Quiénes son estas dos mujeres?

- Mi abuela y mi vieja. - Buenas personas... - dijo mirando la foto y me la devolvió. - ¿Tenés algún amigo para pasar la noche?

- A esta hora no. - Llamá a tu abuela y a tu mamá yo voy a cerrar la terminal. Te podrías quedar en mi casa, pero justo hoy tengo un trabajo de sereno nocturno y mi casa queda a una hora de acá. Disculpá, no me presenté, soy Humberto, mucho gusto Rodrigo. ¿Qué estudiás?

- Profesorado y traductorado de inglés. ¿Cómo supiste que era estudiante?

- Gajes del oficio jeje - dijo mostrando la mitad de los dientes. - Tomá este es mi número. Si andás perdido por Córdoba me llamás. Cuidate gringo. Cierro la terminal. Quedate que a las cuatro retoman los primeros servicios. No creo que al sur, pero podés volver a tu pueblo de acá. Suerte. - ¡Gracias, Humberto!

Humberto se alejó lentamente. Primero, se volvió una sombra, después, un punto entre toda la oscuridad y el silencio. Tanteé buscando mi atado de Parisienes. Antes de hacer público mi abri jetismo y comerme el bochorno,

tenía que fumar. Encendí un cigarrillo. La brasa iluminó ese agujero negro, muerto y vacío. Sentía el sonido sutil de las brasas quemando el papel. Lo disfruté. Olvidé un momento el cagazo terrible que tenía. Yo que siempre me había escondido para fumar, ahora podía fumar en cualquier lado. Me sentí Rockefeller por un rato. Prendí dos puchos más. Esperé. Necesitaba caminar un poco. Me empezaban a doler las piernas y los tobillos de tanto estar sentado. Caminé unos cuarenta minutos aproximadamente. Poco se distinguía entre tanta oscuridad. Las sombras y los bultos llamaban la atención. Eran esas cosas que de día ni ves, pero de noche adquieren vida propia. Faltaba que respiraran y hablaran, yo infartaba y crash... cartón lleno. Sentí miedo. En ese instante, agradecí que Stephen King escribiera ficción. Llamé primero a mi vieja, después, a mi abuela. Del otro lado, se escuchaba un silencio pesado. - Hijo, no te preocupes, ¿estás bien? - dijo mi vieja

- Sí, estoy en la casa del colo y Carla - dije con naturalidad apretando los dientes. - Genial, mandales saludos a los chicos. Son cosas que pasan. Mañana temprano te deposito para que vuelvas a Villa María y la próxima semana te venís para acá. Pasá la navidad con tu abuela, tus tíos y tus primos... te quiero. Ya está - dijo y colgó. Mi celular ya no tenía crédito. Faltaban todavía dos horas para que reviviera la terminal. En ese instante, el encierro me empezó a enloquecer. Abrí mi bolsa con provisiones. Agradecí que siempre llevara abundante comida. Tenía como para tres horas de vianda todavía. Comí y fumé como un desesperado. Parecía un prisionero esperando el veredicto de una corte de bultos mudos y estáticos. Sentí que no existía el tiempo. Es una invención que nos hacemos para medirlo cuando falta pero nunca cuando sobra. Mi reproductor de MP3 tenía bastante carga todavía. Me quedé escuchando Soda, Los Redondos, La Bersuit, Charly García, Gazpacho, Árbol, etc. Me entró una sed abismal. Saqué mi botella de agua mineral de litro y medio. Bajé media botella dando tres sorbos largos. Estaba perdido en una isla solitaria o abandonada. Empezaba a oler mal y estaba ansioso. Me fijé en el reloj pulsera. Faltaba media hora. ¡Para mí eran cien años! Fumé hasta terminarme el paquete. No se veía mucho. Algunas luces de autos comenzaban a asomar, voces madrugadoras subían de tono mientras se acercaban, para finalmente, alejarse otra vez. Pasaron los "cien años". La terminal abrió. El bar también. Tomé un buen café, unos tostados (que los cordobeses dicen carlitos), una bandeja con facturas recién hechas que se agregó al bolso de las provisiones. Fui al cajero, saqué dinero y volví a Villa

María, no sin antes comprar el nuevo pasaje al sur. Navidad pasó rápido. Lo pasamos muy bien. En mi casa, mi madre a veces preguntaba por qué estaba

tan pensativo. Yo no le contestaba. Según mi abuela los ángeles aparecen y desaparecen, ¿qué habrá sido de la vida de Humberto?

Andres Camilo Rodriguez Yunda

Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100083231835786>

Bogotá, Colombia

Estudiante de Lic. en Humanidades y Lengua Castellana en universidad distrital, también estudia coordinación de escuelas de música. Suele escribir poesía aunque también está en proceso de hacer una novela, trabaja en una fundación de teatro, donde participa en actividades de creación.

Charcos

De sus calles polvorientas,
Donde los peatones; espantan el idilio entre el ahogo del tiempo,
! Malditos sean los dragones rojos!
Que maltratan la piel de seda, -montaña de esos seres tristes,
Sombríos como el halito y la desesperanza,

El sol, a veces se cruza entre las miradas de odio
Un orgullo, cual poeta sin talento,
Describir quisiera -pero estos espíritus-
Que los barrotes de alguna cárcel,
O un corazón de acero que me ha desaparecido la rima

Sería mi alma; prueba del anhelo,
Yo no irrespeto su cuerpo, más el placer que induce el dolor,
De sentir el tacto en una noche de tormenta,
Sombría la caricia de terciopelo,
Mi espera se esparce entre los charcos,

La multitud me mira con desprecio,
Apetecen que mi sentido innato se parezca a su belleza
De algún amor diáfano que se esparciría entre la oscuridad,
Que mi rostro decrepito, deambule entre los santos,
Aunque no tenga más que desperdicios, de un verso obsoleto,

Tal vez del manantial de la pasión, alguna honra

Cuando deambulo en el desorden,
Y el infierno, que clama en medio de la soledad,
Creo no recordar lo tanto, que me siento en escribirle,
Mi retorica será la pena,
Desde su cielo –Mi esfuerzo será nulo-
Solo será la caricia de un gorrión empedernido,
Entre sus lumbres, por fin encontraría la poesía

!Oh! Mi desesperada amante
Hoy las palabras se caen de ahogo, de súplica,
Por qué la pena rompe la cohesion del significante
Y aunque jamas me comprendieran,
Tanto saben que mi desespero,
No puedo contener la pasion

Mis mentores me han dicho de la sinceridad,
El anhelo cual poeta, no sería del menester de alguno,
Pero veo la brisa en los cantos de otros,
Y yo no sé cantar otra cosa que no sea la falta de ansia,
De los rencores diáfanos que me persiguen

Podrán hablar tanto de esos fantasmas,
Que habitan por ahí con miedo a la sombras,
Pero mi ecuánime sentido no tiene más espacio,
Quizá, alguna Vez, entre mis cielos empedernidos,
Su cabello de fanática se siente a esperarme.

Dilan Chino Sandoval

Facebook: <https://www.facebook.com/Intersticios-108853274325534>

Instagram: https://www.instagram.com/poesias_itinerantes/

Tik tok: https://www.tiktok.com/@poesias_itinerantes

Youtube: <https://www.youtube.com/channel/UCmrdGXNJHC32uYthPVcftoQ>

Nacido en CDMX. Oriundo de Xochimilco.



Cuenta con estudios de Psicoanálisis y también se ha dedicado a la atención de pacientes.

Ha colaborado en el fanzine “Interno”, en las revistas, Anacronías, Axolotl Magazine, Black Fish, Cósmica Fanzine, El Bigote de Nietzsche, El Cisne, El Creacionista, Estudiantil de investigaciones en Geografía, Herederos del Kaos, La Sílabas, Literaria Visceral, Óclesis, Perro Negro de la Calle, Poetas de la Plata, Salmón, Sociopatía Colectiva, en la editorial Florarmorfosis, en el festival POEMAN, en el festival internacional de poesía Xochimilco, en el II Encuentro de Poesía Xochimilco.

Pasos cercanos

Los dedos están chuecos y fríos,
esta mañana se hace acompañar de voluntades rotas y atascadas,
los círculos y palabras que le han definido su destino se tambalean por
conseguir un camino
no tan angosto ni solitario,
toma los zapatos que el piso ha reclamado como suyos,
no se apropia de una vida, no se apropia de una idea ni de un sentimiento,
es atravesado por figuras terroríficas que le postran en un sillón, constata que
no le queda
nada, no hay últimas memorias ni últimas palabras,
ronda las entradas de la gélida muerte,
conoce el dolor de estar muy cerca,
pueden existir dolores más hondos pero su vida no posé credos ni sangre
caliente para

solventar una risa amarga otra vez, rostros le inundan para que no se avance,
amor le
arrastra al jolgorio de los vivos,
se arranca la piel, se corta los ojos, no hace falta rebanar la lengua, enmudeció
de manera
natural con la sombra de la traición.

Formas sin molde

Probablemente no tenga sonrisas o muecas alegres para rato, lo más seguro
será sedimentar
los pequeños ratos amenos y contribuir de vez en vez para no morir,
el sonido de las manos me despierta temprano por la mañana, mi rostro es
discontinuo y se
asombra cada temporada de invierno, con la llegada de estas fiestas arropo mi
vida y mi
salida, aquí ninguno es humo, aquí matanzas sobre el mantel están permitidas,
eso asegura
que no habrá noches que se excedan en descanso y sueño,
no habrá noches tranquilas, con estas bienvenidas el invierno promete algo
que no se
encuentra en un fin de semana,
si te quieres mancillar adelante,
estruja la figurilla de papel que cuelga de la pared
¿cuáles sentidos sobran para recordar el futuro?
Bueno, hace falta que hagan falta sitios para moverse con más libertad.



H. D. Noriega

Nacido en Saltillo, Coahuila, el 11 de junio de 1986, ávido lector desde la infancia con preferencia por los géneros del terror y la ciencia ficción, descubre el gusto por la escritura durante la educación media. Posteriormente dedica su esfuerzo al estudio de la medicina, en la Universidad Autónoma de Coahuila Unidad Saltillo, y al término de la licenciatura continúa su preparación académica en la especialidad de pediatría. En este punto renace su ambición por escribir, y así, contar aquellas historias que se gestaron con los años.

Luego de la publicación del cuento *La última sirena*; para *Entre caballos y rosales* composiciones literarias (2021), y el libro de cuentos *Otras puertas* (2022), publicó su primer novela corta: *Koya y los hijos del cielo trece*.

ISAN

Mientras Julio cocinaba, a través de la ventana vio a la mujer correr a toda prisa por un costado de su casa. Enseguida se dirigió al ventanal del fondo que daba al campo, pero no logró verla. Fueron tres ocasiones en la misma semana.

Decidió esperarla en la banqueta, a la hora en que se oculta el sol y se arrebola el cielo, que era su momento predilecto. Pensó que podría tomar varios días, pero esa misma noche apareció. Julio le cortó el paso y le pidió que se detuviera, pero no lo escuchaba, lo burló por unos centímetros como un hábil atleta. Julio corrió tras ella, apenas dio unos pasos hacia el campo y la perdió de vista. Era joven, veloz, y corría como una gacela: en completo silencio.

Durante cuatro noches infructuosas aguardó por ella sobre su motocicleta encendida, hasta que al fin volvió: una ráfaga de viento hecha mujer. La siguió por el plano mientras le gritaba que parara. Ella pareció darse cuenta, pero no cambió su curso ni su velocidad. Llegó al borde del barranco y Julio, detrás de

ella, detuvo el vehículo. El abismo de neblina se extendía perpetuo frente a él como lo haría el océano en el otro extremo.

Agudizó la mirada y el oído en busca de algún indicio.

—Hola —dijo ella.

Estaba de pie a su lado izquierdo. La nube infinita envolvía sus tobillos como telarañas con vida, ascendiendo en espiral por sus delgadas piernas.

—¿Quién eres? —preguntó sin meditarlo.

—Tu vecina.

—¿Eres de las personas que habitan más allá?

—Sí —respondió con su rostro sereno de perla.

—Y-yo... Quiero saber cuál es tu prisa.

—Debo volver a casa.

—Si un día tienes tiempo, ¿aceptarías beber una cerveza en mi casa?

—Por supuesto.

Una noche apareció la mujer frente a la ventana de la cocina, y en esa ocasión no corría. Bebieron aquella cerveza. Explicó de buen humor que ella vivía con muchos otros, por eso volvía antes de la completa oscuridad. Dijo también que él estaba invitado a visitarles en cualquier momento.

—¿Por qué vives ahí, en la niebla? Si tú quisieras podrías quedarte aquí.

—Hay otros que dependen de mí, pero tú podrías unirte a nosotros.

—No puedo... no en la niebla. Tengo una vida aquí.

Su nombre era Isan, y con alegría se despidió colocando un obsequio en las manos de Julio, una piedra luminiscente sujeta a una hermosa cadena.

—Tú sabrás qué hacer con ella, espero que te ayude a decidir —dijo antes de partir con su acostumbrada gracia.

Fascinado por la belleza mística de su momentánea invitada, atesoró el regalo de despedida en la caja fuerte de su alcoba. Por las noches le gustaba tomarla con un paño de seda para sentirla y admirarla. Se prometió conservarla por siempre.

Cada noche miró por la ventana sin perder la esperanza. Incluso se acercaba al límite del terreno contemplando por eternidades el denso y desconocido éter de la nube densa.

Nada. Así pasaron los siguientes años: en soledad.

Luego de un largo tiempo Isan volvió. Calma y sonriente se presentó ante la ventana de la casa de Julio. Radiante, joven, perlada de pies a cabeza, idéntica. Julio la recibió apenado por la vejez que cargaba.

—¿Gustas una cerveza?

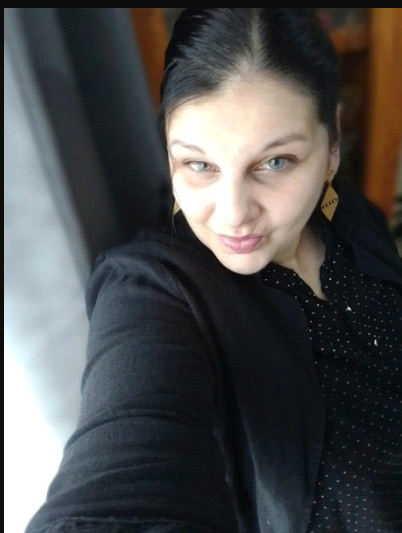
—Claro. ¿Y el collar?

—Lo conservo intacto, tal como me lo entregaste.

—¿Nunca lo usaste?

—¡No! Es mi posesión más preciada, mi único recuerdo de ti.

—Pudo reunirnos en espíritu, de haberlo portado.



Ámbar Francisca Latorre Hermosilla

Facebook: Ángel Atrapa Sueños

Nace una mañana lluviosa de otoño, 21 de abril de 1988 Santiago de Chile, bajo el signo astral Tauro. La lluvia y el viento eran intensos y las hojas soplaban como versos llenos de pensamientos. Primera hija de un matrimonio joven. Pasando por todos sus estudios correspondientes cursos básico, medios y técnicos profesional se titula en el año 2015 como Asistente parvularia del Instituto Tecnológico Intecap.

Su mayor pasión sin duda la escritura la cuál desde la niñez estuvo con ella, participó en concursos literarios escolares, saliendo destacada como mejor poeta del terror.

Luego ya a eso de los veinte años explota todo su conocimiento y gusto por la poesía gótica o de terror enamorada y discípula seguidora de los escritos de Edgard Allan Poe, fue la fuente de inspiración para este mundo tan lleno de misterios.

Participa en la versión XIII y XV literaria social de la capital “Mi Vida y mi Trabajo” en el año 2016 y 2017 con los títulos “Mi vida normal y Paranormal”, Participa en el concurso literario internacional Diversidad Literaria” Porciones del Alma” VIII año 2022 con el microrrelato “Besos Congelados”. Diplomas y escritos plasmados en los libros de aquellos concursos.

Malvinas hasta la muerte

En estos momentos tengo un cigarro encendido en mi mano,
Y un delirio que peca en mis labios
Malvinas de aguas cristalinas
¿Dónde dejaste a tu adorada Argentina?
Seiscientos cuarenta y nueve mil almas,
Quedaron en la senda de la muerte
Derrotando y desafiando en tiempos de sabios,

Ven y abrázame por última vez hermano
Antes que la guerra del atlántico sur alcance lágrimas de sus suertes.
Aguas frías la muerte siempre se siente detrás de la batalla,
Escudo de corazón, cañones de huesos, litigios maldecidos
Lugar eterno en dolor el cañón estalla...
Archipiélagos de aguas circundantes,
Territorios perdidos...
Vientos de golpes miradas de rabias,
Sacrificios de las fuentes
¡Malvinas a manos de las Naciones Unidas!,
¡Soporte quien pueda!
Esta guerra es para valientes.

Invocaciones por sus bienes Argentina,
Presiona a las Islas Malvinas
Por guerra y sudor herencia legítima,
Derechos titulares, sangre derramada, aguas cristalinas
Malvinas ayer, hoy y siempre territorio de víctimas.
Malvinas de aguas cristalinas,
¿Dónde dejaste a la adorada Argentina?
Seiscientos cuarenta y nueve mil almas
Quedaron en manos de la muerte.

Derrotando y desafiando en tiempos de sabios,

Ven y abrázame por última vez hermano,
Antes que la guerra del atlántico sur
Alcance la última laguna de los fuertes.

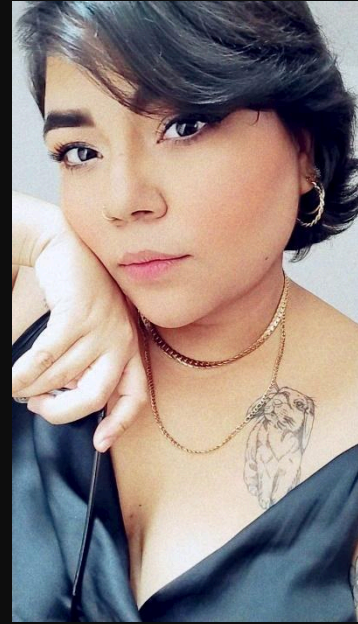
Samantha Carolina Torres Hernández

Facebook: @Samantha Hernández

Instagram: @Shamysamo

E-mail: samantha.torres0992@alumnos.udg.mx

Es una cándida pseudo-escritora que se dedica a la narrativa esporádica. Actualmente es añeja estudiante de la Lic. en Letras Hispánicas del Centro Universitario del Sur. Acreedora de una mención honorífica por el tercer lugar en el quinto concurso literario CUSur en la modalidad cuento, ganadora del octavo concurso literario CUSur en la modalidad de cuento, obtuvo el tercer lugar en el concurso Panteón Literario en la categoría de poesía. Tiene textos publicados en revistas como Revista Monolito, Hipérbole frontera, Irradiación, Pérgola de humo, Amarantine Revista, entre otras. Es amante del rap hispanoparlante y odia dormir con calcetines puestos.



La buena madre, guía de cómo

Pero, después de tantos años, de andar para arriba y para abajo, de ver qué era lo que necesitaban, que si zapatos, que si calzones, que si Lulú ya se canchó del barandal, que si ya te regañaron en la escuela por platicona, que si Lalita andaba enseñando los chones, después de todo eso, apenas me estoy dando cuenta de cómo es mi cara.

Tuvieron que pasar tres vidas sobre mí para que me diera cuenta de que en realidad vale la pena pintarme los ojos o que cambiar de peinado estaba bien porque me hacía sentir mejor.

Y no porque Tina, la de la farmacia me hiciera un comentario dizque muy amable, ¿Quién le va a andar creyendo? “Ay, te ves hasta más joven” me dice, según ella.

Yo no le pregunté que, si me veía joven, me hice el chongo pal otro lado porque sentía que la cabeza se me ladeaba de más y al rato sentía que andaba toda Cuasimoda. No, hija, me di cuenta de cosas este año...

¿Ya ves que tenemos el espejo en las escaleras? Pues, andaba yo juntando un suéter que dejó Lalita en el barandal y que me volteo y me veo. Nombre me saqué de onda al momento, ¿Apoco era esa yo? Tanto tiempo hija, me costó mucho reconocirme. Todo este tiempo me esforcé tanto por ser Mamá, y todo por culpa del idiota de tu padre; y Mamá la comida y Mamá la escuela y Mamá este es mi novio y luego, Mamá ya no, todos son iguales y te arrimaba el rollo para que lloraras a gusto. Porque no creas que se me olvida que aquel infeliz lo único que tenía de bonito era lo pelirrojo o los ojillos, porque de ahí en más ¿Cómo te traía? Y ni se te vaya ocurrir volverle a hablar, yo a ese ya no me lo trago.

Primero fíjate en ti, en cómo has logrado tanto tú solita, yo a ti te admiro, aunque nunca te lo diga, bueno, a todas, cada una tiene lo suyo, ve como han ido encaminándose, ya bien grandotas. Por eso te digo que, siempre te fijas en ti, no te hagas como yo que después de tantos años ya ni sabía que mi cara se veía así, como de una Mamá y no como la de una Cristina.

Yo a mí me extraño mucho, porque, aunque no lo creas, yo amaba mucho lo que era. Era una mujer capaz, muy lista, muy bonita. Pero, todo eso quedó atrás, porque también quise ser una buena madre, aunque no lo fui ¿Verdad? A veces te veo y pienso que sí pero, luego de pronto dices cosas y siento que no. Perdón, perdóname por no ser una buena Mamá, mi Mamá tampoco lo fue, yo creo que de ahí lo saqué, pero, perdóname. Todos los días lo intento y siento que puedo ser mejor.

Yo nunca quise herirlas, pero, las cosas pasaron y luego que no me veía al espejo y que madrugaba y que comíamos bien poquito y tu padre chingue y chingue y yo queriendo ser y no pude y ¿Verdad que sí me perdonas? Es muy difícil, no quise regañarlas tanto o decirles, no te subas ahí, por favor tápate eso, obedece a tu maestra y pues quién soy yo para decirles como ser o no ser si no puedo ni poquito. Yo nomás estaba piense y piense, ¿Las dejo o no?

Si las dejo se me van y si se me van qué me queda, pero al final terminaron siendo esto y no más porque para que fueran dejé de ser y no supe ni dónde quedé.

Perdón...

Fran Nore

Colombia 29 de diciembre de 1969. Es escritor, poeta, actor y diseñador gráfico, escenógrafo y director artístico, cantante y pintor. Premio Nacional de Poesía Ciro Mendía, 2003. Premio de periodismo CIPA, 2010. Premio internacional de periodismo Ana María Agüero Melnyczuk, 2013. Premio certamen anual de literatura internacional L.A.I.A El molino 2014. Premio Internacional XI Certamen autobiográfico “Un Fragmento de mi vida” Asociación Mexicana de Autobiografía y Biografía A.C. 2016. México. Premio internacional de novela Freeditorial. 2017. Premio mundial de ilustración Imartgine, -el universo del libro- 2017. Premio “Mapa descolonial, un mural colectivo. Universidad de México UNAM 2021.



Asesino desconocido

Hay que estar en silencio para ahuyentar la ira, me dijo el hombre sentado en la banca del parque, en actitud reveladora, en un silencio fuerte y ceremonioso. El silencio ayuda los nervios. Cuando la crispación nerviosa es demasiado aguda, el silencio es el mejor aliciente. Refresca incluso los pensamientos turbios, revitaliza la respiración y aclara las ideas confusas.

El hombre sentado en la banca del parque, austero y expectante, tenía las manos con restos de sangre, sangre humana, ignoraba de quién. Pero de seguro no había matado a ningún inocente animal salvaje en las inmediaciones del parque poblado de fauna silvestre.

La noche continuaba su marcha inasequible. Flotaba en el ambiente una bruma negra que nos envolvía a los dos, allí sentados.

No alcanzaba a comprender la actitud del hombre que se sentía quizá angustiado, deprimido, perdido en su comportamiento errático.

El hombre parecía estar todavía en un estado de crispación epática, con los ojos abiertos sobremanera, inyectados en linfa.

Aligeró un cigarrillo entre sus nerviosas manos que llevó a su boca. Tenía unos labios delgados y morados, tal vez por el frío.

Me quedé mirándolo sin sentir miedo.

El miedo lo tenía él en la mirada, en la forma de mirar, en la forma de protegerse de la noche y el frío.

En medio de la oscuridad del parque, notaba que su traje café claro también relucía unas manchas sangrantes.

El humo de su cigarrillo alejaba la brumosis.

Luego de un silencio siniestro, apabullante, que duraba una eternidad, me atreví a preguntarle.

- ¿Estaba usted de cacería?

Abrió los ojos desorbitados para mirarme incisivamente.

Expelió una bocanada de humo que se mezcló con el aire nocturno.

- No. No estaba de cacería. O tal vez sí...

Y reinó nuevamente entre los dos un silencio delator.

La atmósfera del parque a esas horas de la noche se rarificó.

- ¿Ha matado usted a alguien? -rompí el incómodo silencio y lo acribillé con mi pregunta incisiva.

- Sí, a mi esposa -dijo alterado, haciendo notar su exaltación.

Lanzó otra bocanada de humo de su cigarrillo de lo más profundo de sus pulmones. Esto le ocasionaba algo de relajación.

Al cabo de unos instantes rompió el silencio con un lloriqueo quedo y desconsolador.

- Lo siento mucho -atiné a decirle con una afectación cómplice.

El hombre encontraba consuelo en su inesperado lloriqueo y en su cigarrillo pronto a consumirse. Se recompuso. Exhaló aire profundamente. Los hálitos de la noche como elixires lo reconfortaban.

- No podíamos continuar... todo se había vuelto tan insustancial entre los dos...

- Comprendo...

Una nube del humo de su cigarrillo cortó la conversación.

Deshizo en trizas la colilla del cigarrillo. La restregó con la suela empantanada de sus zapatos negros.

- ¿Y dónde ha arrojado el cadáver? -lo increpé impulsado por la curiosidad.

Me miró de hito en hito. Eructó. Como si la nicotina lo hubiera insuflado.

Señaló con los dedos temblorosos una zanja cercana hacia un flanco oscuro donde la vegetación parecía opacar aún más la visibilidad.

- ¡Allí está!

Y volvió a ese llorón comportamiento indeseable.

- ¿Ha llamado a la policía para entregarse?

- ¡No, no, la policía no lo entendería!

El pobre hombre había matado a su esposa en el parque urbano de fauna silvestre, como si se tratara de un animal. Ahora sufría de remordimientos sentado en la banca. La noche se deslizaba en la noche.

Contaba los segundos, los minutos en que me pudiera deshacer de su traumática presencia.

- Pues debería informar a la policía. Si no lo hace otro, sin duda lo hará. Los vigilantes del parque hacen turnos cada seis horas y muy probablemente encontrarán el cadáver de su esposa. Inmediatamente lo van a comprometer...

Dejó de lloriquear y se recompuso. Volvió a tomar aire, creía que el aire nocturno apaciguaba su descaro y desfachatez.

- No puedo llamar a la policía. Me recriminarían con el propósito de ajusticiarme, son expertos en eso... Les importaría un comino mis sentimientos...

- Pero, debe hacerlo... debió haber pensado eso antes de asesinar a su esposa...

- Por esa razón me senté aquí, a reflexionar... sobre la perversidad de mi acto... me he limpiado la sangre... pero tendré que volver a inundarme en ella, como comprenderá tendré que matarlo también a usted, no puedo dejar testigos, y usted de repente ha salido de la nada a sentarse aquí a mi lado en esta banca del parque ignorando lo que ocurría...

- Es una buena idea que piense asesinarme... Le cuento que estoy decepcionado de la vida... ¿Me permite un cigarrillo?

- Sí, tome...

- Gracias... pásame el encendedor, por favor...

- Aquí tiene...

- Como le digo no quiero vivir mucho... por eso me he sentado aquí, usted me pareció un tipo simpático a estas horas de la noche sentado en esta banca del parque tratando de ocultar su cruel accionar y justificar un crimen atroz...

- Sí... yo...

Y repitió unas cuantas resquebrajaduras de llanto incontenible.

- Perdóneme... déjeme continuar, por favor... Como le digo, tengo una esposa insoportable, sé que tiene un amante y me engaña frecuentemente con él... Yo la amo, más de lo que uno puede amar a una persona, es decir sin límites, pero no quiero seguir viviendo en esa situación bochornosa... traté de acostumbrarme a sus infidelidades... como un tonto resignado pero enamorado, pero no resultó... de hecho estaba buscando a alguien que me asesinara... ¡qué suerte haberme encontrado con usted!

- Entonces... ¿Está de acuerdo en que lo mate?

- ¡Por supuesto, caballero! Me haría un gran favor. Usted es el asesino que estaba buscando. Y qué mejor que en esta noche sin estrellas, oscura, envuelta en esa bruma oscura abominable... ¿No le parece? ¿Con qué asesinó a su esposa? ¿Con una navaja o con un arma de fuego?

- Nada de eso... la estrangulé... su cabeza la estrellé varias veces contra las rocas de ese camino que se divisa por ese extremo...

Y volvió a señalar con los dedos temblorosos un lugar impreciso del parque.

- Es una buena forma de matar a alguien... sin duda...

- Con ella me movía la furia... ¡Lo siento tanto!

Y volvía a los lloriqueos incesantes.

- No tiene por qué sentirlo. Son gajes del oficio. Del oficio de los tontos hombres enamorados. ¿Y qué no hace uno por amor?

En la parsimoniosa bóveda de la noche asomaba una estrella migrante.

No estaba inquieto, no tenía miedo a ser asesinado por un desconocido, es tan normal y cotidiano en estos parques de la ciudad, a estas altas horas de la noche.



Nelson Roque Pereira

Facebook: Nelson Roque Pereira

Poeta e Investigador histórico; pertenece al taller literario “Olga Alonso” y, a la Organización internacional POETAP en España y, ELILUC en Estados Unidos.

Premiado en concursos, parte de su obra ha sido publicada en revistas, periódicos, plaquettes, boletines literarios, antologías internacionales y en su poemario “Por los cauces de la noche” ; en España en 2020.

Tocar fondo

... somos ahora, somos lo perenne...

Juan Gil-Albert.

No porque haya ido al fondo de lo divino
lo sempiterno se me presenta
en brazos del albedrío.

Mi entrega es causa humana
por la que se rumora y otoñiza,
es trocar las almas

como si volviese a ganar los límites
la guerra de los ancestros.

Sálveme que he tocado el fondo
con la luz del abismo que diseminan ellos.

Sálvese la responsabilidad
contra el remedo de la nada,
donde la mente ara terreno infértil
en la inquietud de la duda,
mientras me surto de lo más inmundo
en la bóveda inmensa de lo pasado.

Toques de puerta

Con un toque a la puerta se decide
en los labios la canción del día.

Un toque para ser tañido
desde las llagas a las pupilas,
otro para tañer la puerta
en la esperma de las nervaduras
a nombre de todas las cosas.

Un toque funde a madera y mortal,
da forma a la argamasa del pecho
al que se siente domar
antes de agotarse el barro,
y se acordonen las libertades
al lenguaje de los pájaros
como peldaños de los zapatos.
No por metamorfosis de presencia
se quiebra el tiesto de la areca,
y el óxido del agua mancha
el desnivel de los mosaicos
al peso del toque desconocido
de pedradas en tiempo de canto.
Cómo escapar de la llamada
si se agolpan varias razones
en el pórtico de quien esgrime?

Razón para saberse rectángulo
a la espera de una racha de viento,
o no habrá imagen de fondo
que disponga el golpe de la aldaba.



Marlene Pasini

México. Comunicóloga, escritora, pintora. Psicóloga transpersonal. Maestría en literatura, diplomada en historia. Egiptóloga, especialista en sabiduría ancestral. Presidenta de México, CIESART. Directora cultural del IFCH, Marruecos, Consejera cultural del Foro cultural T, Fayad, Egipto-Líbano, Presidenta y Académica asociada de la Academia Mexicana de Literatura Moderna. 16 libros de poesía, ensayo, novela y desarrollo personal/espiritual. Embajadora de

México, ASIH SASAMI, Indonesia. Embajadora y Mujer por la Paz a nivel Internacional por diversas Instituciones y Organizaciones. 200 Certificados y reconocimientos a nivel internacional, varios premios. Doctor Honoris Causa y participación en más de 160 Exhibiciones de Arte a nivel internacional.

Fragmento Liturgia de los mares

Has visto despeñarse como una
tromba azul
el último solsticio entre las
consagradas piedras
que se erigen en tu sueño,
en la voz de la centella,
en remotas galerías.

Desde umbrales que exhalan hálitos
de misterio
inscripciones, vaticinios...

Sabrás entonces de la luz en tu
silencio detenida



y el viento desgajándose entre
árboles,
de las ramas ácidas del roble y
el muérdago en la
veneración del rito.

Hablarás de la noche

-aura callada en las colinas-

de la vigilia del búho
-morada en tu pensamiento-
de viejos senderos y bancos de
neblina
-efluvios ancestrales desde la
boca turbia de la tierra-

Hablarás de albores ocultos
que perduran en la soledad de
los estuarios.



¿A quién invocarás?

Porque ofrendado fuiste en
el fuego de magnos
sacrificios,
en el color de los campos y
la tierra que ondea

en el recuerdo puro de
leyendas.

Tendrás un sol supremo que
abrirá su rostro
sobre un cielo agitado en la
penumbra,
un puñado de alabanzas,
invocaciones bajo el brillo
relampagueante de
centurias.

Voces germinando en la brizna de tu aliento,
el oráculo resbalará de tu boca al frío lago.

Has visto la sombra de aquel tiempo
acechando en el jardín de la locura,
visiones bajo la luz
entreverada.

Has sentido la savia
incandescente
latiendo entre las grutas
de un mudo laberinto
por donde se predice tu
voz de

poeta, navegante,

cuando un haz de luz
caiga sobre tu clara frente
y en tu cuerpo fenezcan
las ultimas sombras del
solsticio.

¿Quién serás entonces?

¿Y el mundo en la callada
tormenta de tu boca?



Omar Rosa

Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100084110604057>

Es Licenciado en Educación desde 1981, ejerció como profesor durante quince años. Posteriormente realizó un Técnico medio de Contabilidad, trabajó por más de quince años, como contador. Trabajó en la esfera Bancaria, en la parte de Seguridad, ahora está jubilado y se ha dedicado a escribir sus vivencias. En 2013 la editorial de su provincia le publicó un libro de cuentos. Tiene esposa y cuatro hijos, dos de ellos aun en la etapa juvenil.



Los hombres también escriben a las revistas

—Como tú eres mi mejor amigo, dame tu opinión sincera sobre esta carta que voy a mandar a una revista.

Estimada señora: He leído su oferta, aunque confieso no estar muy de acuerdo con este método de buscar amistades y pareja, me he decidido a escribirle. MIS GENERALES SON: Hombre de más de medio siglo, gordito, bajito, con los pies torcidos y la cabeza cuadrada; tres matrimonios, tres fracasos, varios hijos; sin fortuna, ni casa, ni carro, una bicicleta sin gomas; carácter introvertido, más bien insoportable, machista, no sé bailar, soy parco en palabras. Adicto al trabajo, muy malo para resolver los problemas de la casa; encima ronco, no me sé bañar bien; me queda una sola muela. Si alguna mujer puede aceptarme así que me escriba a esta dirección: buscandoamor@gmail.com

— ¿Qué tú crees?— A decir verdad, tenemos que hacerle algunos arreglitos. Te ayudo. Mira...

Estimada señora: He leído su oferta, me parece una gran idea tener esta opción, para encontrar amistades, pareja. Por eso me he decidido a escribirles. MIS GENERALES SON: Hombre maduro, pero aún joven, con muchas ganas de vivir, esbelto, fuerte, tres matrimonios con mujeres equivocadas, pendiente

de recibir una herencia; tengo un carácter alegre, soy muy comunicativo, bailador, defensor de la igualdad de la mujer, buen trabajador, mejor en las labores hogareñas, no ronco y no me preocupa que mi compañera lo haga, soy muy saludable. Si alguna mujer puede aceptarme así, que me escriba a esta dirección: hombredeltercermilenio@gmail.com

— ¡Pero ese no soy yo!

— No importa, eso es lo que quieren, además, si te lo propones, no te vendría mal.



Diego Martin Migliori

Instagram: @diegommigliori

Facebook: Diegomartin.migliori

Argentino. Vive en España desde el 2000

Es clown, titiritero y escritor. Desde hace muchos años decidió viajar con sus marionetas, así que recorrió ciudades, plazas y calles con ellas. Es padre de tres hijos. De grande le gustaría tener una heladería, pero para él sólo.

Las medias

Venían nubes grises, así que descolgué la ropa con prisa. Observe cada una de las prendas. Un pantalón de Guido, una camiseta de Argentina de Gael y un par de medias... y pensé: Están juntas!, Siguen unidas! Me pregunto cómo siendo cinco personas en la familia y habiendo tantas medias, éstas no se habían perdido.

Sigamos su itinerario.

De la tienda directamente al armario de las medias y calzones; que suelen compartir el cajón, estante o como en mi caso; una caja de galletitas dietéticas con sabor a naranja, que solo les gusto a las gallinas; ni siquiera se las comieron los perros.

La fábrica de medias ya sabe lo que va a pasar con ellas, por eso las une con esa especie de cuerquita de plástico imposible de romper que las junta para siempre, así el fabricante se asegura que en el momento de la entrega, sean casi siamesas.

Una vez roto el plastiquito, el fabricante no se responsabiliza de pérdidas, rupturas o divorcios.

Continuemos.

Una vez que nos ponemos las medias, ellas estarán felices, se mirarán y se dirán cosas lindas...

Pero ninguna de las dos sabe que esa será la última vez. , que nunca más podrán mirarse...

La primera prueba de fuego es cuando llega la hora de dormir, un momento difícil, es muy probable que una de ellas se deslice del pie sin saberlo y se marche hacia el exilio de las sábanas rotas.

La segunda prueba de fuego es al ponerlas a lavar, es muy importante hacer una bola con las dos medias y que se unan una dentro de otra, ese es el momento más íntimo y cercano que una media pueda tener, además así se evitan separaciones forzosas y destrozos familiares.

Luego le toca el turno al lavarropas; se sospecha que ahí dentro hay una dimensión desconocida, un gran agujero negro traga-medias...nadie salió con vida de allí.

Después habrá que colgarlas bien sujetas con dos pinzas cada una, para que no se vuelen, para que no se caigan al patio de abajo, al balcón del vecino o al terreno baldío donde cagan los perros.

Las medias están destinadas a perderse, a no verse más. Siempre nos quedará una y no sabremos qué hacer con ella. Hay quien la usa como filtro de café, otros para hacer el típico títere de mano, algunos hacen manualidades con ella o se esperan a fin de año para colgarlas del arbolito.

Yo, siempre me guardo la media que se quiso quedar conmigo; así cuando vuelvo a comprarlas tengo un referente y me las compro lo más parecida posible; así voy uniendo pares.

¿Nosotros seremos así? ¿Seremos como un par de medias? Cuando se nos va esa persona que quisimos muchísimo, buscamos inconscientemente (o no) alguien parecido a la que se marchó, a la que nos dejó.

Ya sea porque se cansó de nosotros... o porque encontró otra media perdida.

Araceli Gutiérrez Olivares

Instagram: @sheligutoliv

Facebook: versosenelmetaverso @sheligutoliv

Twitter: versosenelmetaverso @sheligutoliv

Spotify: Sheli Gutoliv

Sitio web: www.versosenelmetaverso.com

Mejor conocida como Sheli Gutoliv, nace al pie de los volcanes, cerca de su adorado San Lorenzo Tlalmimilolpan, Tlamanalco, Estado de México, un 24 de abril del año 1986. Es Ingeniera Química de profesión y cuenta con dos menciones honoríficas otorgadas por el Laboratorio de Física de la Facultad de Química de la UNAM. Actualmente se encuentra estudiando la carrera de Filosofía en la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla. Su amor por las letras y el medioambiente, la llevó a emprender un viaje a los países nórdicos, específicamente a Noruega, en donde actualmente vive y desarrolla su obra, pronta a publicarse, de nombre “Singularidad en lo cotidiano” inspirada en la belleza de la vida, el devenir y lo cotidiano.

Amor de antaño

Encauzada en un recuerdo,
nombro tu ausencia,
en el pectoral de esta tarde,
como oxidada,
como de sombras,
como de olvido.
Ojos de tierra,
en los cuales yo sembraba,
y florecer veía,
la ternura.
Amor de antaño,
ahí estás bien,
donde tu transparencia,
se funde en el paisaje.
Ahí te quiero,
donde tu ausencia,
es fuego,
y yo, que soy agua,
me evaporo.

Lidia Leticia Risso

A través de los años, tuve el agrado de participar en Antologías de diversas Editoriales, en el Continente Americano, Italia y España, obteniendo diferentes reconocimientos. Asimismo, he tenido el honor de colaborar en algunas Revistas, como: Hipatía y Mapuche de Argentina, El Humo de México, y las siguientes de España: La Alcazaba, Palabras Diversas y Aristos Internacional. Soy integrante



del REMES de España, de Mesa del Editor en Brasil y del Registro de Escritores La Balandra de mi país, República Argentina. Con frecuencia, intervengo en Emisiones Radiales, de Radio Eventos Sentires del Alma, de Sevilla- España y de Radio Ecos Poéticos de Guatemala

Mis libros son: Luces y Sombras, Editorial Casa Eolo, Huesca-España. Retazos, Huellas, Fluir y Ensamblar Waucenlen Editorial, Sevilla-España.

Cartas echadas

Subrepticia
la malicia,
se apoderó
de las almas,
que agitadas,
y en protesta,
enajenadas gritaban.

Silenciosas
las bondades,
escondidas
proyectaban,
y en cofradías,
se manifestaban.

Mientras

FRAGMENTOS

la esperanza,
las miraba
con sus verdes ojos,
que piadosos
las guiaban.
Así la fe,
amedrentada
muchas veces...
dudaba.
Mientras
el coraje,
con su fuerza espiritual,
su sostén y fortaleza,
les otorgaba.
Y de ese modo,
todas las cartas
estaban echadas,
para poder discernir,
cuál sería, la mejor
de las jugadas.



Jorge Rolando Acevedo

Nació en Tartagal, el 10 de abril de 1968. Es profesor de Historia y Letras, poeta y escritor. Ha publicado tres libros de poesía: *Eres como la hierba*, (1997), *El caminante*, (2006) y *Dadelos, la casa del silencio*, (2020); y el libro de narrativa breve *Habladurías. (Cuentos para un ratito, versos para una hora)* (2020), que contó con el aporte del Fondo Ciudadano de Desarrollo Cultural, del Ministerio de Cultura,

Turismo y Deporte de la provincia de Salta. Plan de reactivación cultural. Gobierno de la provincia de Salta. Rubro Letras. (2021). Obtuvo números premios a nivel nacional e internacional. Colaboró en el Canal Rincón Poético (YouTube y Sotify) – Venezuela-Colombia, 2020-2022. Siendo sus últimas publicaciones: *Selection of poetry of Jorge Rolando Acevedo* (ESP,SLO, ENG). Literave. Jublija. Eslovenia. (2022); *Entre giros y sombras. Relatos de suspenso*. (2022). Antología. Vol. II, Argentina; *Letra Azul. Revista Literaria*. (2022), Piura. Perú; *Revista Digital Cisne*, (2022) México

Dadelos

*Por las calles voy dejando
algo que voy recogiendo:
pedazos de la vida mía venidos desde muy lejos...*
Miguel Hernández.

Aunque ropas prestadas vista el cuerpo
y en los pies calce la cuantía de zapatos viejos,
vienes, te aproximas todo en tiempo,
vienes, te presentas ante mis ojos,

allí te quedas, blanca centinela, diadema;
en tu barca me llevas, gentil abrigo,
a otros cielos que nadie revela.
¡En tu barca me llevas!

FRAGMENTOS

¡Tanta melancolía, tanta tristeza, tanta!
El cielo, atajo infinito,
cuerda, andamio, escalera...

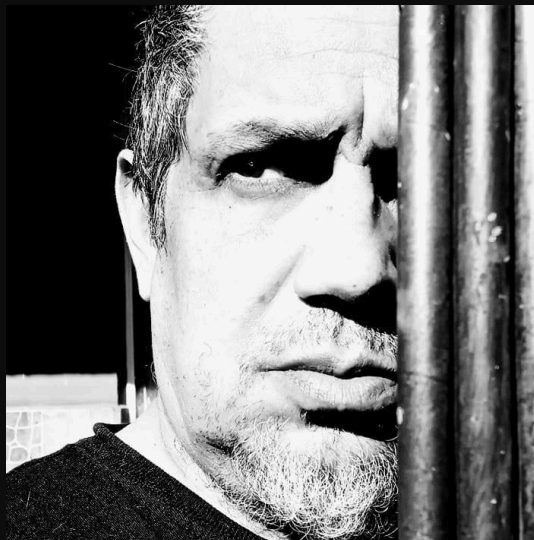
¡Tanta tristeza, tanta melancolía, tanta!
¿Sabes? – la soledad que más duele
es aquella que nadie ve.

Ernesto Hernández Doblas

Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100073408832191>

Instagram: <https://www.instagram.com/ernestohernandezdoblas71/>

Poeta, escritor, promotor cultural y coordinador de talleres literarios. Nació en Morelia, el 2 de enero de 1971. Durante la primera mitad de los años 90, inició en las letras dentro del taller literario de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, impartido por el poeta michoacano Antonio Mendiola. Ha publicado títulos de poesía como *Bitácora clandestina* (Edición de la Sociedad de Nicolaitas Ex-alumnos, Morelia, 1998), *Una colección de poemas sin título* (Colectivo Artístico Morelia, Morelia, 1999) *Oscura luz* (Instituto Michoacano de Cultura, Morelia, 2002), *Lugar de Muertos*, con prólogo de Gaspar Aguilera Díaz (El Árbol Ediciones, Jiquilpan, Michoacán, 2008) *Museo de musas* (jitanjáfora Morelia Editorial 2008), *Inventar París* (SECUM 2009) y *Laboratorios del Soy* (edición de autor 2016). Durante los últimos diez años ha impartido talleres literarios en ciudades como Morelia (donde ha radicado toda su vida), Lázaro Cárdenas y Uruapan.



Desierto día

Lo primero que debe hacer un espíritu cuando tiene sed, es ponerse en pie.

Erguirse desde su círculo de sueños.

Desde la serenidad que ha cobijado a sus ángeles y perros.

Ponerse en pie mirando a lo lejos: inventar un horizonte.

Despertar es saber que toda brújula es un somnífero,
un juguete para quien se amarró las manos con la noche.

Tal vez un día, si el espíritu tiene sed, se ponga en pie.

Sin más equipaje que silencio y soledad, podrá iniciar un día, el recorrido en
donde estrellas

y raíces son el camino.

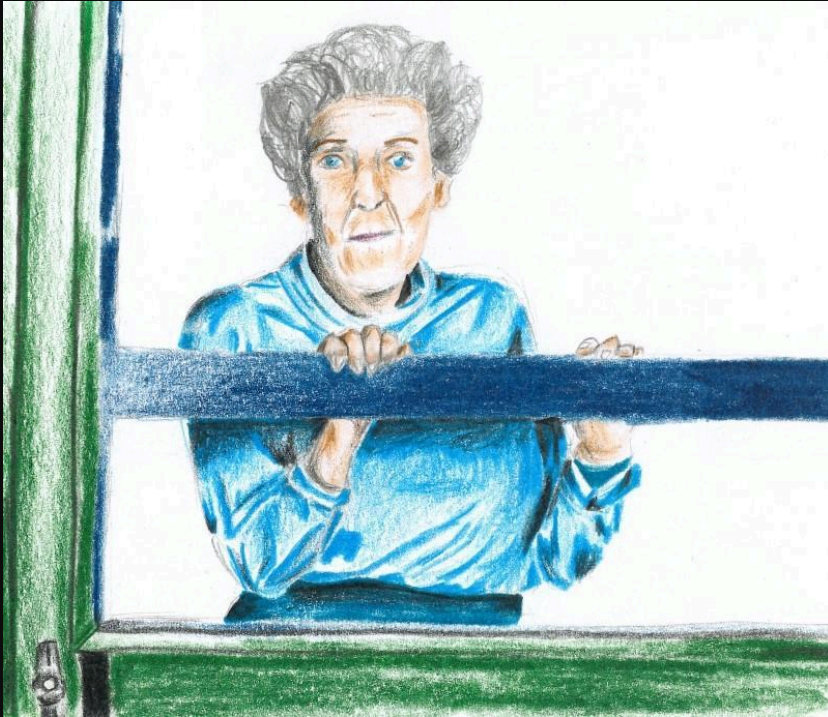
Si un día el espíritu por fin tiene sed.

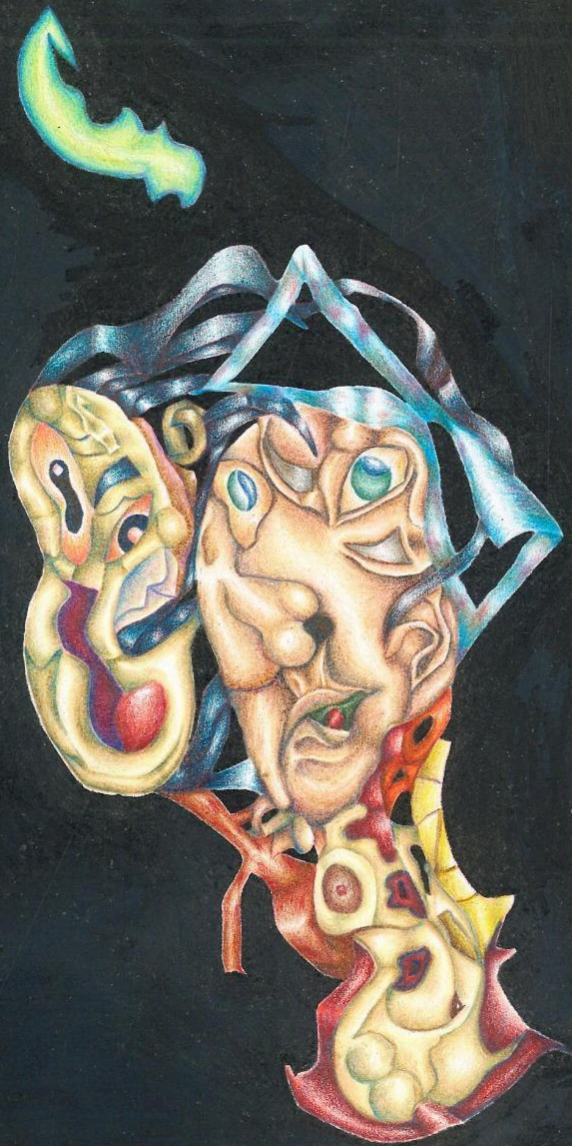
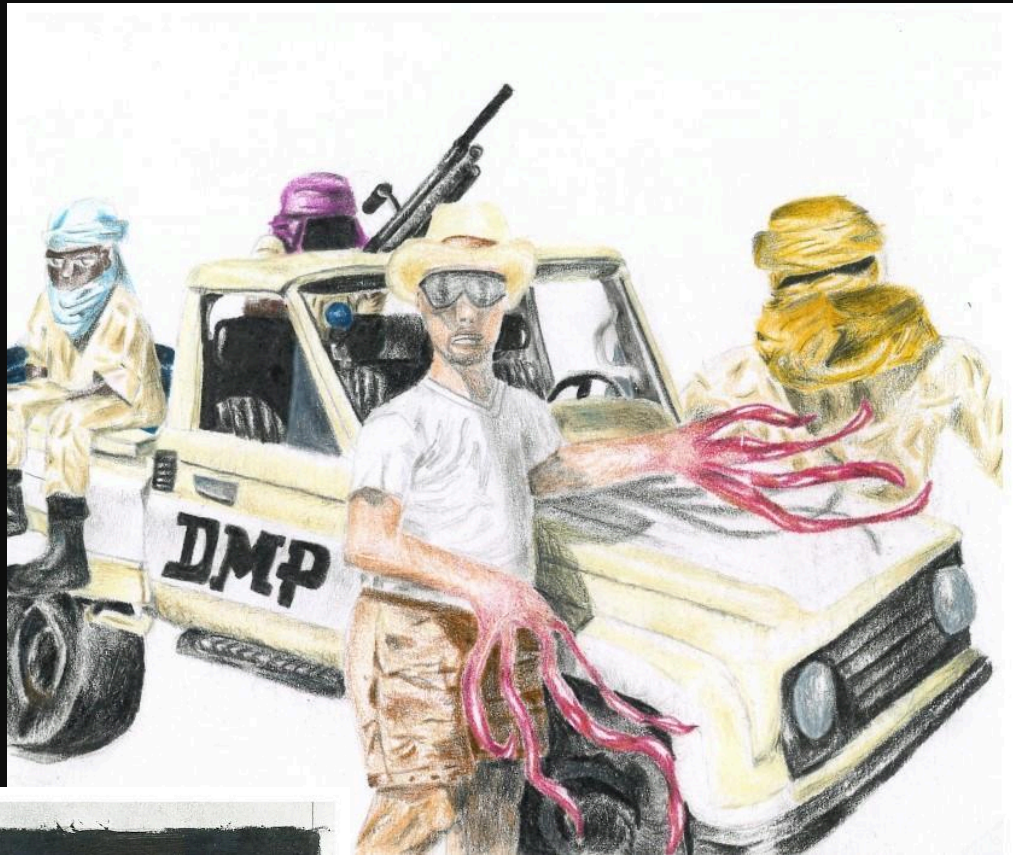
Ana Andaluz

Facebook: Ana Pati PA

Instagram: @anapatipa

Nació el 16 de marzo de 1999 en Morelia, Michoacán. Es egresada de la licenciatura en Literatura Intercultural de la ENES, UNAM, Morelia. Ha colaborado como correctora y redactora de contenidos para la revista universitaria Sinestesia, el Centro Cultural Clavijero y la Coordinación de Publicaciones de la UNLA, donde da clases de Periodismo y Literatura, y Redacción.







Liliana Reynoso

Mayo de 1999

Estudiante de la licenciatura en Letras Hispánicas en la Universidad de Guadalajara. Ha publicado en la Revista Monolito, Metáforas al Aire y la revista peruana Nuveliel.

A los hijos perdidos

Hay horas dentro de los días, en las que se tiende al extravío de las cosas que van más allá de las cosas. Perfectos para que se pierdan figuras y nombres completos. Es de noche cuando las colas blancas de los gatos se pierden dentro de las sombras de las paredes. En la malicia de la oscuridad se olvida la vergüenza al pecado original, dentro de los cuartos de las casas. Otros se pierden en la inocencia que deja la luna, detrás de sus respiraciones profundas y el reloj le pisa los talones al sueño. Y entre ladridos perdidos, de distintos perros con el mismo nombre, se escapa una vida. Antes de que la noche se pulverice entre los dedos entumecidos de la mañana. No importa quien encuentre el cuerpo sin la vida que se fue detrás de un ladrido la noche anterior. Sera su hermano o su hermana, su padre o su vecino.

Lo encontrarán pensando que sigue cautivo dentro del sueño, queriendo pensar que es así. porque al no responder a su nombre, lo más seguro es que siga en ese tránsito nebuloso y pesado que es el sueño. Porque los jóvenes no mueren de la noche a la mañana. Que debía morirse primero su padre. Su padre apaleado por la muerte constantemente, golpeado desde el interior de su cabeza, por abusar del consuelo del alcohol. Y aun así logra escapar de la muerte cada vez que lo aturde, sin vergüenza.

Pero no es así. Y el hermano y la hermana se dan cuenta de que no despertará, que el sueño ya no existe detrás de sus párpados sin sangre, ya grises de ausencia. Todos se preguntarán porqué el padre, quien conoce mejor a la muerte, se libró de nuevo, perdiéndose como una cola blanca en medio de la sombra de la noche.

El hermano no entendía cómo, mientras el aire bailaba dentro y fuera de su boca, usando los restos de inocencia que le queda en el alma para soñar con la

luz de días que aún no existen, su hermano exhalaba la última respiración fría y dura que guardaba en el cuerpo.

La exhalaba en medio de la confusión. La hermana siente culpa de haber perdido la vergüenza a la miel que ofrece el cuerpo ajeno, alcanzando el resplandor que se esconde dentro de los ojos en medio del placer, mientras el cuerpo de su hermano, poseído por la rigidez, se perdía en la oscuridad que nos espera a todos.

Los vecinos nos damos cuenta, lo sabemos. que el hermano y la hermana y el padre estén parados afuera de su casa, llenos de pobreza, significa que algo perdieron entre la oscuridad y los ladridos. En la cara llena de descanso y culpabilidad, se nota que no creen estar despiertos, que es de día y su hijo, su hermano, se quedó perdido en alguna hora de la noche que no se encuentra marcada en el reloj.

La madre es la última en darse cuenta. No fue el instinto, porque antes de que uno de nosotros, los vecinos, fuera corriendo a la puerta de su casa, en la que había elegido estar lejos del padre, a darle la noticia, sería un mañana anónimo. Porque el instinto materno sólo anuncia la vida. Pero uno de los vecinos tuvo la bochornosa tarea de lo indecible. Un aviso que nunca encontrará las palabras adecuadas. Antes de aquel aviso, segundos antes, el hijo de esa madre, seguía vivo para ella. Después, fueron las palabras quienes lo mataron, a pesar de llevar horas muerto.

Entonces los vimos, a toda una familia reunida por la muerte de un muchacho. A la madre por fin se le rompió el cordón umbilical. Al hermano se le fue el compañero de juego y el puño de tierra. A la hermana se le fue el protector y la sombra que le tapaba el sol de los ojos. Y el padre ganó, sorprendido, de nuevo contra la muerte.

Algunos pensamientos brincarán de una cabeza a otra, entre su familia. “¿Por qué dejé que me venciera el sueño?” “Alguien debió quitarle las manecillas al reloj.” “¿Por qué no callaron a los perros?” “Debieron guardar a todos los gatos blancos en sus casas.” La muerte debió llevarse al padre, como un azote más a los que él estaba acostumbrado. Nadie diría nada. Alguien debió detener la mano de dios antes de que pulverizara la tarde en noche,

Alguien debió detenerlo antes que cortara una vida con la navaja de la madrugada.



José Luis García Herrera

Esplugues de Llobregat - Barcelona, España, 1964. Poeta, narrador y crítico literario. Miembro del grupo cultural Versikalia. Fundador de los premios literarios “Ciutat de Sant Andreu de la Barca”. Ha publicado 24 libros de poesía. A destacar: Lágrimas de rojo niebla (Premio Villa de Martorell, 1989), La ciudad del agua, Los caballos de la mar no tienen alas (Premio Villa de Benasque, 1999), El guardián de los espejos, Las huellas del viento, Mar de Praga

(Premio Blas de Otero, 2004), La huella escrita (Premio Mariano Roldán, 2007), Las huellas en el laberinto, Cuaderno de Britania (Premio Juan Alcaide, 2010), Hielo, El lento abandono de la luz en la sombra, La luz del frío, Mares de Hierba (Premio Miguel de Cervantes en Armilla, 2015), Mares de escarcha (Premio Luys Santamarina de Cieza, 2016) y La semilla del óxido (Premio Miguel Hernández-Comunidad Valenciana 2017). En narrativa ha sido finalista de los premios “Villa de Torrecampo” y “Tierra de Monegros”. Ganador del premio “Villa de San Esteban de Gormaz”.

Memoria de la lluvia Y del olvido

1- (memoria de la lluvia)

Oigo el rumor terroso de la lluvia arrogante
sobre la tierra seca, yerma y despeinada.
Oigo la tarde goteando en los aleros
de los días escritos sin la crin de la victoria.

Los ojos buscan grietas de sal en la memoria
para recordar el azufre de otros días
idénticos a estos que hoy me apuñalan sin vértigo
detrás de las tapias selladas del corazón.

Oigo el taconeo de la lluvia entre las calles estrechas
mientras la humedad expande perfume de desaliento,
de falsa compasión por esa infancia perdida
que se diluye entre las ásperas manos

como tinta roja caída de todos los tinteros.

No crecen las rosas sobre mares de asfalto
y el agua sucia busca la boca de las alcantarillas.
La noche sacia su sed en los odres del misterio
y apenas sí queda sombra del hombre que fuimos.

Oigo como la lluvia teje su telaraña de óxido
frente al balcón que acuña la anatomía del vértigo.
El dolor busca siempre mapamundis de agua
y puertos en penumbra donde amarrar el tiempo.

Este paisaje desolado no conoce el callejero del cielo.
Esta triste pizarra de grises empapada de grises
anhela ser fachada de luces ambarinas

2

que iluminen el regreso de quienes viven
a la sombra de la sombra que no fueron.
Pero la lluvia esta tarde ha borrado sus máscaras
y la realidad más cruda ha visitado estos lugares
donde el agua no limpia el escozor del llanto
y la ropa mojada huele a derrota y a olvido.

2- (memoria del olvido)

Todo en la noche es silencio de plomo derretido.
Nada se viste de color y entre las sombras palpita
un corazón que navega, sonámbulo, a la deriva.
En el escritorio, donde una luz de plata
se filtra entre las cortinas como filo de navaja,
un hombre relee unas escasas cuartillas
donde otra vida más vida que la suya
rezuma nostalgia.
¿Por qué otro dolor nos sajará la carne
y nos poblará de dudas milenarias,
de preguntas oscuras cuyos agujones
se clavan en la sangre y nos arrancan
enormes lagrimones de títere de trapo?

En la noche todo se anuncia
desde las campanas del misterio,
el agua de las fuentes alcanza
una sonoridad rotunda,
las palabras apenas si rozan
los labios para ser oídas
frente al ventanal que nos sumerge
en los caminos del bosque.
¿Por qué razón la memoria nos persigue
con las pesadas cadenas de la asfixia,

3

de las pesadillas al borde del acantilado,
restregándonos por los ojos las semillas
de una época negra donde un joven corazón
cometió demasiados errores?

Las horas se detienen en el remanso de la noche
para contemplar al hombre que camina, sin rumbo,
por todos los rincones de la estancia. Las velas
copian en las paredes el rigor del nerviosismo.
Cada página que cae de las manos
es una sentencia de olvido,
una escena sellada donde el corazón
no encontrará salida,
una punzada en la boca del estómago,
un nudo de agua en la boca que anuncia
el regreso del mar.

¿Cómo podrá retomar el timón
de aquellos días lejanos
donde la vida era un camino dorado
hacia la primavera?
¿dónde quedaron los compañeros de aventura
que abandonaron el fragor de la batalla
hasta dejarle solo en su jaula de cristal?

Toda una vida podría resumirse en tres cuartillas

y todavía nos sobraría la mitad.
 Eso piensa cuando la última hoja revolotea,
 desde su mano, hasta caer en la alfombra.
 ¿Será la vida pasión de derrota? ¿O sólo al perdedor
 se le permite repasar los años consumidos
 por el fuego de una rabia ingobernable?
 Nada, salvo el mar, posee el don de retroceder
 y emprender el camino

4

y una vez y otra con el mismo impulso.
 sin desfallecer, sin amainar su empuje
 hasta alcanzar la quietud total.
 El mar es el espejo donde la vida se inspira
 para imitar el milagro de la sal entre la espuma.
 Pero un hombre sólo puede reconocerse
 en el espejo amargo de los errores,
 en cada página con los renglones torcidos,
 y enmendar una pequeña porción
 de su perdido universo.

Las lágrimas confortan el espíritu y el aliento.
 (Quien no llora, no ama. Quien no ama, no vive.)
 Con los dedos húmedos de secarse el llanto
 apaga el tímido fuego que danza en las velas.
 Emprende el regreso a la alcoba, a los navíos del sueño,
 a ese mar donde nadie es dueño de sus deseos.
 Mañana, cuando el sol muestre su rostro enrojecido,
 quizá nada habrá cambiado, quizá todas las promesas
 sean papel mojado que en el agua se deshace.
 Pero una firme decisión habrá calado en su sangre:
 rescatar la fe en sí mismo tras la noche del olvido.



Ángelo Pérez Bertoldi

Web: <https://linktr.ee/angeloperezbertoldi>

Instagram:

<https://www.instagram.com/angelopbertoldi/>

Twitter: <https://twitter.com/angelojpb>

Tumblr:

<https://untipomassobreelsuelo.tumblr.com/>

1996, Pampa del Infierno, Argentina

Cursó tres años de la Licenciatura en Artes Combinadas en la UNNE, y abandonó la carrera para viajar. Ocasionalmente fue fotógrafo de eventos, editor audiovisual, músico callejero, vendedor de plantas, corrector y delivery de alfajores. Trabajó en una librería y una tienda de alimentos; ejerció como instructor de yoga, y fue parte del ballet de danzas folclóricas “Raíces de Amores”. Paralelamente a todo, se ha dedicado a escribir, y diversos trabajos suyos fueron publicados en revistas digitales (Saranchá, La Sílabas, Horizonte Gris, entre otras) y en antologías colectivas (editoriales Dunken, Oxymoron, y La Hora del Cuento). En medio de estos pequeños logros, su obra fue rechazada en 46 convocatorias literarias diferentes. Actualmente trabaja en una tienda de ropa, y cultiva y vende hierbas aromáticas.

La mancha negra

Siempre llevaba su cuaderno cuando salía a pasear en bicicleta por el campo. Nunca sabía en qué momento una idea podía surgirle de entre la vegetación o del silencio o de la fatiga muscular y el calor (el modo habitual de pensar se ve trastocado cuando el cuerpo sufre la leve asfixia del cansancio). Hinchaba la rueda trasera con veinticinco idas y venidas del inflador, y a la delantera con veinte (era riguroso con estos números).

Atravesaba toda la ciudad atento a las personas que se cruzaba en la calle. Saludaba al que había sido su compañero en la escuela y a una tía lejana que todas las tardes las pasaba sentada en la vereda. A veces pensaba que no podría vivir así, sentado, en la vereda, mate, galletitas, pero sabía que mentía, y que no había nada de malo en ninguna de las dos cosas (tomar mate y

mentir). Después, desaparecía: los árboles del camino lo engullían y ya no había nadie a quien saludar, sólo las chicharras, los teros, los cardenales, una perdiz que aparecía de repente y lo sobresaltaba un poco, el caucho haciendo fricción contra el suelo endurecido. Arriba, los cirros que vaticinaban un descenso de la temperatura para el día siguiente, y abajo, de pronto, el sonido de su cuaderno respondiendo a la gravedad. Los frenos no le funcionaban muy bien, y la inercia lo obligó a detenerse recién unos metros más adelante, a fuerza de gastar un poquito las suelas del calzado. Cuando terminó de estacionar el vehículo con la patita, se quedó inmóvil: un coi salió de entre el pastizal. No quiso asustarlo mientras merodeaba cerca de su cuaderno caído. Era pardo y con una mancha negra en la cabeza.

Nunca había visto uno así. Acercó su pequeño hocico al papel y lo olfateó con recelo. Se notaba que mantenía tensas las caderas, listas para huir en cualquier momento. La escena le hizo sonreír. El coi, por su parte, cazó entre sus dientecitos el cuaderno y desapareció atravesando los arbustos, haciendo desaparecer también la sonrisa del humano. Ahí estaban los apuntes iniciales de lo que sería su próxima novela (según él, la primera digna de publicación, después de las otras tres que había escrito y mantenido en la oscuridad de una caja). Así que salió despedido hacia los pastos, sin pensar en las cuatro o cinco especies de víboras que podría encontrarse. Con la espalda torcida, avanzaba usando los brazos como machetes improvisados y sin filo para abrirse paso, arrepintiéndose de no haber tomado nunca clases de coñol en la facultad. Sería demasiada coincidencia milagrosa y afortunada que la sonoridad de “pará, devolveme mi cuadernito” significara algo en el sistema comunicativo de aquel roedor. Cuando se dio cuenta de que la desesperación comenzaba a dominarle el ritmo cardíaco, recurrió a la magia de la corteza cerebral para recuperar calma y quedarse inmóvil entre los pastos.

Agudizó sus oídos. El coi debía estar asustado por su presencia, y tenía que hacer ruido al moverse. Así que...

Esperar.

Esperar.

Esperar

Pero sólo chicharras.

Luego de treinta segundos empezó a golpear las manos y aguardó unos momentos por alguna reacción. A la tercera vez una perdiz alzó vuelo. Pero ningún coi. No puede ser.

El hombre se sintió en la desolación. Como un muñequito de tela con las pupilas de botón ahogadas en algún punto inencontrable de la atmósfera, quedóse de pie y callado, con brazos colgando y garganta inquieta. Se sentía como estudiante que reprueba el examen final para el que se había preparado todo el año, como futbolista que se lesiona antes de su partido más importante.

No puede ser. Otra vez.

Y sí, su suerte se hizo todavía más jodida cuando seis meses después, mientras deambulaba por una librería, encontró en la sección de novedades un título curioso.

Curioso por conocido. Mirá, a un autor se le ocurrió el mismo título que yo pensaba para mi novela. Voy a tener que cambiarlo. Tomó un ejemplar y antes de hojearlo vio la solapa con la foto del autor.

Imposible.

Había soñado semanas enteras con esa mancha negra. La reconocería en cualquier parte. Ahora volvería a soñarla otras semanas más, seguramente. Y a ese pelaje pardo también. Era él: el coi. Casi se le cayó el libro al voltearlo en sus manos, buscando la reseña en la contratapa. Sus personajes, su trama, y hasta aquel comentario irónico acerca de las políticas modernas estaban ahí. No sólo se sentía estafado, sino incluso violado.

—Disculpe, señorita. ¿Cuánto cuesta este libro?

—Está mil seiscientos pesos. ¿Lo quiere llevar? Ésta es la segunda edición. La primera se acabó en una semana y tardó un mes la reimpresión, así que le recomiendo comprarlo rápido si lo quiere.

Sintiendo que iba a destrozar sus dientes, y hasta su mandíbula por la rabia, compró el libro. Ese fin de semana no habría salido al bar. Nunca compraba libros que salieran más de trescientos pesos (ediciones escolares, más que nada, versiones baratas —y a veces hasta sintetizadas— de las obras de la literatura universal (o sea de tres países occidentales no latinoamericanos, más o menos)). Apenas llegó a casa empezó a leerlo.

En su cuadernito él había llegado a bocetar tres capítulos, en unas treinta y cuatro páginas. Esta versión tenía nueve capítulos y doscientas treinta y tres páginas. Al avanzar hacia la mitad de la novela, la sospecha de los primeros capítulos se fue convirtiendo en una incómoda certeza.

No lo puedo creer. Mejoró abismalmente a Andrella. No se me habría ocurrido nunca a mí hacerla pelirroja. Y a Pablo le dio un toque de cinismo que lo hace todavía más intrigante. Y le agregó tantas imágenes que ambientan el otoño tan poéticamente, y sin pretensiones, sin salir de lo simple. No lo puedo creer. Este coi de mierda mejoró mi libro.

Incluso teniendo la honra de aquella percatación profesional, no fue capaz de encontrar en sí el humano altruismo de dejar en patitas de un inofensivo roedor el éxito de esas páginas. Un empacho de avaricia lo invadió, más que una sed de justicia.

Después de todo, él simplemente había puesto la semilla en la tierra, fue el coi quien la regó y le enseñó a ser un árbol. Pero eso no le importó. Inmediatamente tras cerrar el libro, buscó la manera de comprobar que la historia era suya, que el animal lo había plagado.

Decidido a recuperar el cuadernito como prueba, partió al campo en su bicicleta, pedaleando con todas las fuerzas de sus piernas y sin saludar ni a su tía ni a su ex compañero en el camino. Encendido. O quemándose. Se detuvo donde había perdido el cuaderno aquella vez. Donde se lo robaron, corregirá. Por aquí debe estar su madriguera, o donde sea que viva. En ningún momento se le ocurrió que tras el éxito del libro, el coi podría haberse ido a vivir a la ciudad, o como mínimo, al pueblo. Cuando encontró un pozo, metió en él la mano. Estaba tan ensañado que, como aquella vez, ahora tampoco pensó en la probabilidad de que fuera el hogar de alguna víbora.

Removió la tierra mientras miraba al cielo y sacaba la lengua a causa del esfuerzo y la concentración. Pronto empezó a escuchar unos chillidos, y sonrió con vehemencia.

Definitivamente eran cois. Uno mordió su dedo, y cuando la señal eléctrica llegó a su cerebro, un nuevo impulso se envió hasta su boca y su músculo (lengua): gritó.

Sin embargo, no todo fue una mala noticia. Con el tiempo se enteró de que efectivamente aquella era (o había sido) la madriguera del coi pardo de mancha negra. Pero su madre fue la que le dejó aquellas marcas en los dedos, no él. Y también fue ella la que, al contarle el percance a su hijo, convenció a éste de hablar con la prensa. El asunto de la invasión de la propiedad privada del coi escritor pasó a las letras y a las voces de todos los medios, y pronto el hombre se volvió el blanco de las asociaciones defensoras de animales, que

organizaban marchas y recolectaban firmas para que el Poder Judicial procediera a encarcelar al intruso.

“Este hombre es un claro ejemplo de la tiranía con que procede nuestra especie”, vociferaba con pasión exuberante una abogada de People for the Ethical Treatment of Animals, “que siente amenazado su imperio logrado por la fuerza cada vez que percibe inteligencia y capacidad en otro animal (en el prójimo, al fin y al cabo). No me sorprendería que se tratara de un mero peón, un enviado de alguna institución religiosa o científica que no puede soportar que por primera vez se escriba una novela desde patitas roedoras y no desde manos humanas.”

Al tipo le pintaron grafitis de Especista y Envidioso biológico en la casa, y ya no podía salir en bicicleta, que lo apedreaban y lo ahueveaban y hasta lo alibraban, con los mismísimos ejemplares de bolsillo de la novela del coi. Le habrían tirado con gusto los ejemplares más robustos y de tapa dura, pero la economía no daba para tanto.

Omar Jair

Instagram: https://www.instagram.com/el_ruisenor_nocturno/?fbclid=IwAR116zvRT4nwwEgJzuDBDu_Mc4m0iqFaWkeL_kg1zvQJ6n5M2lWjI3rB4kUE

Facebook: https://m.facebook.com/omar.jair.395?eav=AfZdeZNUYGmvSLwfUrt1UbAHRIHgZnOaVJc8QJTyymQtzSHTcDaK_q-tAyL4yB1kSg&paipv=0

Nació el 20 de noviembre del 2001 dentro del Estado México, específicamente en Cuautitlán Izcalli. Con un interés algo tardío en la literatura, decidió estudiar la carrera de Lengua y Literatura Hispánicas dentro de la UNAM y aún continúa cursándola.

Después de mucho esfuerzo y rechazos, logró publicar algunos cuentos en distintas revistas como Puerta Escarlata, Revista Inéditos, Metáforas al Aire y Revista Morpheus. Con una carrera tan corta, espera poder seguir siendo partícipe de la literatura tanto como lector pero aún más como escritor.



El oasis de la ceguera

Sí, ahora lo recordaba mejor. Ese era el mismo olor y sabor del jarabe que se vertía en el Mundet rojo perteneciente a los días en que su madre lo tomaba del brazo para llevarlo a todos los mandados pendientes.

Recostado sobre la cama del hospital, esperando los últimos segundos de su vida, volvía a sentir el tacto de la mano de su madre. Siempre le pareció curioso que, a pesar del constante vaivén de los químicos para la limpieza o las arduas tareas del quehacer, aquellas manos nunca perdían esa suavidad que le encantaba sentir en su rostro en los días livianos de ocio y tranquilidad.

La nostalgia del pasado no dejaba que de su mente se escapara el encanto de los días cálidos de primavera en que corría por las calles hechas de terracería

con un balón moviéndose entre sus pies hasta que, instigado por el llamado de su madre, volvía a casa con un sin fin de raspones.

El sol de ahora le parecía más distante que el de sus recuerdos y más aciago. Quizás el verlo por tanto tiempo a través de la ventana y el desgastado velo de sus ojos, el no poder sentirlo sobre las manchas de su piel cobriza, quizá todo eso había cambiado su percepción sobre el mundo que yacía fuera de su habitación.

También había arrugas en su rostro que no se conformaron sólo con esa parte de su cuerpo. Desde la frente hasta los dedos de sus pies, las líneas de la vejez se marcaban sobre él cómo las olas sobre la arena. También tenía callos, muchísimos, todos ellos producto de su trabajo cómo carpintero, cuando apenas tenía diecisiete años.

“Eres bien pinche calambres, Marce. Ya te dije que mejor te aguantes. Ponte a estudiar y ya luego agarras una chamba mejor”, recordó algunas de las palabras que su primo le dijo en una de las tantas ocasiones en que este lo visitó al taller en el que trabajaba. También recordó el día en que lo vio tendido sobre la calle, pagando una deuda con la gente equivocada al tener la sangre escurriendo de su vientre y la mirada pérdida.

Uno de los médicos del lugar entró a la habitación con un par de enfermeras, apenas podía distinguir sus siluetas. Revisaron sus signos y algunas otras cosas para saber cuál era su estado hasta el momento, ya lo habían hecho un par de veces y en todas ellas llegaron a la misma conclusión: no pasaría de la mañana siguiente, lo mejor era llamar a su familia si es que aún la tenía. “Familia”, el eco de esa palabra llegó hasta su mente y se quedó en ella un buen rato. Muchas veces puso en duda su significado, especialmente en las ocasiones en que tuvo que confrontar a su padre.

Al inicio, durante su niñez y parte de su juventud, eran simples discusiones sobre alguna falta en la escuela o una materia reprobada, no siempre fue alguien muy responsable. Pero después, en la etapa en que la vida comienza a torcerse, hubo peleas que explotaban tan intensamente que las palabras que se desprendían del estallido se encajaban muy hondo en el pecho. “Aprende de tus hermanos, ellos sí son listos”, “¿Por qué no estudias y dejas de andar de vago?”, “No vas a ser nada en esta pinche vida, la verdad no sé por qué sigo perdiendo mi tiempo contigo”, “Ya no te creo, Marcelino, y tampoco creo en ti. Haz lo que quieras”.

Aquellos días en que su padre le dio la espalda y su madre sólo podía llorar por el futuro incierto de uno de sus hijos, sus hermanos se acercaron a él, sin juicios ni burlas, sólo con la intención de mostrarle algo más que dolor y confusión.

Continuó estudiando hasta el día en que pudo graduarse. Con su título en Odontología en la mano, la rabia que se había atorado tanto tiempo en su garganta por fin abofeteaba el rostro de su padre al gritarle que se había equivocado, que ya era alguien y que no lo necesitaba. Vivió con un rencor muy grande enraizado a su memoria por varios años, pero no los suficientes como para poder derramar una lágrima el día en que lo vio nuevamente.

Vestido con un buen traje y la faz tranquila, se dijeron adiós para siempre. Escuchó el repiqueteo del andar de un par de tacones que se alejaba de su habitación y con ese sonido prestó aún más atención a los pasos que deambulaban alrededor de su lugar.

Ninguno era conocido. Recordó los pasos de su ex esposa cuando esta andaba por la casa que habían conseguido demasiado jóvenes. Siempre se paseaba con sandalias o con un par de tenis lo suficientemente cómodos como para que sus pies se recuperaran de la asfixia sufrida por un par de tacones incómodos.

Ella solía trabajar en una sucursal de banco desaparecida hace años y por mucho tiempo fue el principal sustento del hogar que compartían. Al dejar su trabajo, se encerró en aquella casa donde le lavaba la ropa, la planchaba, le daba de comer, barría, trapeaba, le preparaba sus zapatos y cumplía con una larga lista con la que él, cómo cualquier otro hombre, se mostraba poco grato y participativo. Con cada detalle que no fuera de su agrado se volvía más exigente, pedía más atención, más afecto. Más, más y más “cómo si fueras un pinche chamaco sin piernas ni brazos para hacerlo por sí mismo”. Esa fue una de las tantas frases que coronaron su pelea, la única que los llevó a su divorcio.

Ella falleció después de dos años de separarse pero ni siquiera entonces se atrevió a llorar, tampoco el día en que firmó los papeles que los separó oficialmente. La tristeza lo tomó por la espalda una mañana cualquiera en que las lágrimas lo ahogaron y no pudo escapar de ellas. Por mucho tiempo se lamentó de cada uno de sus errores, por no poder pedir perdón.

Intentaba contemplar la habitación con lo que su vista le permitía ver. La mayoría de las cosas eran trazos incompletos junto con varios borrones sobre un lienzo que se diluía incansablemente. Figuras sin una forma determinada,

un mundo que ya no le era accesible a través de ese sentido, el primero y único que se le fue.

Recordó el momento en que dicho sentido comenzó a fallarle. Supo que ocurrió un día en que miraba a su hijo jugar con su triciclo por el parque de su colonia. Cuando apenas estaba lejos de él, su figura infantil se distorsionaba hasta el grado en que apenas podía reconocerlo. Pensó que tal vez sólo era algo de cansancio sobre sus ojos. Con cada día, evadiendo la sospecha y las dudas, aquella enfermedad se deslizaba sobre su vista dejando un par de lentes tras otro en el camino. Pronto supo que lo que le ocurría era algo más que cansancio.

Aún si trataba de hacer varios esfuerzos para que no lo notara, su hijo se dio cuenta del problema mucho más rápido de lo que esperaba. "Frijolito" era el apodo con el que lo llamaba cada vez que quería que le describiera algo que ya no alcanzaba a distinguir. Le había dado ese apodo porque, -ahora lo recordaba mejor que nunca-, cuando lo sostuvo entre sus brazos por primera vez, era tan pequeño, frágil y rojizo como un frijol bayo.

Volvían a él los días en que lo vio caminar por primera vez; cuando portó su primer uniforme escolar junto con la mochila de alguna caricatura; volvían todos los juegos y discusiones infantiles que tenían; sus manías raras que le llegaron con la adolescencia; todas las discusiones y pleitos que le demostraban que su hijo ya no era el niño que conocía. Pero de todos esos días, aquellos en que salía a altas horas de la noche en busca de medicina para su hijo cuando enfermaba y no volvía a casa hasta no tener todo lo necesario, eran los que más cerca permanecían de los últimos destellos de su memoria.

El deslavado cobre de sus ojos se posó en los de un extraño sin forma. "Aquí estoy, papá. Aquí está tu frijolito", sintió la calma de un beso sobre las arrugas de su frente. Otras figuras sin rostro lo acompañaban. Quizás eran sus nietos, sobrinos o algún pariente del que perdió la noticia. No lo sabía, ya estaba muy cansado para saberlo.

Una mano tomó la suya mientras que en su oído eran susurradas algunas palabras con dejos de tristeza y cariño. Sintió que por fin podía rendirse, dejarse abrazar por la armonía de un universo desconocido.

Se levantó de la cama sintiéndose aliviado, cómo si hubiera tomado una buena siesta después de largas noches de insomnio. Observó a quienes se recostaban sobre su cuerpo, ya los reconocía. Se alegró de no haber partido solo.

Varias voces clamaron por su nombre desde el pasillo fuera de la habitación. No tardó en encontrarse con su madre, su padre, su primo, su ex esposa, tíos y hasta amigos que nunca más había vuelto a ver. Entre risas, felicitaciones y muy ansiados abrazos, supo que tuvo una buena vida.



Verónica Laura Torres dos Santos

Correo electrónico: velau27@gmail.com

Facebook: Laura Torres Dos Santos

Instagram: lauratorresdossantos

Maestra especializada en Educación Inicial. Actualmente jubilada. Participante de Taller Escribe un Cuento a cargo de coordinadora Dra. en Letras Patricia

Sicouly.

Tercer premio en narrativa en Concurso de Poesía y Narrativa 2017 "Poetisa Elsa Baroni de Berreneche" grupo Erato- Ateneo de Montevideo Cuento: ¿Esto será el fin?

Diciembre 2018. Mención en poesía " Insurrecta" en VI Concurso Literario "Leopoldo Marechal" de Cuento y poesía Taller Literario Radial "Tapa Lomo y Contratapa". Primer premio en narrativa Cuento "Indiferencia" Concurso Cuentos del 13 Edic. VI 2018 Municipio G Intendencia de Montevideo. Primer Premio en narrativa cuento "Hogar remoto" Concurso de cuentos AJUPEL ONAJPU LAVALLEJA 2018 URUGUAY 21 de noviembre de 2018. Mención Adultos cuento "Agujeros" La Madriguera libros Santa Lucía Canelones. Primera mención especial Cuento "Cumpleaños" El Atico Libros II Concurso Nacional e Internacional de Relatos Breves Israel 2021.

La chica de la revista

Francisca vivía en un pueblo pequeño contorneado por suntuosos cerros. Todas las mañanas, mientras tomaba mate, descansaba la vista en uno de esos gigantes verdes. Le aguardaban varios quehaceres a lo largo del día. Francisca era una mujer fuerte, como el ombú que presidía el sendero hacia a su vivienda, como la nalgada que daba a uno de sus hijos por desobediente, como el aguardiente que bebía su marido al regresar del trabajo. No desperdiciaba lágrimas ante los problemas. Su almohada, en la noche, era testigo de sus quejas por lidiar con cinco hijos revoltosos y con un hombre que solo se ocupaba de traer el pan a la mesa.

No podía ser otra. No sabía hacer algo diferente. Simplemente, copiaba la vida que había observado en su madre y que, según contaba ésta, llevaba también su abuela, viuda al terminar la guerra y a cargo de una abultada descendencia.

Francisca solía hacer compras en un almacén luego que sus hijos partían para la escuela. Se anudaba un pañuelo a la cabeza, tomaba una bolsa y salía a transitar los caminos de tierra rumbo al centro del pueblo. No tenía tiempo para alisarse el vestido o poner un vistoso broche en sus cabellos, apenas se miraba al espejo. Debía apurarse, al mediodía, la olla de guiso tendría que estar colocada en medio de la mesa para calmar el apetito de su familia. Siempre que podía se detenía un rato en el quiosco de la plaza a hojear alguna revista, luego de visitar la imagen de San Martín de Porres que dominaba la nave central de la iglesia. Parada se obligaba a rezar por el bienestar de su familia. Una mañana, a comienzo del mes, pudo darse el lujo de comprar una de las revistas que tanto deseaba. La enrolló cuidadosamente y la colocó en el bolso junto a los comestibles. Durante la ineludible siesta de la primera hora de la tarde, se recostó a leerla con mucho interés. A su lado, los aparatosos ronquidos que profería su marido no lograban distraerla de la fascinación que sentía al dar vuelta una a una las lustrosas páginas. Vidas tan ajenas a ella se desplegaban ante sus ojos a través de fotografías de lugares exóticos que nunca hubiera imaginado, mesas servidas con gran elegancia, automóviles fastuosos que nunca había visto rondar por el pueblo.

Una página entera mostraba la imagen de una chica vestida con un ajustado vestido rojo con tajo y sandalias al tono. Un moño bajo y elegante dejaba al descubierto unos pendientes de rubí y plata esterlina. Miraba sonriente a la cámara y en su mano derecha sostenía triunfante una estatuilla, como premio a su actuación en una película. Francisca quedó impactada por la sonrisa de la chica: amplia, radiante, transmitiendo alegría. ¿Podría alguien estar tan feliz por algo que había hecho? Instintivamente, se llevó las manos al rostro y acarició su boca. Era recta y con las comisuras un tanto decaídas, sin esos graciosos hoyuelos que se formaban en la cara de la chica. Cayó en la cuenta que ella difícilmente sonreía. ¿Alguna vez se había reído por puro placer? ¿Alguna vez había sonreído satisfecha al terminar de planchar una montaña de ropa? ¿Alguna vez había sentido felicidad cuándo sus hijos traían buenas notas? ¿Alguna vez le habían brillado los ojos las pocas veces en que su marido elogiaba sus comidas? ¿La chica con qué gracia llevaba su atuendo!

De repente, sintió un gran hastío ante la visión de la pollera verde de algodón, la blusa campesina y el pañuelo floreado doblados cuidadosamente en el ropero. Los halló viejos, deslucidos. Se miró las manos curtidas de sol y

detergente, sus piernas rollizas cubiertas de fina vellosidad, sus cabellos atados en una coleta. Las uñas de sus pies, cansadas de tanto trajín, pedían a gritos una delicada mano de pintura. ¿Cuándo había sido la última vez que se había esmaltado las uñas? Quizás... ese día que estrenó las sandalias para el bautismo de su hija menor. ¿Cuándo había sido la última vez que se había perfumado? Quizás... ese día que su hijo mayor le había traído un perfumito de contrabando. Aún tenía el frasco casi lleno.

El sueño terminó por vencerla, la revista cayó a un lado de la cama. Al despertarse, sintió nostalgia por el tiempo perdido, por la mujer que podría haber sido. Se dirigió al fogón a calentar agua para el mate, buscó la grasa y la harina. Prepararía unas tortas fritas. Tenían que estar prontas para cuando su marido y sus hijos se levantaran de la siesta.

En memoria de mi bisabuela materna



Octavio Huesca Heredia

Ciudad de México

Nació en la CDMX el mayo 27 de 1989. Licenciado en Economía por el IPN, con afición por la lectura y la escritura. Publicado en colaboraciones nacionales e internacionales digitales e impresas como: Crisol Acatlán (UNAM), Huraño (Colima), Revista Falsa (Chile), Revista G_olfa, La Galera Revista de arte y contracultura (UNAM-STUNAM CDMX), Revista Molino de Letras (Texcoco), Revista Melancolía

Desenchufada (Puebla), Contra Molinos de Viento (Antología Internacional compilada en Argentina), Teresa Magazine (México), Periódico Poético (Guerrero), Cósmica Fanzine, Zompantle Revista Digital, Cisne Revista Digital (Guanajuato), El creacionista Revista Digital (Puebla), Revista Digital El bigote de Nietzsche, y Black Fish Magazine (Argentina), Revista Innombrable. Le gusta compartir lo que piensa y siente.

Manos rotas

morados dedos danzan
memoria quebrada
ahorcan el cielo turquesa
exprimen el sagrado halo.
miradas opuestas
excretan el pasado
danzan como hadas
inherente y coherente,
resbalando completamente
dedos morados danzan,
ibis anidan en tu frente.

Exigüidad

faltan libros / faltan los escritos
hurtados en la quemada medianoche
desastre quimérico
como agua penetrando en la cuarteadura
lentamente te asfixias

Leopoldo Tillería Aqueveque

Instagram: leopoldo.tilleria

Facebook: <https://www.facebook.com/leopoldo.tilleriaaqueveque>

Twitter: @L_Tilleria

Periodista y filósofo. Vive en la ciudad de Temuco, Chile. Esposo de Danitza



y papá de Lucas y Tabatha. Investigador de profesión y escritor de corazón. Luego de varias publicaciones en revistas internacionales de filosofía y ciencias sociales, ha incursionado en los géneros literarios que más le fascinan: domestic noir, thriller de manicomio, terror y ficción histórica. Admira a las escritoras Romy Hausmann, Mary Higgins Clark, Kate Morton, Karen Cleveland, Francisca Solar, Rebecca Fleet y Stina Jackson. El 2021 obtuvo el primer lugar en el certamen del Ministerio de Educación sobre la No Violencia de Género con su obra “Pabellón”. En lo que va del 2022, ha publicado varios cuentos y relatos en revistas literarias de Hispanoamérica.

Mecano

Como si hubiera quedado suspendida en el tiempo, su mano regordeta duda qué pieza escoger. El mecano no ha quedado como pensaba, pero se acerca bastante a la idea que al principio tuvo en su mente. Mal que mal, son 97 bloques. En algún momento buscó las supuestas tres piezas faltantes; sin embargo, se dio cuenta de que eran sólo esas, y no 100.

¿Cómo combinar la forma rectangular de las piezas, con la idea de círculo que siempre había querido materializar como obra?

Tras mirar unos segundos la bóveda celeste —seguramente a modo de inspiración— decide armar una especie de mini ciudad: círculos concéntricos, como si envolvieran en su interior el corazón de una metrópolis imaginaria. Las piezas más pequeñas las colocará encima de las grandes, de dos en dos,

como puertas gigantes cubiertas por un imponente techo gris. Su obsesión por lo perfecto lo obliga a desarmar el segundo círculo, pues ha quedado muy cerca del círculo exterior. «Las murallas de la ciudad deben quedar suficientemente resguardadas», razona, con una lógica casi militar.

Por fin, la ciudadela se ha erigido según su modelo original. El tiempo dirá si valió o no la pena construirla. Luego de innumerables intentos, el juego llega a su fin. Antes de irse, el gigante lanza una última mirada a la enigmática estructura de piedra.

— ¡Te llamarás Stonehenge! —decreta.

Alberto F  rrera

Santa Ana, El Salvador, 2001. Estudiante de Licenciatura en Ciencias Jurídicas. Autor del poemario *Necrópolis de   ngeles* (Dos Alas Editorial). Ha asistido a diversos eventos culturales y ha participado en la presentación de libros, lecturas y festivales poéticos. Ha impartido talleres literarios y de escritura creativa a estudiantes de educación secundaria. Asimismo, es miembro activo del colectivo santaneco Rescoldos Literarios y sus trabajos (a nivel poético y narrativo) han sido publicados en sitios divulgativos como: *Primera Página* (México), *Ocl  sis* (México), *Noticiero El Independiente* (El Salvador), *Revista El Narratorio* (Argentina), *Revista Kametsa* (Perú), *Periódico El País* (El Salvador).



Madrugada en el hocico del lobo

M   día comienza con rastros blindados de plomo
Escuetos, tras la brisa del claro luna que se extingue.

Soy mar de réplicas

Mis vicios delatan cuencas bronce  neas a pleno sol.
Bajo una nube tumultuosa, arriban esquilas de mis
venas cándidas que se desangran agónicas con los
presos,
los pobres,
primerizos,
partiendo

a las factorías sin pronombre para sus extractos
desbocados, directo del seno de la Virgen María.

¿Qué es una membrana del ser
entre aquellos sin nombre, sin
piezas que sahúmen sus huesos?

Soy vórtice de misantropía
Sarna derramado en la piel

Escamosa, y se fuga por
la laringe destrozada de la
existencia humana.

Hasta la luz prolífica es más brillante
en la noche, donde se castran proezas
atareadas por sectas licántropas que
se reúnen a aullar a la luna.

Tranvía de un hedonista

El viento seca los coágulos marchitos de las venas.
No hay idilio para la senda inmutable del mudo
que corre entre costillas de un cuerpo sin sombra.

La dirección del viento es sorda,
un ángulo cóncavo en una vertebra
sin nombre para el que resquebra
la identidad de los lustres:

Corren,
Corren,
Corren,
Vuelan, escabrosos

para no desembocar
la lengua que los condona
de los pecados sin enjuiciar.

Cuatro prontuarios formales
para comprender el placer:

La música es autárquica al tímpano.
Hay sonidos que reemplazan la sordez
de un alma muda por vibraciones
que entretejen idalias en el cosmos.

Viajar es un órdago que se funde
en el espiral del tiempo.
El juego de la columna laboral
se remonta bajo un dado
para expiar la fatiga mental.

Pernoctar el grito de una emoción

es observar la vida por el rabillo
del ojo imberbe que ama su nido;
el amor, que no se postergará
por siempre, es indómito al corazón.

El sexo es un absurdo pajar
de cuestiones irresueltas:
los hombres se amotinan en
poses desbrozadas para alcanzar
el clímax de su oprobio salvajismo.
Una gentileza incongruente
dada por un dios con un gusto
irónico —refinado— del placer.



Gerardo Daniel Jiménez

Instagram: @agadezia.damascia
Aguascalientes, México, 1994. Es maestro en Literatura Mexicana por la Universidad Veracruzana. Ha publicado poemas en diversas revistas como *Letras Libres*, *Replicante*, *Cultura de Veracruz*. Es editor de la revista literaria *La madre oculta*.

Tres artesanas tejen una pupila

I.

¿HACIA DÓNDE caminarán los parques?

Sus hojas fluyen como la memoria
compartida de dos rapsodas ciegas,

que pronuncian todavía las sílabas
de algún difuso hexámetro que nunca

hemos podido volver a escribir,
que nunca hemos podido borrar.

Busco algunos imprecisos espejos
donde se hayan reflejado las ceibas
y las heridas de unas hijas mudas,
para tejer con su niebla
los teatros de nuestra viuda fiebre.

II.

DIBUJA una rayuela
para los alfabetos transitorios,
con los que ensayo las cartografías,
que el sol y mi muerte recorren juntos.

Cuenta los diminutos continentes
que la tierra abrió dentro de tus células.

Dispersó dentro de ellas unas ánforas
y una ronda de parques y de ánimas
para sus circulares juegos fúnebres.

Con el no del jardín ciego
y con las agujas que recogimos
dentro del corazón de una gacela,
trazamos de nuevo las lunas trémulas,
donde guarda el mar a sus rientes muertos.

¿Y qué fiestas respiran todavía
dentro de tus artesanías rotas?

III.

ENTRE UN FOSFENO y una feria,
la liebre acaba de cazar a la salamandra,
y dentro de un globo terráqueo herido
las arañas comienzan a tejer
nuevos árboles simbólicos,
con los colores extranjeros de una llanura
y una alquimia desaparecida.

Las lunas de unas vendimias también
nos miran escribir
esta botánica de siete sílabas.
La campana de fango habla;
nos escuchan unas pacientes ascuas.

Esta hierba nocturna escribe
como el corazón de un sol apagado.
Esta hortensia lluviosa
es el ojo en ruinas
de una paciente artesana:
Mi cuerpo era algunos heresiarcas nublados,
perdidos en una indecisa tundra.

José de Jesús Camacho Medina

Fresnillo, Zacatecas, México (1984). Profesor de Matemáticas. Es Escritor. Ha publicado en diversas revistas de literatura como: Fábula, Monolito, Sinestesia, Íkaro, De sur a sur: Poesía y Artes Literarias, Cisne, El Guardatextos, Efecto Antabus, etc. Es autor del poemario: "Las Mariposas Esconden Dioses Bajo Sus Alas"(2020, Ebook: Amazon Kindle & Google Play). Escribe artículos académicos y de divulgación científica para diversos espacios y revistas: MasScience, Fraxinus, Acerca-Ciencia y Vinculando. Dirige el grupo Poetas de Plata (Desde 2017), y la revista "Poetas de Plata". Es ganador de los concursos de poesía XXIV (marzo, 2019) y XXVII (diciembre, 2019) con las temáticas: "Futuro" y "Cuando llega la noche" de la Red de Poetas: SoyPoeta.com.



En el lugar menos probable

He de beber hasta el último rayo de sol que emane de la tarde casi extinta. Y aunque a veces, el día conspire con el infierno, no habrá conjura para que el sendero sea capaz de negarnos su refugio. En el lugar menos probable, ha de brotar el remanso donde todos estaremos a salvo, donde el caos, no se elevará como la espuma, donde se puede convivir con las nubes sin la necesidad de estar en el cielo.

Teoría sobre e más allá

En este pasillo
los trazos son fantasmas.
El mundo es ciego
y camina sobre un guiño.
La grama es camuflaje
y la verdad espuma.
Nuestra esperanza
de que sean reales estas alas
es la palabra jamás pronunciada
en el bosque de los mudos.
Apenas
un semáforo en la niebla
nos advierte
que el más allá está aquí.

Todo dibujo es un trazo sobre el viento

Esto no es un monólogo sobre sí mismo para amplificar la voz y engrandecer la imagen.

Construir cámaras de eco, para que resuenen nuestros mantras:
es un manuscrito que no tarda en descalcificarse.

Todo dibujo es un trazo sobre el viento, y el viento es quien lo dibuja.



Andrés Ballone

Escritor argentino de 39 años, nacido en Buenos Aires. Formado en la carrera de Periodismo y Ciencias de la Comunicación, se ha dedicado a la escritura desde la adolescencia, al tiempo que se desempeña como docente universitario y facilitador en un taller de escritura creativa llamado Soltar La Mano.

Carta blanca

Hola Marisa. Soy la persona que dejó vacante el puesto de trabajo que hoy ocupás vos. No nos conocemos, por eso dudé tanto en escribirte. El motivo de esta carta es para que sepas que en la oficina ocurrió algo que no es normal... o mejor dicho, que no es normal para un departamento de administración de una empresa familiar, ni para este mundo, creo yo.

Todo empezó el miércoles 21 de junio del año pasado, 2021. Lo recuerdo con claridad porque yo estaba contenta de que empezaba el invierno. Me tocó quedarme hasta tarde en la oficina porque se venía la liquidación de sueldos y aguinaldos, y como sabés, eso es un tema que lleva tiempo.

Me fui a calentar el último café del día en el microondas y los numeritos color rojo de su tablero marcaban las 21:21. Toqué dos veces el mismo botón de siempre para darle un golpe de temperatura a mi taza de noventa segundos...

Entonces algo rarísimo ocurrió.

Los tubos blancos de la cocina empezaron a titilar, el interior del microondas cambió su luz naranja por una luz fatua que oscilaba entre azul eléctrico y

violeta nocturno... y desde el interior de la vieja heladera SIAM que nadie usa, comenzaron a escucharse unos golpes muy claros sobre su puerta.

¡BAM!

¡BAM!

¡BAM!

Muerta de miedo pero aún más de curiosidad, fui acercándome de a poco a la nevera, mientras los golpes no cesaban...

¡BAM!

¡BAM!

Di un suspiro, que pudo haber durado segundos o un lustro, y tomé la manija de frío metal. Accioné el mecanismo para abrir la puerta y desde el interior cayó como bolsa de hielo Rolito un cuerpo humano de tamaño mediano, vestido con un abrigo de piel de animal. Sus ojos eran rasgados y su piel cobriza. Tenía la barba escarchada, y también lo estaban sus prominentes cejas. Pero no temblaba, tampoco tiritaba.

Desconcertada, atiné a apoyar mi mano sobre su gélido cuello.

TUM-TUM...

... TUM-TUM

Pulso. Humano. Vivo.

En ese momento, entendí que debía hacer algo por él, para reanimarlo. Hoy, a la distancia, sé que no fue una buena idea, pero supongo que el instinto de preservación de la especie operó de manera automática.

Fui hasta el microondas, que ya no resplandecía, y tomé la taza de café que no había bebido. Aún estaba caliente. Incliné su cabeza con una mano, y con torpeza, logré acomodar el borde con sus labios.

GLUC,

GLUC.

Los sorbos de café cayeron de lleno en el interior de su boca.

Y en ese instante, abrió sus ojos repentinamente. Nunca había visto tanto desconcierto en una mirada. Sus globos oculares giraban de un lado a otro, como tratando de explicarse dónde se encontraba. Se incorporó de un salto, y ahí pude verlo con detenimiento: de un metro cincuenta aproximadamente de

estatura, vestido con un tapado de piel grueso y botas de cuero, exhalaba desconcierto mientras empuñaba un cuchillo hecho con el colmillo de algún animal.

¡OGH!

¡OGH!

¡OHGHH!

Sus gemidos casi salvajes me dieron a entender que estaba más muerto de miedo que yo.

Como pude, en aterrado español y con algunos gestos, intenté darle a entender que todo estaba bien. Que quería ayudarlo. Mi cerebro no tuvo mejor idea que mostrarle una foto que llevo en la billetera, en la que mi hija y yo estamos armando un muñeco de nieve en el centro cívico de Bariloche. Su desconcertada mirada cambió por unos segundos cuando vió el paisaje nevado en la fotografía. Pude ver a través del brillo de sus pupilas la nostalgia de aquel que regresa al hogar de su infancia.

Pero inmediatamente volvió a adelantar su puñal diente de morsa, señal clara de que no estaba cómodo conmigo en esa diminuta cocina, en ese mismo plano, de esa línea temporal. Lo blandía de un lado al otro, para adelante y para atrás.

¡FIU!

¡FIU!

¡FIU-FIU!

El instinto llamó nuevamente a mi puerta. Debía hacer algo por mi integridad, y debía hacerlo rápido.

Por detrás de su hombro izquierdo alcancé a ver que la pesada puerta de la heladera había quedado completamente abierta. Sin dudarlo, me abracé a la única oportunidad que sentí que tenía.

Arrojé el contenido que quedaba en la taza de café a su rostro con precisión olímpica. El líquido, aún caliente, entró de lleno en sus ojos, y provocó que soltara su cuchilla para tomarse la cara con ambas manos.

Me abalancé con el ímpetu del último mamut antes de extinguirse y choqué contra su cuerpo, haciéndole perder el equilibrio, y retroceder lo suficiente

para que, con un puntapié en su espalda, pueda meterlo nuevamente en el interior de la vieja heladera.

PLAM.

CLANK.-

Cerré la puerta, y puse la traba.

Me tiré al piso a recuperar el poco aliento que me quedaba. Temblaba, y no de frío.

A la mañana siguiente, no acudí a la oficina. Presenté mi renuncia en el correo, y me mudé de la ciudad.

Nunca le comenté esto a nadie, hasta ahora.

UPS...

Ahora está en tus manos el asunto.

Te desea mucha
suerte,

Nieves.

Zaira Moreno

05 de julio de 1997, Guadalajara, Jalisco.

Comunicóloga y partidaria de los
frabulosos días. Algunos de sus escritos
aparecen en Áspera Fanzine,
Especulativas,
Periódico Poético, Revista Engarce y
Revista Estrépito.



Cala

La niebla se despide con un último toque a las ramas de los árboles, tan silenciosa como su llegada, desaparece en un parpadeo y deja a la vista lo que permanecía detrás de sus tentáculos blancos. En un hueco alejado del jardín, Cala continúa temblorosa. Camino hacia ella y puedo ver con más claridad las arrugas surcando sus ojos, aquellos que alguna vez fueron del mismo color que el pastizal en época de tormentas, ahora tienen motas transparentes bailando alrededor de ellos. Su cara, pálida y demacrada, apenas puede sostenerse lo suficiente para ver el ruego en ella, la petición de que sólo quiere descansar.

Encierro el dolor que me produce verla de esa manera, estiro mi mano para sentir por última vez su pelaje y escucho un chasquido como si algo se hubiera roto. Un brillo combinado con el zumbido de una corriente eléctrica me da la bienvenida. De pronto me encuentro ante una habitación cubierta de periódico, letras en tinta negra se balancean de un lado a otro. Líneas curvas pasean como olas de mar y barquitos de papel siguen el ritmo de la marea. Criaturas de papel maché flotan, levantan sus tentáculos minúsculos para recibir el sol hecho por una bola de cartón. Intento caminar a través del montón de papel, pero se enrosca en mis piernas como una serpiente. El pulular de murmullos comienza a hacerse más fuerte conforme transcurre el tiempo en aquel lugar. Una presión en la parte trasera de mi cabeza impide pensar con claridad. Entonces recuerdo mis clases de natación de hace años, el traje de baño oscuro

y mi instructor paciente. Recuerdo también cuando mi abuela me decía que siguiera nadando, a pesar de todo el caos que forma parte de mí.

Respiro hondo y tiras de papel púrpura entran en mis fosas nasales. Lo último que pude ver es a la brillantina que salpica las paredes.

Un gallo cantando al amanecer me despierta, ya no siento dolor en la cabeza. Ahora mi lengua se siente pesada, como si hubiera pasado todo el día comiendo piña con frituras. Abro los ojos, la cortina que antes era color gris desgastado, ahora está llena de purpurina. Salto de la cama para observar aquel brillo cuando una bola de oscuridad me traga. Un leve cosquilleo me recorre los brazos y piernas hasta que toco tierra suelta, después las luces estroboscópicas inician su festejo mientras el palpitir de mi cabeza se reanuda. A lo lejos escucho a Cala aullar por el fin de la existencia en el mundo de plantas y seres de papel.

Gloria Carmen Riottini

Es rosarina, egresó de la Facultad de Humanidades y artes con el título de Psicóloga, en febrero de 1980. Ejerció su profesión por treinta años en el Centro Regional de Salud Mental “DR. Agudo Ávila”, (Ex Hospital Psiquiátrico dependiente de la Universidad Nacional de Rosario). También en la práctica privada y por breves períodos en la Docencia. A partir de 2009, (año siguiente a su jubilación) comienza a participar de talleres literarios: Patricia Gualino (2009y 2010) Sonia Scarabelli (2011 y 2012) Alma Maritano(2013 y 2014) Pablo Colacrai (2016) Maia Morosano(2017 y 2018) Laura Rossi (2019 y 2022) y retoma la que fue, cree, su vocación inicial.

En el año 2013 obtuvo Mención especial en el” V Certamen literario para profesionales del Arte de Curar del Litoral”. En 2017- Tercer Premio en Narrativa en” 57 Concurso Internacional de Poesía y Narrativa “del Instituto Cultural Latinoamericano. Ha publicado relatos en antologías, en revistas literarias y en Página 12.

Una petaca en el cantero

Amelia camina por el jardín despacito, inclinada un poco hacia adelante, asegurando cada paso. Sonríe y canta en Piamontés, su lengua de origen. Va sola, su nieta la ha visto salir, la observa de lejos, mientras habla con Inés, su amiga. Es un día cálido de primavera, de cielo límpido y muy celeste

Va rozando las margaritas, como si las acariciara. Se detiene frente a los rosales, camina un poco más hasta el cantero central que luce una variedad exuberante de flores: pensamientos, conejitos, clavelinas, azucenas, dalias, gladiolos, y allí, junto a las lilas, detiene la vista, el sol que impacta sobre un metal, o un espejo, forma un destello. Con sumo cuidado se va inclinando, se toma del borde del cantero, sigue bajando y logra sentarse sobre el pasto, busca el objeto: es una petaca, la sacude, está llena, se la guarda en el bolsillo. Su nieta y la amiga han visto sus movimientos y se acercan.

-¿Se cayó?-pregunta la amiga.

-No, se sentó sobre el pasto, qué raro, seguramente quiso mirar de cerca los pensamientos, están muy bonitos.

Se sientan ellas también junto a la abuela.

-¿Qué pasa, nona?, ¿estás bien?

La anciana la mira a los ojos, sonriente y después su mirada celeste se pierde, el contacto fue fugaz.

-¡Qué linda viejita es!-dice Inés.

Amelia sonríe, le acaricia la mano, levemente, pronto retira la suya y vuelve a ausentarse.

-¿Habrá entendido lo que dije?

-Claro que sí, ella entra y sale de nuestro mundo, somos nosotros quienes no podemos entrar al de ella-contesta Lidia, la nieta.

Es un paisaje de montaña, el atardecer es cálido. Amelia, es una joven vigorosa de apenas quince años, conduce ovejas por el sendero que baja al valle. Por la mañana las ha llevado a pastar: es su hermano menor quien hace ese trabajo, pero ha pescado las paperas y ella ha debido sumar esas tareas las suyas. Ya está cayendo el sol, debe llevarlas al corral. Falta algo menos de un kilómetro para llegar, a lo lejos se ve su casa. Toca la armónica, a los animales les gusta y a ella, más.

Arturo la alcanza. Ese muchacho le gusta, trabaja en la mina, es un poco mayor que ella. Se han estado viendo en la misa, los domingos, y en algún encuentro ocasional, a él no le queda mucho tiempo, trabaja de sol a sol. Pero es sábado y esa noche habrá baile en el pueblo, un pequeño caserío a dos kilómetros de la cabaña en la que vive con su familia. Claro que irá al baile, irán en el sulky con su madre y sus hermanas. Él se aleja, no quiere que sus padres la vean con él antes de pedir su mano. Ya está muy cerca de su casa, escucha la voz de su madre que la llama.

-¿Vamos nona?- dice Lidia, su nieta.

-Sí mama, ya estoy llegando.

-¡Pobre! Cree que sos su mamá-dice Inés.

-Quién sabe qué pasa por esa cabecita loca-comenta Lidia y le acaricia la mejilla-. Vamos, arriba- la ayuda a levantarse.

Es viernes, los hijos de Lidia de 16 y 17 años salen cerca de la medianoche a la confitería. Ya se están yendo, cuando su madre se acerca desde el dormitorio, aún no se ha acostado y los acompaña hasta la puerta.

-Cuídense chicos, ¡no tomen! Miren que el alcohol puede sacar lo peor de uno.

- Si, mamá, ya sé-contesta Javier resoplando.

-Y no peleen, por favor, no se metan en peleas.

-Está bien vieja, ándate a dormir, no tomés frío-dice Felipe.

-¡Cómo si yo pudiera dormir hasta que no vuelven!

Los chicos se alejan sin poner llave a la puerta, urgidos por irse y la madre tampoco lo hace; distraída y preocupada, se retira al dormitorio.

Luego de comprobar que no los ven, los muchachos vuelven a entrar; sigilosos se dirigen hacia el cantero central, buscan algo entre las flores.

- ¡No está! ¿Qué hiciste con la petaca, boludo?

-La puse allí, entre las lilas-contesta el menor.

-¡No te puedo creer! ¡Qué huevón!

- Para mí que fue el viejo, por eso tantas recomendaciones.

-¿O te la tomaste vos guachín? No me mintás.

-¡Te juro que no!

-¡Ponele, pero tenés que comprar otra para la previa!

Dos horas después, Amelia se levanta de la cama, toma la petaca que había puesto en el bolsillo de su campera, camina descalza hacia la puerta de calle, con su camisón rosa con puntillas y su largo cabello suelto. Abre la puerta del frente, atraviesa la galería y sale al jardín.

Es una noche clara, su cabello blanco brilla con la luz de la luna. Camina sobre el césped evitando la grava, se acerca a la verja, tomada de la reja se va deslizando despacito hasta quedar sentada al pie del jazmín estrella. Está florecido, su fragancia la embriaga, abre la petaca.

Son las 23.00 y pronto terminará el baile, por lo menos para ellas. Su madre ya lo ha anunciado: “los domingos las vacas se ordeñan, las ovejas pastan, así que un ratito más y nos vamos”.

Amelia ha bailado toda la noche con Arturo, ha tomado tres vasos de clericó, se siente en las nubes, su madre no la pierde de vista. En un momento, aprovechando que no la ve, salen al parque y escondidos detrás de unos arbustos, se besan por primera vez.

Siente su perfume y su mano tibia que la acaricia, allí en la oscuridad siguen bailando muy juntos. Gira al son del vals, cierra los ojos y ve su vestido blanco con larga cola, azares en su tocado y en el ramo que lleva en las manos.

Francisco, el esposo de Lidia va al baño de madrugada, ve la puerta de calle abierta. Se asusta, teme que algún ladrón haya entrado a la casa, sigilosamente saca una escopeta que guarda en un armario que hay debajo de la escalera. Alerta a Lidia, que no se mueva, que haga silencio, el corazón les palpita a los dos, sienten la inminencia del peligro. Con cuidado revisa las habitaciones, al pasar frente al dormitorio de Amelia ve la puerta abierta. Están aquí lo alerta una voz interior, se asoma sigilosamente y descubre la cama vacía.

No entiende, llama a Lidia, entonces se dan cuenta: salen al jardín, caminan hasta la verja y allí está Amelia, inconsciente bajo el jazmín, a su lado, la petaca vacía.

Alexander Angamarca

2000, nació en Quito, Ecuador. Lleva siete años escribiendo cuentos y obras en las que expone su herencia ecuatoriana y su identidad como mestizo.

Ha escrito un sinnúmero de cuentos, donde se resaltan “Érase una vez un político honesto” y “La máquina”. En novelas, escribió La maldición del inca (2021), y DECADENCIA



(2021). Todas sus obras tienen escenarios reales, autóctonos, y sus personajes son honestos, hombres y mujeres de a pie, enfrentándose ante las más variopintas situaciones. Siempre, hablando con la jerga quiteña, disfrutando de la gastronomía ecuatoriana, caminando por callejones, páramos y ruinas secretas.

Se crio en un barrio bajo de su ciudad, la Argelia, lugar desde el que da voz a los que, como él, caminan por la vida sin más que su propio intelecto.

Lo que salió de los tallos (yta)

Vivo en la selva.

Mi pueblo es pequeño, poco más que una docena de cabañas en medio de la selva del Ecuador. Todos nos dedicamos al turismo, ya que apenas a algunos kilómetros de distancia se ubica un lugar famoso en todo mi país: una cueva enorme, misteriosa e interesante, la cueva de los tallos. En casa éramos mis padres, yo y mi tío, un hombre ya anciano, que siempre está en su silla, mirando a la nada. Está enfermo, física y mentalmente.

Una noche fría, hace muchos años, empezó a hablar de repente.

Hace unos cincuenta años, cuando él era adolescente, llegó a nuestro pueblo un grupo de gringos, como los llamamos aquí, ofreciendo dinero para que un grupo de vecinos sirvieran como guías en una exploración hacia la cueva que ya les mencioné. Mi tío se incluyó dentro del grupo. Apenas al día siguiente ya tenían todo listo, por lo que al amanecer ya estaban en camino hacia el

lugar, apartando con sus machetes largos y filudos las raíces y ramas que les dificultaban la caminata. Eran cinco gringos y cuatro guías, aparte de mi tío mismo.

Mientras caminaban, la selva estaba más callada que nunca y era fría, solitaria, desolada. Una hora tardaron en llegar y cuando por fin asomó el viejo y gastado letrero que anunciaba el nombre del lugar, unos pocos rayos de sol intentaban iluminar la zona sin mucho éxito. Se prepararon para descender verticalmente, pegados a las paredes de roca. Mi tío logró escuchar los nombres de algunos de los gringos que eran parte del grupo antes de bajar: “Hall”, le decían a uno de ellos, pero el más importante de todos, el líder, se llamaba “Armstrong”.

Al principio la expedición fue bien, mientras el grupo descendía hacia el interior cavernoso de la cueva de los tallos. Los guías bajaron primero, después los gringos, hasta que todos estuvieron reunidos en medio de la oscuridad. Aunque no era la primera vez que mi tío bajaba, en esa ocasión sintió un ambiente distinto, un presagio oscuro y frío. Entonces empezaron la caminata.

La meta de la expedición era buscar aquellos artefactos arqueológicos que decían se escondían en la cueva, por lo que se adentraron en caminos que usualmente estaban cerrados al público, estrechos y oscuros, pero mientras más caminaban y las horas pasaban, lo único que fueron encontrando eran grabados y dibujos oscuros en las paredes, iluminados apenas por la luz de las linternas. Pronto la oscuridad se volvió tan profunda que los hombres tuvieron que permanecer muy juntos, sin separarse ni un centímetro, buscando con ojos nerviosos en medio de la penumbra que les rodeaba.

Sin embargo, olvidaron el miedo que sentían cuando después de horas encontraron un salón enorme, llenos de objetos de oro. Emocionados, los gringos ordenaron recoger las piezas y salir, pero al intentar encontrar el camino de regreso, en la oscuridad, más allá de la luz de las linternas, de repente se escuchó un susurro agudo, respiraciones, sutiles, tétricas. Ahora, al iluminar las paredes, vieron que los grabados en ellas eran rojos, como si estuvieran manchados de sangre. Había movimiento en la oscuridad, y tras un grito agudo, un gringo desapareció. El hombre estaba junto a ellos un instante, al siguiente ya no lo encontraron por ningún lado.

Armstrong, el líder, desesperado, ordenó que todos debían de salir de allí. Todos los hombres empezaron a caminar hacia donde se supone estaba la salida, un túnel que apenas se veía en la oscuridad. Sus pasos resonaban en

medio de las paredes de esa caverna profunda, que parecía rodearles cada vez más con miedo y frío.

Sin encontrar la salida, presas del miedo, los hombres empezaron a gritar cosas incoherentes, gritos en un idioma que mi tío no entendía, órdenes que se perdían en medio de la oscuridad. Al doblar una de las esquinas, en lugar de subir, el camino descendió abruptamente y una bajada de roca lisa y resbaladiza provocó que los que iban al frente cayeran entre gritos de horror y ayuda. Cuando esto paso, los hombres no aguantaron más y se empujaron a sí mismos, intentando huir de la profunda oscuridad. Algunos cayeron, otros lograron regresar hacia el camino e intentaron subir. El grupo había sido como de veintitrés, pero ahora mismo, quedaban alrededor de diez personas que intentaban huir, desesperadas.

Después de qué viviesen ese horror en carne propia, por algunos minutos todo se quedó en silencio. Ya no sabían quién vivía y quién no, pero Armstrong, el líder, aún estaba por ahí. Uno de los guías les indicó que debían ir juntos, de la mano, sin perderse de vista en ningún momento. Temblando, intentaron escapar, corriendo. Las linternas apenas alcanzaban a iluminar el suelo, cuando aplastaron algo con sus botas. Al fijarse en que era, casi se volvieron locos del terror. Vieron la silueta blanca y desgastada de huesos humanos, rotos, algunos viejos, otros tan frescos que todavía estaban cubiertos de carne. Corrieron kilómetros hacia ninguna parte y cuando por fin mi tío llegó a un ascenso que no supo cómo alcanzó, se dio cuenta que junto a él solo quedaba Armstrong, el líder. No había nadie más. Juntos corrieron, huyendo, intentando salvarse, buscando la luz del día, escuchando tras ellos murmullos y babeos, como si grandes bocas se abrieran para recibirles.

Vieron la luz del día por fin cuando la mochila que llevaba Armstrong se rompió por el peso del oro. Mi tío intentó que soltase el metal, pero él no quiso hacerlo y loco de ambición, intentó golpearle con uno de los objetos. En medio del forcejeo, lo que les había perseguido les alcanzó por fin. Dijo mi tío que era una sombra, aterradora, negruzca, que parecía falsa y real a la vez, un cuerpo humano moviéndose de manera antinatural. El gringo nada pudo hacer, por lo que fue arrastrado con tanta fuerza hacia la oscuridad que sus gritos pronto se perdieron. Mi tío lloró, rezó un padrenuestro, gritó hasta que no le sirvió la garganta. Después de eso cayó desmayado.

No despertó hasta tres días después, sin entender como seguía vivo, o que sucedió exactamente. Cuando por fin pudo recuperarse y preguntar que sucedió, lo que le contaron casi le volvió loco.

Los del pueblo dijeron que todos habían salido, sanos y salvos, diciendo que él se había perdido, por lo que le buscaron durante dos días, hasta encontrarle a las afueras de la cueva, cubierto de un líquido negro y de lodo, gritando cosas inentendibles. Le cuidaron hasta que despertó y preguntó que sucedió. Mi tío discutió con todos, diciéndoles que eso no era posible, que solo él había sobrevivido, pero nadie le creyó, nadie quiso escucharle.

Decidido, buscó a las familias de los otros cuatro guías, pero todas le contaron lo mismo. Una vez la expedición terminó, esos hombres fueron contratados por los gringos y llevados hacia otros países para trabajar con ellos. Insistió en que eso no era posible, peleó con las mujeres de los guías e intentó convencerles de que decía la verdad, de qué nadie más había salido de la cueva, pero no pudo. Al final, una de las mujeres se hartó y decidió enseñarle una fotografía.

La imagen era nueva y mostraba a los hombres de la expedición, sonrientes, como si no hubieran vivido ningún horror ahí abajo. Estaban ahí, dijo él, estaban ahí, de pie, mirando a la cámara, burlándose de él. En el centro del grupo estaba Armstrong, ileso, con una sonrisa amplia y perturbadora. Él había visto como ese gringo moría, como era arrastrado para siempre hacia la oscuridad. Él lo había visto con sus propios ojos, pero cuando miró los ojos de la figura que posó para esa fotografía, lo entendió.

Lo que quiera que haya salido de la cueva de los tallos, no eran los hombres de la expedición.

Tras esa noche en la que me contó aquella historia, mi tío nunca volvió a hablar del tema. Yo crecí y casi lo olvidé, pero cuando él falleció, recordé esa historia que me contó tantos años atrás. Entonces, curioso, decidí buscar los registros de tal evento en la alcaldía del pueblo, donde se supone guardaban parte de lo que encontraron en aquella expedición.

En medio de antigüedades, encontré una fotografía.

Solo yo sé cuánto tiempo pasé mirando esa imagen. Solo yo sé cuánto me pregunté si era cierto o no lo que mi tío, en paz descanse, vivió.

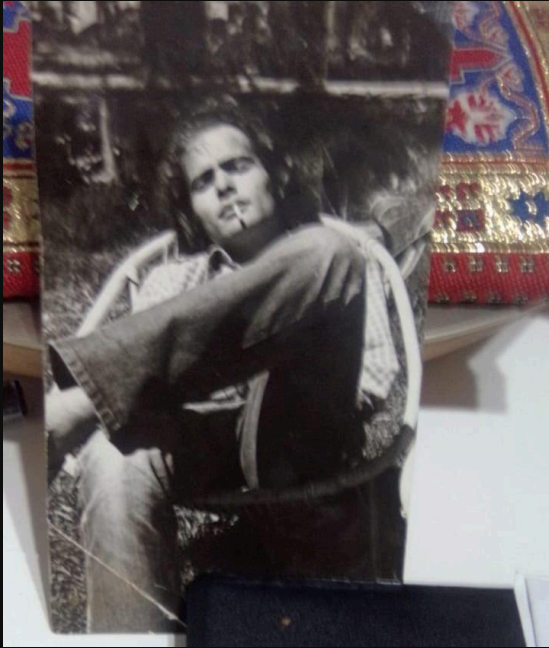
¿Era cierto lo que decía el tío? En ese tiempo, cuando escuché la historia, la duda sobre si lo que me contaba era verdad me tuvo despierto muchas noches. Ahora que ya soy casi un adulto, la certeza de que algo sucedió en ese lugar a veces no me deja estar tranquilo ni siquiera en el día.

Como ya les dije y para quién escuche esto, no tengo problema si no me creen. Decidí compartir esta anécdota como una manera de sacármelo del pecho, pero lo que sí puedo decirles es algo simple. Cuando vayan a la selva, háganlo en compañía, junto con alguien de confianza, siempre procurando tener cuidado. Las plantas, la tierra misma tiene una energía especial; son recelosas, por lo que lo mejor es tratarlas con mucho respeto. Solo cuídense, porque allí afuera, donde la selva es más tupida, uno nunca sabe que se va a encontrar. Allí en la selva hay cosas peores de las que uno puede imaginar.

No sé si es cierto, no sé qué fue exactamente lo que vivió mi tío, no sé si en verdad esa cueva tiene algo dentro de ella. No lo sé.

Sin embargo, sí sé una cosa.

Después de haber visto esa foto, sé que lo que salió de los tallos, no era humano.



Miguel Ángel Acquesta

Nacido el 2 de junio de 1949 en Núñez. Capital Federal. Argentina. Licenciado en Psicología. Desarrolló su carrera en los ámbitos judicial y universitario. Publicó artículos científicos y siete libros sobre Psicología del Desarrollo. Varios cuentos formaron parte de revistas literarias y antologías. Obtuvo menciones y premios en concursos literarios. Becario del Fondo Nacional de las Artes en Letras, produjo “Luces en la oscuridad. A 21 años de la masacre de Ramallo” -inédita. Publicó “Relatos Urbanos” Editorial Vanadis. 2021. En la

misma editorial publicó en 2022 la colección de cuentos “Historias de asfalto”

Escapada de fin semana

Una agradable fatalidad flotaba en el aire. "Pulp"
(1994), Charles Bukowski

Villa Gesell. Provincia de Buenos Aires. Junio de
2021

No se trataba de un fin de semana largo y el pronóstico anunciaba un fuerte temporal de viento y lluvias para toda la costa atlántica, pero tenían necesidad de salir de Buenos Aires un par de días. Él le pidió prestado el departamentito en Vila Gesell a su tía Delia y se aprestaron a viajar ese viernes a la tarde, a la salida del trabajo. No era el mejor momento de la pareja, todo lo contrario. El año largo de encierro debido al aislamiento social había dañado un vínculo que ya estaba resentido.

Ella trabajaba en el sector turístico, la empresa cerró al comenzar la Pandemia, cobró algo durante unos meses y luego quedó desocupada y sin ingresos. Él pudo conservar su empleo, llevando a cabo las tareas en línea sin tener que concurrir a la oficina céntrica como lo venía haciendo desde una década atrás. Compartieron cada hora de cada día durante ese año interminable. Nunca, en sus siete años de casados habían vivido así. No se trataba de una pareja abierta, en modo alguno, pero eran dos personas independientes que pasaban muchas horas del día en sus respectivas ocupaciones y en diversas actividades sociales, algunas compartidas y otras no. La pérdida del trabajo y la limitación económica resultante impactaron negativamente en Ella provocándole un estado depresivo que se mantuvo como telón de fondo de otros estados de ánimo compartidos con Él, en especial la angustia, los temores, la frustración y la agresión. El silencio fue ganando espacio en la casa, tal vez para no dar lugar a las discusiones. Cada uno se encerró paulatinamente en un mundo propio, sus libros, sus películas, su mundo virtual. El hecho de vivir en un departamento de cuatro ambientes posibilitó esa convivencia distante. Dos seres que se amaron extraviados en una soledad compartida.

Un mes atrás Él volvió a trabajar presencialmente tres días a la semana, pero eso no modificó en nada la situación. Estaba terminando el mes de junio, se cumplían quince meses de encierro y de esa convivencia frustrante y penosa. La noche del lunes, cuando él llegó del trabajo, surgió la necesidad de hablar. Estaban de acuerdo en que la situación tal como estaba planteada era insostenible. Esa noche decidieron tomarse el fin de semana para ellos. Hacer una escapada a la Costa, hablar claramente y decidir qué hacer de sus vidas. Ese viernes a las tres de la tarde Él salió de la oficina, volvió en el subterráneo a su casa. Ella ya había preparado las cosas para el viaje. Llevarían hasta los alimentos, en parte por las limitaciones económicas que padecían y también debido a que el pronóstico del clima para la costa atlántica anunciaba alerta naranja por fuertes vientos del Sudeste con marcado descenso de temperatura y lluvias para sábado y domingo. Mejorando el lunes cuando estarían de vuelta. Bajaron al garaje con tres bolsos repletos, hasta un bidón con cinco litros de agua mineral formaba parte del equipaje. Acomodaron todo en el amplio baúl del Logan azul, que tenían desde 0km. El auto había cumplido siete años como el matrimonio, estaba muy bien cuidado y con poco uso. Les daba mucha seguridad salir a la ruta en él. Se cercioró de tener toda la documentación consigo y partieron con rumbo al mar.

Cruzar la ciudad desde Saavedra para tomar la autopista y llegar a la altura de La Plata resultó un poco complicado por tratarse de un viernes, día de tránsito siempre cargado, pero a partir de allí el viaje se hizo apacible. La mayoría

había optado por quedarse en sus casas ante lo negativo del pronóstico climatológico. En las cercanías de Pinamar empezaron las ráfagas de viento que sacudían con fuerza al auto. Por suerte no llovía y faltaba poco para llegar. Media hora después estaban estacionando en la puerta del antiguo edificio de departamentos frente al mar sobre la calle 103 y Costanera. Bajaron el equipaje y luchando contra el viento sur subieron por las escaleras exteriores al primer piso donde se ubicaba el pequeño departamento de la tía Delia.

Él había estado allí en algunas ocasiones, sobre todo cuando era niño. Se lo veía igual, por dentro y por fuera, solo que todo era más viejo. Los mismos muebles de Algarrobo, el mismo amoblamiento de cocina de tono verde sobre los azulejos de color marrón oscuro, idénticos a los del baño. El dormitorio daba al contrafrente, la vista era un paredón gris con alguna mancha de humedad. Desde el living se podía ver el mar, esa tarde noche muy agitado, por un ventanal mediano. Acomodaron las cosas y decidieron cenar la tarta que habían traído. Dejaron la charla para el día siguiente. Estaban cansados. El ruido del viento y del oleaje marítimo crecía minuto a minuto y en un momento les pareció estar en una frágil embarcación a merced de la peligrosa tempestad. El cansancio los venció y se durmieron en esa cama dura y desconocida.

A Carmelo, el portero no le llamó la atención, ver al Logan azul estacionado en la puerta del edificio. Doña Delia, del primero D, le había avisado que iría su sobrino ese fin de semana y la unidad no tenía garaje. Si le hubiera hablado al llegar podrían haber usado uno, en esa época del año no va ningún propietario y mucho menos en un fin de semana con anuncios de muy mal clima, como ese. Lo que sí le sorprendió un poco fue que no movieran el vehículo durante todo el sábado. No los vio salir nunca del departamento. A eso de las tres de la tarde el domingo, escuchó algunos ruidos y vio desde su ventana, como acomodaban los bolsos en el baúl del coche, un bidón con algo de agua y se aprestaban a emprender el regreso a la ciudad. No intercambiaron una sola palabra. Subieron al coche mojado por la lluvia y salieron a velocidad moderada.

Él decidió volver por la ruta 11 para evitar de ese modo los peajes. Aun sabiendo que, como casi siempre, esa carretera tenía un estado de conservación deficiente, se ahorrraba bastante dinero viajando por allí. La lluvia era leve y el pavimento estaba mojado. El viento del sudeste continuaba azotando, una FM de Pinamar que captaron en la ruta, hizo un alto en la difusión musical alertando sobre ráfagas de setenta kilómetros por hora y

recomendó no salir salvo en caso de necesidad. Retomó su programación con la voz de Amy Winehouse entonando *Love is a losing game*.

Esa era justamente la situación de ellos, necesitaban salir. Pensaban llegar a su casa entre las siete y las ocho, dependiendo del tránsito, sobre todo en la autopista Buenos Aires-La Plata.

En el resumen informativo de las ocho de la noche, uno de los canales de noticias, en medio de resultados de partidos de fútbol, declaraciones de políticos en campaña y la llegada de un avión con vacunas a Ezeiza, anunció que un automóvil particular había volcado, “por razones que se investigan, en la Ruta 11 a la altura de Pipinas, perdiendo la vida sus dos ocupantes”.

Sadys Ramos Cruz

Escritora cubana, ha participado en convocatorias literarias en revistas de las cuales le han publicado en la revista Cayol emisión No. 3 y Trinando la emisión No. 36. Es parte de la composición antológica siendo una de las autoras que componen el libro editado y publicado por TE SIN LIMÓN cuya autora principal es DULCE MARIA SOTOLONGO escrita toda en poesía Erótica, dicha antología se encuentra en venta en Amazon actualmente su título es Lo prohibido y lo oculto del sexo oculto. Sadys también forma parte de un EBOOK realizado por un reconocido artista Milo Moreno dueño de un canal de TV en facebook de la localidad de Chicago, los Estados Unidos (artistas independientes) esta creadora es una de las autoras de dicha antología Titulada: Versos de amor. Actualmente se encuentra participando en convocatorias diversas en revistas de alcance internacional y se prepara para convocatorias nacionales dentro de su país natal Cuba. Es parte de un proyecto antológico en proceso de edición del grupo TE SIN LIMÓN sólo que esta vez será concebidos en minicuentos eróticos.

Asidero de luz

Me asido a un tiempo donde la luz padece una inmovilidad absoluta;
 donde el temor se toma licencias para inundar mi rostro,
 tiemblan mis pies
 estos caminan sobre una cuerda
 mientras una pupila insomne atraviesa como saeta
 y desgarrar la cortina de la noche.
 Quedo inmóvil sobre mi cuerpo,
 una llama amenaza extinguirse,
 ¡ Tengo prisa!
 Se escuchan evocaciones, y reclamos
 en muchas comarcas.
 La violencia viene a ser un quiste que se adhiere en la piel del hombre.
 Sus cánticos son lamentos sobre sí mismos,
 se alaban el alma insatisfecha.
 Mientras;
 he de conservar esta llama
 que subyace en el silencio de un mundo
 donde precisa la luz.

FRAG MENTOS

Sobre la edición

Queridas piezas de nuestro fragmentado mundo: estamos muy felices de concluir con esta edición de "Fragmentos Revista Cultural". Y para ello agradecemos a cada lector, y cada uno de los artistas que se suman, a pedazos, en piezas, a nuestro espacio.

El proyecto es autogestivo, libre y gratuito, por lo que estamos muy agradecidos con las personas que tengan la posibilidad de colaborar económicamente para ayudarnos a sostenernos y mejorar nuestra revista. Quienes son de Argentina, pueden depositar una colaboración en nuestra cuenta de Banco Nación, el alias pueden encontrarlo en la parte izquierda de este post. Y para quienes son de otra parte del mundo, pueden donar a través de nuestra cuenta de PayPal, comunicándose con nosotros para obtener la invitación a colaborar. Desde ya, estamos muy agradecidos con esta maravillosa edición.

Ojalá todos estén contentos de formar parte de nuestra comunidad, como nosotros lo estamos. En piezas, en pedazos, en fragmentos. Agradecidos siempre, nos leemos.

Mail:
revistaculturalfragmentos
@gmail.com

Facebook: Fragmentos
Revista Cultural

Instagram:
@fragmentos_revistacultu
ral

Alias:
FRAGMENTOS.CULTURAL

Atentamente,
Fragmentos Revista Cultural